

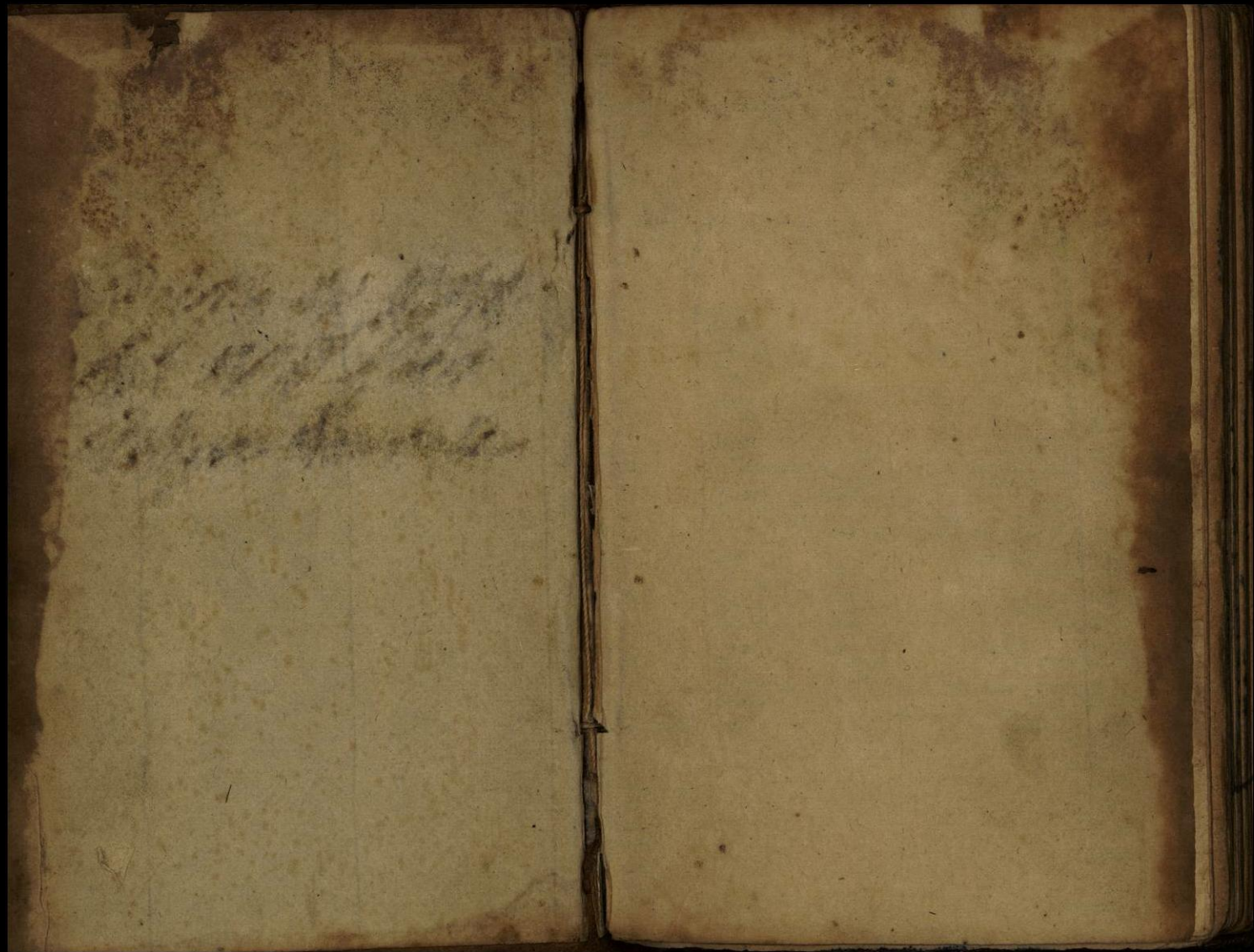
PQ7297

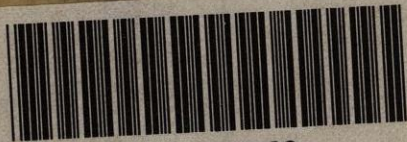
F37

P47

v.5

1830-1831





1020099368

1042

F

+1 E2



BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

4

BIBLIOTECA CENTRAL
J. M. U.



*La infeliz, llena de compacion, me lle-
vó á su jácual.*

EL
PERIQUILLO SARNIENTO,

POR
EL PENSADOR MEXICANO.

TERCERA EDICION
CORREGIDA Y AUMENTADA POR SU AUTOR.

TOMO V.

MEXICO: 1831.

IMPRESA DE GALVAN A CARGO DE MARIANO AREVALO,
CALLE DE CADENA NUM. 2.

Se espnde en la alacena de libros esquina del Portal
de Mercaderes y Agustinos.

14640

II-1-12
V-5

PQ7297

F37

P47

1830-1831
V.5

.....Nadie crea que es suyo el retrato, sino que hay muchos diablos que se parecen unos á otros. El que se hallare tiznado, procure lavarse, que esto le importa mas que hacer crítica y examen de mi pensamiento, de mi locución, de mi idea, ó de los demás defectos de la obra.

TORRES VILLARROEL en su prólogo de la
Barca de Aqueronte.

ADVERTENCIA.

Esta obra es propiedad de los Editores, y nadie podrá reimprimirla sin su permiso.

3.

VIDA Y HECHOS DE PERIQUILLO SARNIENTO,

ESCRITA POR ÉL PARA SUS HIJOS.

CAPITULO I.

En el que nuestro Perico cuenta como quiso ahorcarse: el motivo por que no lo hizo: la ingratitude que experimentó con un amigo: el espanto que sufrió en un velorio: su salida de esta capital y otras cosillas.

Es verdad que muchas veces prueba Dios á los suyos en el crisol de la tribulacion; pero mas veces los impíos la padecen porque quieren. ¡Qué de ocasiones se quejan los hombres de los trabajos que padecen, y dicen que los persigue la desgracia, sin advertir que ellos se la merecen y acarrea con su descabellada conducta!

Asi decia yo la noche que me ví en el triste estado que os he dicho, y desesperado ó aburrido de existir, traté de ahorcarme. Para efectuarlo vendí mi reloj en una tienda en lo

primero que me dieron: me eché á pechos un cuartillo de aguardiente para tener valor y perder el juicio, ó lo que era lo mismo, para no sentir cuando me llevaba el diablo. Tal es el valor que infunde el aguardiente.

Ya con la porcion del licor que os he dicho tenia en el estómago, compré una reata de á medio real, la doblé y guardé debajo del brazo, y marché con ella y con mi maldito designio para el paseo que llaman de la *Orilla*.

Llegué allí medio borracho como á las diez de la noche. La obscuridad, lo solo del parage, los robustos árboles que abundan en él, la desesperacion que tenia, y los vapores del valiente licor, me convidaban á ejecutar mis inicuas intenciones.

Por fin me determiné, hice la lazada, previne una piedra que me amarré con mil trabajos á la cintura para que me hiciera peso, me encaramé en un escaño de madera que habia junto á un árbol, para columpiarme con mas facilidad, y hechas estas importantes diligencias, traté de asegurar el lazo en el árbol; pero esto debía ejecutarse lazando el árbol con la misma reata para afianzar el un extremo que me debia suspender.

Con el mayor fervor, comencé á tirar la reata á la rama mas robusta para verificar la lazada; pero no fue dable conseguirlo, porque el aguardiente perturbaba mi cabeza mas y mas, y quitaba á mis pies la fijeza y el tino á mis manos: yo no pude hacer lo que que-

ría. Cada rato caia en el suelo armado de mi reata y desesperacion, prorrumpiendo en mil blasfemias y llamando á todo el infierno entero para que me ayudara á mi tan interesante negocio.

En estas y las otras se pasarian dos horas, cuando ya muy fatigado con mi piedra, trabajo y porrazos que llevaba, y advirtiendo que aun tenerme en pie me costaba suma dificultad, temeroso de que amaneciera y alguno me hallara ocupado en tan criminal empeño, huí de desistir mas de fuerza que de gana, y quitándome la piedra, echando la reata á la acequia, y buscando un lugar acomodado, volví cuanto tenia en el estómago, me acosté á dormir en la tierra pelada, y dormí con tanta satisfaccion como pudiera en la cama mas mullida.

El sueño de la embriaguez es pesadísimo, y tanto que yo no hubiera sentido ni carretas que hubieran pasado sobre mí, así como no sentí á los que me hicieron el favor de desnudarme de mis trapos, sin embargo de que las cuscas malditas los habian dejado indolentes.

Quando se disiparon los espíritus del vino que ocupaba mi cerebro, desperté y me hallé como á las siete del dia en camisa, que me dejaron de lastima.

Consideradme en tal pelage, á tal hora y en tal lugar. Todos los indios que pasaban por allí, me veian y se reian; pero su risa

inocente era para mí un terrible vejamen, que me llenaba de rabia, y tanta que me arrepentía una y muchas veces de no haberme podido ahorcar.

En tan aciago lance se llegó á mí una pobre india vieja, que condolida de mi desgracia me preguntó la causa. Yo le dije que en la noche antecedente me habian robado, y *la infeliz llena de compasion me llevó á su triste jacál*, me dió atole y tortillas calientes con un pedazo de panocha, y me vistió con los desechos de sus hijos, que eran unos calzones de cuero sin forro, un coton de manta rayada y muy viejo, un sombrero de petate y unos guaraches. Es decir que me vistió en el traje de un indio infeliz: pero al fin me vistió, cubrió mis carnes, me abrigó, me socorrió y cuanto pudo hizo en mi favor. Cada vez que me acuerdo de esta india benéfica, se enternece mi corazon y la juzgo en su clase una heroína de caridad, pues me dió cuanto pudo, y sin mas interes que hacerme beneficio sin ningun merecimiento de mi parte. Hoy mismo deseara conocerla para pagarle su generosidad. ¡Qué cierto es que en todas las clases del estado hay almas benéficas, y que para serlo mas se necesita corazon que dinero!

Ultimamente, yo enternecido con la espresion que acababa de merecer á mi pobre india vieja, le di muchas gracias, la abracé tiernamente, le besé su arrugada cara y me marché para la calle.

Mi direccion era para la ciudad; pero á ver mi pelage tan endiablado, y al considerar que el dia anterior me habia paseado en coche y vestido á lo caballero, me detenía una porcion de tiempo en andar, pues en cada paso que daba me parecia que movia una torre de plomo.

Como dos horas me anduve por la plazuela de San Pablo y todos aquellos andurriales, sin acabar de determinarme á entrar en la ciudad. En una de estas suspensiones me paré en un zahuan por la calle que llaman de Manito, y allí me estuve, como de centinela, hasta lá una del dia, hora en que ya la hambre me aparaba, y no sabia donde satisfacerla; cuando en esto que entró en aquella casa uno de mis mayores amigos, y á quien puntualmente el dia anterior habia yo convidado á almorzar con su muger y sotacuñados.

Luego que él me vió, hizo alto: me miró con atencion, y satisfecho de que yo era, queria hacerse disimulado y meterse en su casa sin hablarme; pero yo, que pensaba hallar en él algun consuelo, no lo consentí, sino que atropellando con la vergüenza que me infundia mi aindiado traje, lo tomé de un brazo y le dije: Yo soy, Anselmo, no me desconozcas: yo soy Pedro Sarmiento tu amigo, y el mismo que te ha servido segun sus proporciones. Este traje es el que me ha destinado mi desgracia. No vuelvas la cara ni finjas no conocerme: ya te dije quien soy: ayer paseamos

juntos y me juraste que serias mi amigo eternamente, que te lisonjeabas de mi amistad y que deseabas ocasiones en que correspondierme las finezas que me debias. Ya se te proporciona esta ocasion, Anselmo. Ya tienes á las puertas de tu casa sin saberlo, á tu infeliz amigo Sarmiento, desamparado en la mayor desgracia, sin tener á quien volver sus ojos, sin un jacal que lo abrigue ni una tortilla que lo alimente, vestido con un coton de indio y unos calzones de camuza indecentísimos, que le franqueó la caridad de una vieja miserable; los que aunque cubren sus carnes, le impiden por su misma indecencia el presentarse en México á implorar el favor de sus demas amigos. Tú lo has sido mio, y muchas veces me has honrado con ese dulce nombre: desempéñalo pues, y socórreme con unos trapos viejos y algunas migajas de tu mesa.

¿Qué piensas, picaro, me dijo el cruel amigo, qué piensas que soy algun bruto como tú, que me has de engañar con cuatro mentiras? D. Pedro Sarmiento, á quien te pareces un poco, es mi amigo en efecto; pero es un hombre fino, un hombre de bien y un hombre de proporciones; no un pillastron, vagante y encuerado. Vaya con Dios. Sin esperar respuesta se entró al patio de su casa dándome con las puertas en la cara.

Es menester no decir como quedaria yo con tal desprecio, sino dejarlo á la consideracion del lector, porque suceden algunas fatalidades

en el mundo de tal tamaño, que ninguna consideracion basta para esplicarlas con la energia que merecen, y solo el silencio es su mejor intérprete.

Entre la cólera y desesperacion, la tristeza y el sentimiento, me quedé en el zahuan, cavilando sobre el lance que me acababa de pasar. Quisiera retirarme de aquellos recintos, que me debian ser tan odiosos: quisiera esperar á Anselmo y hacerlo pedazos entre mis manos; pero calmaba mi enojo cuando me acordaba que habia hablado bien de mí, y no me conoció. No hay duda, decia yo, él es mi amigo y me quiere: este trage y el mal pasado de anoche tal vez me desfigurarán de modo que no me conozca: yo lo esperaré en este lugar, y si despues que lo cerciore bien de que soy Pedro Sarmiento, él no me quisiere conocer, me alejaré de su vista como de la de un vestiglo; detestaré su amistad, abominaré su nombre y me iré por donde Dios quisiere.

Así estuve batallando con mi imaginacion hasta las oraciones de la noche, á cuya hora bajó Anselmo con un sable desnudo y me dijo: parece que se ha hecho vd. piedra en mi casa: sálgase vd. que voy á cerrar la puerta.

Cuando le hablé á vd. la primera ocasion, le dije, fue creyendo que me conocia y era mi amigo, y valido de este sagrado me atrevi á implorar su favor. Ahora no le pido nada, solo le digo, que no soy un picaro como me

dijo, ni me valgo del nombre de D. Pedro Sarmiento, sino que soy el mismo, y en prueba de ello, acuérdesese que ayer fue vd. conmigo y su querida Manuelita, con los dos hermanos de esta y una criada á la almuerzeria de la Orilla, donde yo costeeé el almuerzo, que fueron envueltos, guisado de gallina, adovo y pulque de tuna y de piña.

Acuérdesese vd que costó el almuerzo ocho pesos y que los pagué en oro. Acuérdesese que cuando me lavé las manos me quité un brillante, y aficionada de él su dama, lo alabó mucho, se lo puso en el dedo, y yo se lo regalé, por cuya generosidad me dió vd. muchas gracias, ponderando mi liberalidad. Acuérdesese que paseándonos los dos solos por una de aquellas galeras, me dijo que su muger le habia oido la podrida (fueron palabras de vd.), que por este motivo tenian frecuentes riñas, y que vd. pensaba abandonarla y llevarse á Manuelita á Querétaro donde se le proporcionaba destino. Acuérdesese que á esto le dije, que no hiciera tal cosa, pues seria añadir á una injusticia un agravio: que sobrellevara á su muger y procurara negarle todo cuanto sabia, no darle motivo de sospecha, hacerle cariño, y manejarse con prudencia, pues al fin era su esposa y madre de sus hijos. En fin, acuérdesese que al separarnos subí al coche á Manuelita, y ésta pisó el túnico de coco en el estrivo y lo rompió.

Estas son muchas señas y muy privadas pa-

ra que vd. dude de mi verdad. Si mi semblante esta desfigurado y mi traje no corresponde á quien soy, lo ha causado la adversidad de mi suerte y las vicisitudes de los hombres, de lo que vd. no está seguro, y quizá mañana se verá en situacion mas deplorable que la mia.

El negar que me conoce, será una vil tenacidad despues que le doy tantas señas, y despues que me ha oido tanto tiempo, porque aunque los semblantes se desfiguren, las voces permanecen en su tono, y es muy difícil no conocer por la voz al que se ha tratado mucho tiempo.

Todo cuanto vd. ha charlado, dijo Anselmo, prueba que vd. es un perillan de primera clase, y que para venir á pegarme un petardo, me ha andado á los alcances y ha procurado indagar mi vida privada, valiéndose tal vez de la intriga con mi amigo Sarmiento para saber de él mis secretos; pero ha errado vd. el camino de medio á medio. Ahora menos que nunca debe esperar de mí un maravedí; antes yo me recelaré de vd. como de un pícaro refinado.... Mátame con ese sable, le dije interrumpiéndole, mátame, antes de que me lastime tu lengua con tales baldones, y baldones proferidos por un amigo ¡Este es, Anselmo, tu cariño? ¡Estas son tus correspondencias? ¡Estas tus palabras? ¡Qué mas dejas para un soéz de la plebe cuando tú, que te precias de noble, obras con tanta bastardia que...

no solo no pagas los beneficios, sino que obstinadamente finges no conocer al mismo á quien se los debes? Anselmo, amigo, ya que no te compadeces de mí como del que lo fue tuyo, compadécete á lo menos como de un infeliz que se acoge á tus puertas. Bien sabes que la religion obliga á todos los cristianos á ejercitar la caridad con los amigos y enemigos, con los propios y los estraños; y asi no me consideres un amigo, considérame un infeliz y por Dios....

Por Dios, dijo aquel tigre, que se vaya vd. que es tarde, y ya me es sospechosa su labia y su demora. Si, ya creo que será un ladrón y estará haciendo hora de que se junten sus compañeros para asaltar mi casa. Váyase enhoramala antes que mande llamar la guardia del vivac.

¿Qué es eso de ladrón? le dije lleno de ira: el ladrón, el pícaro, y el villano serás tú, mal nacido, canalla, ingrato.

No se atrevió Anselmo á hacer uso del sable, como yo temia; pero hizo uso de su lengua. Comenzó á gritar auxilio, auxilio, ladrones, ladrones, cuyas voces me intimidaron mas que el sable, y temiendo no se juntara la gente y me viera en la cárcel por este inicuo, me salí de su casa renegando de su amistad y de cuantos amigos hay en el mundo, poco mas ó menos parecidos al infame Anselmo.

Como á las ocho de la noche y abrigado con su lobreguéz me interné por la ciudad

muerto de hambre y de cólera contra mi falso y desleal amigo. ¡Ah! decia yo: si me hallara ahora con el brillante que le regalé ayer á la puerca de su amiga, tendria que vender ó que empeñar para socorrer mi hambre: pero ahora ¿qué empeñaré ni de qué me valdré cuando no tengo cosa que valga un real sino la camisa? ¿Mas será posible que me quite la camisa? No hay remedio: no tengo cosa mejor yo me la quito.

Haciendo este soliloquio, me la quité, y como estaba limpia y casi nueva no me costó trabajo que me supieran sobre ella ocho reales, con los que cené con hartas apatencias y compré cigarros.

En las diligencias del empeño y de la cenada se me fue el tiempo sin advertirlo, de suerte que cuando salí del bodegón eran las diez dadas, hora en que no hallé ningun arrastrerito abierto.

Desconsolado con que no me podian valer mis antiguas guaridas, determiné pasarme la noche vagando por las calles sin destino, y temiendo en cada una caer en manos de una ronda, hasta que por fortuna encontré por el barrio de Santa Ana una accesoria abierta con ocasion de un velorio.

Me metí en ella sin que me llamaran, y vi un muerto tendido con sus cuatro velas, seis ú ocho leperuseos haciendo el duelo, y una vieja durmiéndose junto al bracero con el aventador en la mano.

Saludé á los vivos con cortesía, y di medio real para ayuda del entierro del muerto.

Mi piedad movió la de aquellos prójimos, y recibiendo sus agradecimientos me quedé con ellos en buena paz y compañía.

Cuando llegué estaban contando cuentos: á las doce de la noche rezaron un rosario bostezando, cantaron un alabado muy mal, y se soplaron cada uno un tecomate de champurrado muy bien, sin quedarme yo de miron.

Como á la una de la mañana se acostó la vieja y roncó como un perro, y porque no hicieramos todos lo mismo sacó un caritativo una baraja y nos pusimos en un rincon á echar nuestros alburitos por la alma del difunto.

A mí se me arrancó brevecito, como que mi puntero era muy débil y la suerte estaba decidida en mi contra. Sin embargo, me quedé barajando de banco por ver si me ingeniaba; pero nuestra velita se acabó, y no hubo otro arbitrio que tomar un cabo prestado al señor muerto.

Antes de esto habian cerrado la accesoria, temiendo no pasara una ronda y nos hallara jugando. Quien sabe quien cerró, ni quien tenia la llave: el cuartito era redondo y tenia una ventana que caia á una acequia muy inmundada; el envigado estaba endemoniado de malo, y al muerto lo habian puesto, sin advertirlo, en una viga á la que le faltaba apoyo por un extremo, con esto al ir uno de aquellos trisísimos dolientes por el cabito para seguir ju-

gando, pisó la viga en que estaba el cadáver por donde estaba sin apoyo, y con su peso se hundió para adentro, y como levantó la viga, alzó tambien el cuerpo del difunto, lo que visto por mí y mis camaradas nos impuso tal horror, creyendo que el muerto se levantaba á castigarnos, que al punto nos levantamos todos atropellándonos unos á otros por salir, y gritando cada cual las oraciones que sabia.

Fácil es concebir que luego luego nos quedamos á oscuras, pasando y aun dando de hocicos sobre el muerto y el hundido, que sin cesar gritaba que se lo llevaba el diablo: la infeliz vieja no lo pasaba mejor, pues todos caíamos sobre ella la vez que nos tocaba: cada encontron que se daba uno contra otro, pensaba que se lo daba con el muerto: crecía la aficcion por instantes porque no parecia la llave, hasta que uno advirtió abrir la ventana y salir por ella. A su ejemplo todos hicimos lo mismo sin acordarnos de la acequia para nada. Con esto unos tras otros fuimos dejándonos caer en ella, y salimos hechos un asco de lodo y algo peer; pero al fin salimos sin hacer el menor aprecio de la pobre vieja, que se quedó á acompañar al difunto. Cada uno se fue por su parte á su casa, y yo á la del mas trapiendo de todos que me manifestó alguna lástima.

Luego que llegamos á ella despertó á su muger y le contó el espanto con la mayor formalidad, diciéndole como el muerto se habia



Con su peso se hundió para adentro, y como levantó la viga, alzó el cuerpo del difunto.

levantado y nos habia golpeado á todos. La muger no lo queria creer, y en la porfia de si fue ó no fue, se nos pasó lo que faltaba de la noche, y á la luz del nuevo dia creyó la muger el espanto al ver lo descolorido de nuestras caras, que por lo que toca á la despedida que nos dimos en el cieno, no puso la menor duda, porque luego que entramos se lo avisaron sus narices, y aunque no habia luz, ella creia que estabamos maqueados mas que si lo viese.

En fin, la pobre lavó á su marido y á mí de pilon, quedándonos los dos cobijados con una frazada vieja entre tanto se secaron los trapos.

Aunque los míos se encerraban en dos, á saber: el algodón y los calzones, porque el sombrero y guaraches se quedaron en la campaña, se tardaron en secar una porcion de tiempo, de modo que ya mi amigo estaba vestido, y yo no podia moverme de un lugar.

La pobre muger me dió un poco de atole y dos tortillas; lo bebí mas de fuerza que de gana, y despues para divertir mi tristeza, amolé un carboncito, le hice punta, y en el reverso de una estampa que estaba tirada junto á mí, escribí las siguientes décimas.

*Aprended hombres de mí
Lo que va de ayer á hoy;
Que ayer conde y virey fui
Y hoy ni petatero soy.*

Niaguno viva engañado
creyendo que la fortuna,
si es próspera, ha de ser una
sin volver su rostro airado.
Vivan todos con cuidado.
Cada uno mire por sí,
que es la suerte baladí
y se muda á cada instante.
Yo soy un ejemplo andante.
Aprended, hombres, de mí.

Muy bien sé que son quimera
las fortunas fabulosas,
pero hay épocas dichasas,
y llármense como quiera.
Si yo aprovechar supiera
una de estas, cierto estoy
que no fuera como voy;
pero desprecié la dicha,
y ahora miro en mi desdicha
lo que va de ayer á hoy.

Ayer era un caballero
con un porte muy lucido;
y hoy me miro reducido
á unos calzones de cuero.
Ayer tuve hartos dineros;
y hoy sin un maravedí,
me lloro triste de mí
sintiendo mi presuncion
que aunque en mi imaginacion,
ayer conde y virey fui.

En este mundo voltario
 fui ayer médico y soldado,
 barbero, subdelegado,
 sacristan y boticario.
 Fui fraile, fui secretario,
 y aunque ahora tan pobre estoy,
 fui comerciante en comboy,
 estudiante y bachiller.
 Pero ¡ay de mí! esto fui ayer
 y hoy ni petatero soy.

Luego que concluí mis coplillas, las procure retener en la memoria, y las pegué con atole en la puerta de la casita.

Ya mi algodón estaba seco, pero los calzones estaban empapados, y yo, que estaba desesperado por salir en busca de nuevas aventuras, no tuve paciencia para aguardar á que los secara el sol, sino que los cogí, y los puse á secar junto al tlecuile ó fogón en que la muger hacia tortillas; mas habiendo salido á desaguar, cuando volví los hallé secos pero achicharronados.

No puedo ponderar la pesadumbre que tuve al ver todo mi equipage inservible. El amigo luego que se informó de mi desgracia, me dió un poco de sebo de vaca, y me aconsejó que les diese una friega con él para que se suavizaran un poco.

En efecto, les apliqué el remedio, y quedaron mas flexibles, pero no mejores, porque en

donde les penetró bien el fuego, no valieron diligencias: saltaron los pedazos achucharrados, y descubrieron mas agujeros de los que eran menester; lo que no me gustó mucho pues no tenia calzones blancos. Ello es que yo me los encajé, y como estaban ennegrecidos del olin y llenos de agujeros, resaltaba lo blanco de mi piel por ellos mismos, y parecia yo tigre.

Advirtiendo esta ridiculez y queriendo remediarla, tomé un poco del mismo humo, y mezclándolo con otro poco de sebo, hice una tinta y con ella me pinté el pellejo, quedando así mas pasadero.

Los dueños de la casa me compadecian, pero se reian de mis arbitrios, y sabedores de que mi intencion era salirme de México en aquel instante á buscar fortuna, me dijeron que me fuera á Puebla, que allí tal vez hallaria destino. Al mismo tiempo me dieron unos frijoles que almorzar, y la muger me puso un itacate de tortillas, un pedazo de carne asada, y dos ó tres chiles. Todo esto me lo envolvió en un trapito sucio, y yo me lo até á la cintura.

Así, despues de haber almorzado y dádoles las gracias, busqué un palo para que me sirviera de bordón, alcé un sombrero muy viejo de petate que estaba tirado en un muladar: me lo planté, me despedí de mis hospedadores y tomé el camino de la garita de S. Lázaro.

Llegué al pueblo de Ayotla, donde dormí

aquella noche sin mas novedad que acabar, por via de cena, con mi repuesto.

Al dia siguiente me levanté temprano y seguí mi camino para Puebla, manteniéndome de limosna hasta llegar á Rio Frio, donde me sucedieron las aventuras que vais á leer en el capítulo que sigue.

CAPITULO II.

En el que Periquillo refiere el encuentro que tuvo con unos ladrones: quiénes fueron estos: el regalo que le hicieron y las aventuras que le pasaron en su compañía.

Nada de fabuloso tiene la historia que habeis oido, queridos hijos míos: todo es cierto, todo es natural, todo pasó por mí, y mucho de este todo, ó acaso mas, ha pasado, pasa, y puede pasar á cuantos vivan entregados como yo al libertinage, y quieran sostenerse y aparentar en el mundo á costa agena, sin tener oficio ni ejercicio, ni querer ser útiles con su trabajo al resto de sus hermanos.

Si todos los hombres tuvieran valor y sinceridad para escribir los trabajos que han padecido, moralizando y confesando ingenuamente su conducta, veriais, sin duda, una porcion de *Periquillos* descubiertos, que ahora están solapados y disimulados, ó por vergüenza ó por hipocresia, y conoceriais mas á fondo lo que

os he dicho, esto es: que el hombre vicioso flojo y disipado padece mas en la vida, que el hombre arreglado y de buen vivir. Entendidos que en esta triste vida todos padecen; pero sin proporcion padecen mas en todas las clases de la república los malvados, sea por un órden natural de las cosas, ó por un castigo de la Divina Providencia empeñada en ejecutar su justicia aun en esta vida miserable.

Siendo yo uno de los perdidos fuerza era que tambien me llorara desgraciado, creciendo mis desventuras á medida de mi maldad por una necesaria consecuencia, segun los principios que llevamos establecidos.

Dejé pendiente mi historia diciendos como caminaba para Puebla, desnudo, hambriento, cansado, deshonorado entre los que sabian mi mala conducta, despreciado de mis amigos y abandonado de todo el mundo.

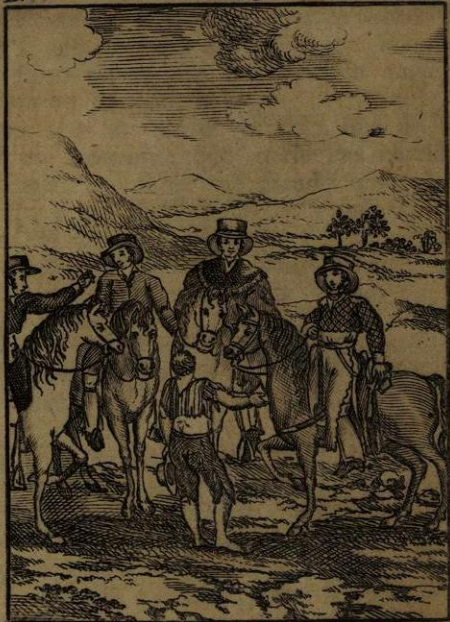
Así, y lleno de una profunda melancolia, y de los remordimientos interiores que devoraban mi corazon trayéndome á la memoria mis maldades, llegué un dia al anochecer á una venta cerca de Rio Frio, donde pedí por Dios que me dieran posada. Lo conseguí, que al fin Dios castiga, pero no destruye á sus hijos por mas que estos le sean ingratos. Cené lo que me dieron y dormí en un pajar teniendo á mucha bonanza encontrar alguna cosa blanda donde acostarme, pues las noches anteriores habia dormido en la dura tierra.

A otro dia madrugué, y el ventero sabedor

de mi ruta, me dijo que fuera con cuidado, porque habia una cuadrilla de ladrones por aquel camino. Yo le agradecí su advertencia; pero no desistí de mi intento, seguro en que no teniendo que me robaran, podía caminar tranquilamente delante de los ladrones, como nos dejó escrito Juvenal.

Empapado en mil funestos pensamientos iba yo con la cabeza cocida con el pecho y mi palo en la mano, cuando cerca de mí oí tropel de caballos alcé la cara y ví cuatro hombres montados y bien armados, que rodeándose de mí y teniéndome por indio, me dijeron: ¿de donde has salido hoy, y de donde vienes? Señores, les dije, he salido de esta última venta y vengo de México para servir á vds. Entonces conocieron que no era indio, y uno de ellos, á quien yo tenia especie de haber visto algun dia, fijándome la vista, se echó del caballo abajo, y abrazándome con mucha ternura me decia: ¡Tú eres, Periquillo, hermano? ¡tú eres, Periquillo? Si, no hay duda: las señas de tu cara son las mismas; á mí no se me despintan mis amigos. ¡No te acuerdas de mí? ¡no conoces á tu antiguo amigo el Aguilucho, á quien debiste tantos favores cuando estuvimos juntos en la cárcel?

Entonces yo lo acabé de conocer perfectamente, y deseando aprovechar aquella coyuntura favorable que me proporcionaba la ocasion, lo apreté entre mis brazos con tal cariño: que el pobre Aguilucho me decia á me-



Alcé la cara y ví cuatro hombres montados y bien armados.

dia vez: ya está Perico, hermano, ya está por Dios no me ahorques antes de tiempo.

Ahora sí; decia yo lleno de consuelo y entusiasmo: ahora sí que se acabaron mis trabajos, pues he tenido la dicha de encontrar á mi mejor amigo, á quien debí tantísimos favores, y de quien espero me socorra en la amarga situacion en que me hallo.

¡Pues qué ha sido de tu vida, hijo de mi alma? me preguntó: ¡qué suerte has corrido? ¡qué malas aventuras has pasado que te veo tan otro y tan desfigurado de ropa? Que ha de ser, le contesté, sino que soy el mas desgraciado que ha nacido de madre. Despues que me separé de mi amigo Juan Largo, que sin agravio de lo presente, era tan hombre de bien y tan buen amigo como tú, he tenido mil aventuras favorables y adversas; aunque si vale decir verdad, mas han sido las malas que las buenas.....

Pues eso es cuento largo, me dijo el matiflo interrumpiéndome: sube á las ancas de mi caballo, nos encaramaremos sobre aquella loma, y allí podremos platicar mas despacio; porque en los caminos reales espantamos la caza.

No entiendo eso de espantar la caza, le dije, pues yo jamás he visto cazar en caminos reales, sino en los bosques y lugares no transitados por los hombres.

Tanto asi tienes de guage, me dijo el Aguiucho; pero cuando sepas que nosotros no andamos á caza de conejos ni de tigres, sino de

hombres, no te hará fuerza lo que te digo. Por ahora sube á caballo, que es lo que te importa. Yo obedecí su imperioso precepto: subí, y guiamos todos á un cerrito que no estaba lejos del camino.

Luego que llegamos, nos apeamos, escondieron los caballos tras de su falda y nos sentamos entre un matorral, desde donde veíamos muy bien y sin poder ser vistos cuanto pasaba en el camino real.

Ya en esta disposicion sacó el Aguilucho de un talego de cotense un queso muy bueno, dos tortas de pan y una botella de aguardiente.

Desembainó un cuchillo de la bota campanera, partió el pan y el queso, y comenzamos todos á darle vuelta.

Acabada la comida nos dió por su mano un traguito de aguardiente á cada uno, pero tan poquito que apenas me llegó al galillo. Los ojos se me iban tras de la botella y á los otros tambien; mas él la guardó diciendo: no hay mayor locura en los hombres que prostituirse á la bebida. Nadie debía emborracharse, pera mucho menos los de nuestro oficio, pues vamos muy arriesgados.

¿Pues cuál es tu oficio? le pregunté muy admirado, y él sonriéndose me dijo: *Cazador*, y ya ves que un cazador borracho no puede hacer buena punteria.

Pero en tal caso, le repliqué, lo mas que puede suceder es hacer sin fruto la carabana ó correria; mas hasta aqui no hay riesgo.

como dices. Si hay, dijo él: pueden cazarnos á nosotros, y tan bien que no nos quiten las esposas hasta despues de muertos.

No me hables con enigmas, le dije, por vida tuya: espícame lo que hablas. Ahí lo sabrás, dijo él, pero cuéntanos tus aventuras.

Pues has de saber le dije: que cuando fui á dar á la cárcel donde tuve el honor de conocerte, fue de resultas de una manotadilla de amigos, que iba á dar á la casa de una viuda mi querido Juan Largo, en cuyo lance pudo haber sido presa de los soldados y serenos; pero tuvo la fortuna de escapar con tiempo en compañía de otro amigo suyo muy habil y valiente que se llamaba Culás el Pípilo, muchacho bueno á las derechas, y que segun me decia Januario, habia aprendido á robar con escritura.... Buena sea la vida de vd. me dijo riéndose un negrito alto, chato, y de unos ojillos muy vivos y pequeños. Yo soy, continuó, yo soy el tal Pípilo, aunque no muy guajolote, y me acuerdo de vd. y de la noche en que lo ví con el sereno cuando pasé corriendo. ¿Conque en qué paró vd. por fin, y como fue eso de que fuera á dar á la de pita por nosotros?

Entonces les conté todas mis aventuras, que celebraron mucho, y me dijeron como Januario era capitán de cazadores de gentes, y andaba por otros rumbos no muy lejos de por allí: que ellos eran del arte con otros tres compañeros que se habian extraviado algunos dias

antes y los esperaban por horas con algunos buenos despojos: que el gefe de ellos era el señor Aguilucho: que aquel oficio era muy socorrido: que solia tener sus contingencias; pero que al fin se pasaba la vida y se tenian unos ratos famosos, y por último, amigo, me decia el Pipilo, si vd. quiere alistarse en nuestras banderas, experimentar esta vida y salir de trabajos, bien podrá hacerlo, supuesta la amistad que lleva con nuestro capitan, y su gentil disposicion, que pues ha sido soldado, no le cogerán de nuevo las fatigas de la guerra, los asaltos, los avances, las retiradas ni nada de esto que nunca falta entre nosotros.

Amigo, le dije, yo le estimo su convite y el deseo que tiene de hacerme beneficio; pero se ha engañado en su concepto creyéndome útil para el caso, pues para eso de campaña no es mi disposicion gentil, sino herege y judía, porque nada vale. Siempre he tenido miedo á que me aporreen, y he procurado evitar las ocasiones; y con todo esto no me ha valido. Una vez una vieja me estampó una chinela en la boca: otra, me puso al parto un payo á palos: otra, me molieron á trompones los presos de la cárcel en compañía del señor capitan Aguilucho, que no me dejará mentir: otra, me dieron una puñalada que por poco no la cuento: otra me jorobaron á pedradas los indios de Tula: otra, me quebró setenta ollas en la cabeza un indio macuache: otra, me desmecharon unas coscolinas: y por última, me

aporreó un difunto en un velorio. Conque vean vds. si soy desgraciado y con razon estoy acobardado.

Vamos, dijo el Aguilucho, esas son delicadezas, los hombres no deben ser cobardes, mucho menos por niñerías. En esas pependencias que has tenido, Periquillo cobarde, ¿qué vara de mondongo te han sacado? ¿con cuantas jicaras te han remeado el casco? ¿qué costillas menos cuentas? ¿ni qué pie ni mano echas menos en tu cuerpo? Nada de esto te ha pasado: tu estás entero y verdadero sin lacra ni cicatriz notable. Conque esa es una cobardía vergonzosa ó una grande conveniencia, porque me parece que tú eres mas convenenciero que cobarde, y quisieras pasarte buena vida sin arriesgarte á nada; pero hijo, eso está verde, porque el que no se arriesga no pasa la mar, y los trabajos se hicieron para los hombres.

Hermano, le dije, no solo es conveniencia, sino que soy miedoso de mio, y naturalmente no me hace buen estómago que me aporreen. Es cierto que en las malas aventuras que he tenido no me han sacado las tripas, ni me han quitado un brazo, ni una pierna, como dices; pero tambien es cierto que á excepcion de la pendencia del indio, yo he llevado mis buenos porrazos sin buscarlos y sin provocar á nadie. Esto me ha hecho mas cobarde; porque si sin meterme á valiente, y antes escusando las ocasiones, he salido tan mal librado, ¿qué fuera si yo hubiera sido valenton, es-

padachin y perdona vidas! Seguramente ya me hubieran despachado á los infiernos, á buen componer, haciéndome primero picadillo.

Conque así no, hermano, yo no valgo nada para cazador. Si acaso quieren les serviré de escribiente para su mayoría, de marmiton ó ranchero, de mayordomo, de guarda ropa, de tesorero, de caballero, de médico y cirujano que algo entiendo, de asesor, de barbero ó cosa semejante; pero para esto de salir á campaña y batirme con los caminantes, ni por pienso. Si fuera cosa de hallarlos amarrados y durmiendo, tal vez haría algo de mi parte, y eso acompañado con vds.; pero esto de salirles mano á mano, viniendo ellos con las suyas sueltas y prevenidas con un sable, una pistola ó una escopeta. ¡Jesus me valga! ni pensarlo, camaradas, ni pensarlo. Ya digo que tengo miedo, y cuidado, que confesar un hombre que tiene miedo, es el mayor sacrificio que puede hacer á la verdad; porque reflexionen vds. y verán que apenas habrá uno que haga alarde de buen mozo, de sábio, de rico y cosa así: antes no tienen embarazo para tenerse en menos que otros en hermosura, en talento, en riqueza ó en habilidad; mas en tocándoles en lo valiente, ¡cuerpo de Cristo! no hay uno cobarde, siquiera con la boca: todos se vuelven Scipiones y Annibales: nadie tiene miedo á otro, y cada uno se cree capaz de tenérselas con el mismo Fierabrás.

Esto prueba que aunque no todos los hom-

bres sean valientes, á lo menos todos quieren parecerlo cuando llega la ocasion, y tan lejos están de conocer y confesar su cobardía, que el mas tímido suele ser el que mas bravea cuando no tiene delante al enemigo. Conque ser yo la excepcion de esta regla y venir confesando que tengo miedo, es prueba de que soy un hombre de bien á las derechas, pues no sé mentir, que es otra prenda tan apreciable como rara en los hombres.

Mira cuanto has hablado, hermano, me dijo el Aguilon, no en valde te llaman Periquillo. Pero dime, hombre, cómo siendo tan cobarde fuiste soldado; porque ese ejercicio está tan reñido con el miedo como la luz con las tinieblas?

Eso no te haga fuerza, le contesté: lo primero, que yo fui soldado de mantequilla, pues no pasé de un asistente flojo y regalón, sin saber no ya lo que es una campaña; pero ni siquiera las fatigas del servicio. Lo segundo, que no todos los soldados son valientes. ¡Cuántos van á fuerza á la campaña, que no irían si los generales al aproximarse al enemigo publicaran, como Gedeon, un bando para que el que se sintiera débil de espíritu se fuera á su casa? Yo aseguro que no pasarían de trescientos valientes en el ejército mas lucido y numeroso, si no la llevaban muy cocida, ó les instigaba la codicia del saco. Lo tercero y último, que no todos los que dicen que tienen valor saben lo que es valor.

Mr. de la Rochefoucault dice: „que el valor „en el simple soldado, es una profesion peli- „grosa, que toma para ganar su vida. Espli- „ca las diferencias de valores, y concluye di- „ciendo: que el perfecto valor consiste en ha- „cer sin testigos lo que serian capaces de ha- „cer delante de todo el mundo.” Conque ya ves que el ser soldado no es prueba de ser valientes.

¡Caramba, Periquillo, y lo que sabes! me dijo con ironia el Aguilucho; pero con todo tu saber estás encueros; mas sabemos nosotros que tú. En fin, que traigan los caballos, irás á ver nuestra casa, y si te acomodare te quedarás en nuestra compañía; pero no pienses que comerás de valde, pues has de trabajar en lo que puedas.

En esto fueron á traer los caballos, les apretaron las cinchas, y yo monté en las ancas del de el Aguilucho que era famoso, y nos fuimos.

En el camino iba yo lisongeándome interiormente de la habilidad que habia tenido para engañar á los ladrones, exagerándoles mi cobardía, que no era tanta como les habia pintado; pero tampoco tenia ganas de salir á robar á los caminos esponiendo mi persona. Si el modo con que estes roban, decia yo á mi coton, no fuera tan peligroso; con mil diablos me echara yo á robar, pues ya no me falta mas que ser ladrón; pero esto de ponerme á que me cojan o me den un balazo, eso si está endemoniado. ¡Dichosos aquellos ladrones que ro-

ban pacíficamente en sus casas sin el menor riesgo de sus personas! ¡quién fuera uno de ellos!

En estas majaderias entretenia mi pensamiento mientras que trepando cerros, bajando cuestras, y haciendo mil rodeos, fuimos á dar á la entrada de una barranca muy profunda.

A poco de haber entrado en ella avistamos unas casas de madera, adonde llegamos y nos apeamos muy contentos; pero mas alegres que nosotros salieron á recibirnos otros tres cazadores, que eran los que el Aguilucho me dijo que se habian extraviado pocos dias antes de aquel.

Luego que vieron al Aguilucho, le dieron muchos abrazos, y éste se los correspondió con gravedad. Entramos adentro, y le manifestaron dos cajones de dinero, un gran baúl de ropa fina, y un envoltorio de ropa tambien, pero mas ordinaria, junto con una buena mula de carga y dos caballos excelentes. Esto es, decia uno de ellos, todo el fruto del negocio que hemos hecho en siete dias que faltamos de tu lado.

No esperaba yo menos de la viveza de vds. dijo el Aguilucho: vamos á ver: repartámonos como hermanos. Diciendo esto, comenzó á repartir la ropa entre todos y el dinero se echó al granel en unos baules que alli habia, añadiendo el señor capitán: ya saben vds. que en el dinero no cabe reparticion; y asi cada uno tomará lo que guste con mi aviso para lo que

necesite. A este pobre mozo, dijo señalándome, es menester que cada uno lo socorra, pues es mi amigo viejo, viene atenido á nosotros, y aunque es miedosillo, ahí se le quitará con el tiempo: tiene lo mas que es no ser tonto: dá esperanzas.

Apenas oyeron la recomendacion aquellos buenos prójimos, cuando todos á porfia me agasajaron. Uno me dió dos camisas de estopilla muy buenas: otro una cotona de paño de primera azul guarnecida con cordon y flecos de oro: otro unos calzones de pana negra con botones de plata nuevos, y sin mas defecto que tener el aforro ensangrentado: otro me habilitó de medias, calzoncillos y ceñidor: otro me regaló botas, zapatos y ataderos: otro me dió un sombrero tendido, de color de chocolate de muy rico castor, con su galoncito de oro al bordo y una famosa toquilla, y el último me dió una buena manga de paño en grana con su dragona de terciopelo negro, guarnecida con galon y flecos de plata.

Despues que todos me habilitaron con lo que quisieron, el Aguilucho me regaló su mismo caballo, que era un tordillo quemado del mejor mérito, y me lo dió sin quitarle la silla, armas de pelo, freno, ni cosa alguna. A esta galanteria añadió la de regalarme sus buenas espuelas y tantos cuantos pesos pude sacar en seis puñados, y me mandaron vestir á toda prisa.

Concluida esta diligencia, hicieron una se-

ña con un pito, y salieron cuatro muchachonas no feas y bien vestidas, las que nos saludaron muy afables, y luego nos sirvieron una buena mesa, y tal que yo no la esperaba semejante en aquellas barrancas tan ocultas y retiradas del comercio de los hombres.

Asi que se acabó la comida, me dijeron como aquellas señoras estaban destinadas al servicio comun de todos, y tanto ellas entre sí, como ellos entre ellos se llevaban como hermanos, sin andar con etiquetas, y sin conocerse en aquella feliz Arcadia la maldita pasion de los celos.

Acabáronse estas inocentes conversaciones: mandaron ensillar los caballos el Aguilucho y el Pipilo, y se marcharon todos á ver si hallaban caza, dejándome solo con las mugeres, y diciéndome que me entretuviera en reconocer y limpiar las armas.

Yo jamas habia limpiado una escopeta; pero las mugeres me enseñaron, y se pusieron á ayudarme: y para hacer el trabajo llevadero, me preguntaron mi vida y milagros, y yo las entretuve contándoles mil mentiras, que creyeron como los artículos; y en pago de mi cuento me refirieron todas sus aventuras, que se reducian á decir que se habian extraviado y habian venido á dar con aquellos hombres desalmados, una porque su madre la regañaba: otra, porque su marido era celoso: aquella, porque el Pipilo la engañó; y la última porque la tentó el diablo.

Así pretendia cada una disimular su lubricidad y hacerse tragar por una bendita; pero ya era yo perro viejo para que me la dieran á comer: conocia bien al comun de las mugeres, y sabia que las mas que se pierden es porque no se acomodan con la sujecion de los padres, maridos, amos ó protectores.

Sin embargo, yo me hice tonto y alegre, y supe de este modo todos los arcanos de mis invictos compañeros: me dijeron como eran ladrones y daban asaltos de interes, que todos eran muy valientes, que rara vez salian sin volver habilitados, y que ya estaban ricos.

En prueba de esto me enseñaron un cuarto lleno de ropa, alhajas, baules de dinero, armas de todas clases, sillas, frenos, espuelas y otras mil cosas, por las que eché de ver que en realidad eran ladrones de por mayor; mas admirándome de que cómo no se apartaban de aquella vida, que no podia ser muy buena ni muy segura, teniendo ya todos con que pasarla, cuando no sin zozobras interiores, á lo menos sin sustos de la justicia y sin riesgo de los robados, me dijeron: que era imposible que dejaran esa vida, lo uno porque no podian sacar la cara sin esponerse á ser conocidos; y lo otro, porque el robar era vicio, lo mismo que el beber, jugar y fumar; y así que pretender quitar á aquellos señores de los caminos en clase de ladrones, seria lo mismo que querer quitarles las barajas á los tahures, y los vasos á los ébrios.

En esto estábamos, cuando ya al anoche- cer llegaron los valientes á casa: se apearon y despues de jugar y chacotear tres ó cuatro horas, cenamos todos juntos muy contentos, y despues nos fuimos á acostar, dándome para el efecto suficiente ropa y una piel curtida de cibolo.

Yo no advertí que se quedaban cuatro de guardia á la entrada de la barranca para hacer su cuarto de centinela como los soldados, y así me acosté y dormí con la mayor tranquilidad como si estuviera en compañía de unos varones apostólicos; pero como á las tres de la mañana me la interrumpieron los gritos desahorados que dieron todos, pidiendo unos su carabina, otros su caballo y todos cacao, como vulgarmente dicen.

El azoramiento de todos ellos, los gritos y llantos de las mugeres, el ruido de varios tiros que se oian á la entrada de la barranca y el alboroto general me tenian lelo. No hice mas que sentarme en la cama, y estarme hecho un tronco esperando el fin de aquella terrible aventura, cuando entró una muger, se llegó á mi rincón, y tropezando conmigo me conoció, y enfadada de mi flemma, me dió un pescozon tan bien dado que me hizo poner en pie muy de prisa. Salga vd. collón, me decía, mándria, amugerado, maricón: ya la justicia nos ha caido y están todos defendiéndose, y el muy sinvergüenza se está echadote como un cochino. Ande vd. para fuera, se

carron, y coja ese sable que está tras de la puerta; ó si no yo le esprimiré esta pistola en la barriga.

Esta fiesta era á obscuras; pero de que yo oí decir esprimir pistolas, salí para fuera como un rayo, porque no me acomodaban esas chanzas.

Como mi salida fue en camisa y con el sable que me dió la muger, me desconocieron los compañeros, y juzgándome alguacil en pena, me dieron una safacoca de cintarazos que por poco me matan, y lo hubieran hecho muy fácilmente segun las ganas que tenian, pues uno gritaba, dále de filo, asegúralo, asegúralo; pero á este tiempo quiso Dios que saliera una muger con un ocote ardiendo, á cuya luz me conocieron, y compadecidos de la fechoria que habian hecho, me llevaron á mi cama y me acostaron.

A poco rato se sosegó el alboroto, y á este siguió un profundo silencio en los hombres y un incansable llanto en las mugeres. Yo algo aliviado de los golpes que llevé, al escuchar los llantos, y temiendo no fuera otro susto que acarreará á mi cama alguna maldita muger desafortada, me levanté con tiempo, me medio vestí, salí para la otra pieza y me encontré á todos los hombres y mugeres rodeados de un cadáver.

La sorpresa que me causó semejante funesto espectáculo fue terrible, y no pude sosegar hasta que me dijeron cuanto habia suce-

dido, y fue: que los centinelas apostados de vigilancia, vieron pasar cerca de ellos y como con direccion á la barranca, una tropa de lobos, y creyendo que eran alguaciles, les dispararon las carabinas, á cuyo ruido se alborotaron los de abajo: subieron para la cumbre y pensando que dos de sus compañeros que bajaron á avisar, eran alguaciles, les dispararon con tan buen tino, que á uno le quebraron una pierna, y al otro lo dejaron muerto en el acto.

Cuando oí estas desgracias me di de santos de que no hubiera yo sufrido sino cintarazos, y hasta creo que se me aliviaron mas mis dolores. Ya se ve, el hombre cuando compara su suerte con otra mas ventajosa se cree desdichado; pero si la compara con otra mas infeliz, entonces se consuela y no se lamenta tanto de sus males. La lástima es que no acostumbremos compararnos con los mas infelices, sino con los mas dichosos que nosotros, y por eso se nos hacen intolerables nuestros trabajos.

En fin, amaneció el dia, y á su llegada concluyó el velorio, y sepultaron al difunto. El Aguilucho me dijo: tú me dijiste que entendias de médico: mira á ese compañero herido, y dime los medicamentos que han de traer de Puebla, que los traerán sin falta, porque todos los venteros son amigos y compadres, y nos harán el favor.

Quedeme aturdido con el encargo; porque entendia de cirujia tanto como de medicina,

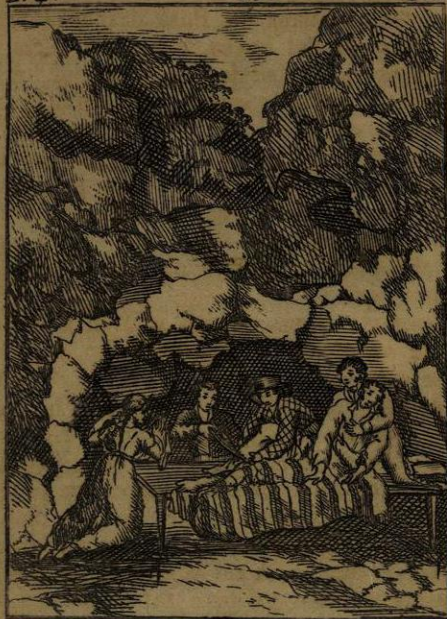
y no sabia que hacer, y asi decia entre mi: si digo que no soy cirujano sino médico, es mala disculpa, pues les dije que entendia de todo: si empeoro al enfermo ó lo despacho al purgatorio, temo que me vaya peor que en Tula, porque estos malditos son capaces de matarme y quedarse muy frescos. ¡Virgen Santísima! ¿qué haré? alúmbrame.... Animas benditas, ayudadme.... Santo mio, S. Juan Nepomuceño, pon tiento en mi lengua....

Todas estas deprecaciones hacia yo interiormente sin acabar de responder, fingiendo que estaba inspeccionando la herida, hasta que el Aguilucho enfadado con mi pachorra, me dijo, ¡por fin, á que horas despachas? ¿qué se trae?

No pude disimular mas, y asi le dije: mira, no se puede ensamblar la pierna, porque el hueso está hecho astillas (y era verdad). Es menester cortarla por la fractura de la tibia, pero para esto se necesitan instrumentos, y yo no los tengo.

¿Y qué instrumentos se han menester? preguntó el Aguilucho. Una navaja curva le respondí, y una sierra inglesa para aserrar el hueso, quitarle los picos. Está bien, dijo el Aguilucho y se fueron.

A la noche vinieron con un tranchete de zapatero y una sierra de gallo. Sin perder tiempo nos pusimos á la operacion. ¡Válgame Dios! ¡cuánto hice padecer á aquel pobre! no quisiera acordarme de semejante sacrificio. Yo le



El infeliz, gritaba y lloraba amargamente pero no le valió.

corté la pierna como quien tasajea un trozo de pulpa de carnero. *El infeliz gritaba y lloraba amargamente; pero no le valió* porque todos lo tenían afianzado. Pasé despues á aserrarle los picos del hueso, como yo decia, y en esta operacion se desmayó, así por los insufribles dolores que sentia, como por la mucha sangre que habia perdido, y no hallaba yo modo de contenérsela, hasta que con una ebra de pita le amarré las venas, y aprovechando su desmayo le cautericé la carne con una plancha ardiendo. Entonces volvió en sí y gritaba mas recio; pero algo se le contuvo la hemorragia.

Finalmente á mí no me valió el aceite de palo, la azucar y romero en polvo, el estiercol de caballo ni cuantos remedios de estos le aplicaba, cada rato se le soltaban las vendas, y le salia la sangre en arroyos. Esto junto con lo mal curado de lo restante, hizo que el debilísimo paciente se agangrenara pronto, y tronara como tronó dentro de dos dias.

Todos se incomodaron conmigo atribuyendo aquella muerte á mi impericia, y con sobrada razon; pero yo tuve tal labia para disculparme con la falta de auxilios á la mano, que al fin lo creyeron, enterraron al muerto y quedamos amigos. ¡Cuántas averias hacen los hombres mas ó menos funestas por meterse á lo que no entienden!

Así pasé despues sin novedad como dos meses, escribiendo los apuntes que querian, ra-

surándolos y quedándome de día á cuidar el serrallo de mis amos, amigos y compañeros. Una noche de los cinco que salieron volvieron cuatro muy confusos, porque les mataron uno en cierta campaña que tuvieron; pero no perdieron el ánimo, antes propusieron vengarse al otro dia. Son tres, decian, y tres mozos; estos no valen nada, y así el partido está por nosotros: nos la han de pagar por los huesos de mi madre. Mañana han de pasar por Río Frio, allí nos veremos.

Acabadas estas amenazas, cenaron y se acostaron. Yo hice lo mismo, pero no muy á gusto, reflexionando que se iba desmembrando la compañía, y acordándome de echar mi barba en remojo, porque veia pelar muy seguido la de mis vecinos.

Pensaba en desertarme; pero no me atrevia, porque ignoraba la salida de aquel encantado laberinto: ni aun osaba comunicar mi secreto á las mugeres temeroso de que me descubrieran.

En estos cálculos pasé la noche, y á otro dia muy de madrugada me levantaron y me hicieron vestir. Yo lo hice luego luego. Despues ensillaron mi caballo, y me pusieron dos pistolas en la cintura, una cartuchera y un sable; me acomodaron una mojarra en la bota y me pusieron una carabina en la mano.

¿Para qué son tantas armas? preguntaba yo muy espantado ¿Para qué han de ser, bestia? decia el Aguilon: para que ofendas y te defiendas.

Pues nada haré seguramente, decia yo, porque para ofender no tengo valor, y para defenderme me falta habilidad. Yo en los casos apurados me atengo á mis talones porque corro mas que una liebre; y así para mí todo esto es escusado.

Enfadóse el Aguilucho con mi cobardía, y sacando el sable me dijo muy enojado: vive Dios, bribon cobarde, que si no montas á caballo y nos acompañas, aqui te llevan los demonios. Yo, al verlo tan enojado, hice de tripas corazon, fingiendo que mi miedo era chanza y que era capaz de salir al encuentro al demonio si viniera en traje de caminante con dinero: se dieron por satisfechos: seguimos nuestro camino con designio de salirles á los viandantes, robarlos y matarlos; pero no sucedió segun lo pensaron.

CAPITULO III.

En el que nuestro autor cuenta las aventuras que el acaecieron en compañía de los ladrones: el triste espectáculo que se le presentó en el cadáver de un ajusticiado, y el principio de su conversion.

Aunque muchas veces permite Dios que el malvado ejecute sus malas intenciones ó para acrisolar al justo, ó para castigar al perverso, no siempre permite que se verifiquen

sus designios. Su Providencia que vela sobre la conservacion de sus criaturas, mil veces embaraza ó destruye los inicuos proyectos para que las unas no sean pasto de la ferocidad de las otras.

Asi le sucedió al Aguilucho y sus compañeros la mañana que salimos á sorprender á los viandantes.

Serian las seis cuando desde la cumbre de una loma los vimos venir por el camino real. Venian los tres por delante con sus escopetas en las manos: luego seguian cuatro caballos ensillados de vacio, esto es, sin ginetes: á seguida venian cuatro mulas cargadas con baúles, catres y almofreces, que se conocia lo que era de lejos, á pesar de venir cubiertas las cargas con unas mangas azules, y por fin venian de retaguardia los tres mozos.

Luego que el Aguilucho los vió, se prometió la venganza y un buen despojo; y asi nos hizo ocultar tras un repechó que hacia la loma en su falda, y nos dijo: ahora es tiempo, compañeros, de manifestar nuestro valor, y aprovechar un buen lance, porque sin duda son mercaderes, que van a emplear á Veracruz y toda su carga se compondrá de reales y ropa fina. Lo que importa es no cortarse, sino acometerles con denuedo, asegurados en que la ventaja está por nosotros, pues somos cinco, y ellos son solo tres, que los mozos gente alquilona y cobarde, no deben darnos cuidado. Tomarán correr á los primeros

tiros; y asi, tú, Perico, yo y el Pipilo les saldremos de frente en cuanto lleguen á buena distancia, quiero decir, á tiro de escopeta, y el Zurdo y el Chato les tomarán la retaguardia para llamarles la atencion por detras. Si se rinden de bueno á bueno, no hay mas que hacer que quitarles las armas, amarrarlos y traerlos á este cerro de donde los dejaremos ir á la noche; pero si se resisten y nos hacen fuego no hay que dar cuartel: todos mueran.

Tanto la vista de los enemigos, que por instantes se acercaban, como la consideracion del riesgo que me amenazaba, me hacian temblar como un azogado sin poder disimular el miedo, de modo que mi temor se hizo sensible, porque como mis piernas temblaban tanto, hacian las cadenillas de las espuelas un sonecito tan perceptible con los estrivos, que llamó la atencion del Aguilucho, quien advirtiendo mi miedo, echando fuego por los ojos me dijo: ¿que estás temblando sinvergüenza, amugerado? ¿piensas que vas á reñir con un ejército de leones? ¿no adviertes, bribon, que son hombres como tú, y solos tres contra cinco? ¿no ves que no vas solo sino con cuatro hombres, y muy hombres, que se van á esponer al mismo riesgo, y te sabrán defender como á las niñas de sus ojos? ¿tan fácil es que tu perezcas y no alguno de nosotros? y por fin, supen que te dieron un balazo, y te mataron, ¿qué cosa nueva y nunca vista es esa? ¿has de morir de parto collonote, ó te has de que-

dar en el mundo para dar fe de la venida del Antecristo! ¿Qué quieres? tener dinero, comer y vestir bien, y ensillar buenos caballos de flojon, encerrado entre vidrieras y sin ningun riesgo. Pues eso está verde, hermano: con algun riesgo se alquila la casa. Si me dices como me has dicho, que has conocido ladrones que roban y pasean sin el menor peligro, te diré que es verdad; pero no todos pueden robar de igual modo. Unos roban militarmente, quiero decir, en el campo y esponiendo el pellejo; y otros roban cortesaneamente, esto es, en las ciudades, paseando bien y sin esponerse á perder la vida; pero esto no todos lo consiguen aunque los mas lo desean. Conque cuidado con las colloneras, porque te daré un balazo antes que vuelvas las ancas del caballo.

Asustado yo con tan áspera repension y tan temida amenaza, le dije que no tenia miedo, y que si temblaba era de puro frio: que entraríamos al ataque y veria cual era mi valor. Dios lo haga, dijo el Aguilon, aunque lo dudo mucho.

En esto llegaron los caminantes á la distancia prefijada por el Aguilucho. Se desprendieron de nuestra compañía el Chato y el Zurdo y les tomaron la retaguardia, al mismo tiempo que el Pipilo, yo y el Aguilucho les salimos al frente con las escopetas prevenidas, gritándoles: párense todos, si no quieren morir á nuestras manos.

A nuestras voces saltaron de sobre las cargas cuatro hombres armados, que ocuparon en un momento los caballos vacios y se dirigieron contra el Zurdo y el Chato, los cuales, recibéndolos con las bocas de sus carabinas, mataron á uno y ellos huyeron como liebres.

Los tres viandantes se echaron sobre nosotros matándonos al Pípilo en el primer tiro. Yo disparé mi escopeta con mala intencion, pero solo se logró el tiro en un caballo, que tiré al suelo.

Cuando el Aguilucho se vió solo, porque no contaba conmigo para nada, me dijo: ya este no es partido: un compañero han muerto, dos han huido, y los contrarios son nueve, huyamos.

Al decir esto, quiso volver la grupa de su caballo; pero no pudo, porque este se le armó, de modo que á pesar de que cargabamos y disparábamos aprisa, no haciendo daño y lloviendo sobre nosotros los balazos, temiamos nos cogieran con arma blanca, porque se iban acercando á nosotros los tres viandantes á todo trapo sin tener miedo á nuestras escopetas.

Entonces el Aguilucho se echó á tierra, tirando á su caballo muerto de un culatazo que le dió en la cabeza, y al subir á las ancas del mio, le dispararon una bala tan bien dirigida, que le pasó las cienes y cayó muerto.

Casi por mi cuerpo pasó la bala pues me llevó un pedazo de la cotona. La sangre del infeliz Aguilucho salpicó mi ropa. Yo no tuve mas lugar que decirle: Jesus te valga, y vién-



*Le dispararon una bala tan bien dirigida
q.º le pasó las cienes y cayó muerto.*

domé solo y con tantos enemigos encima, arimé las espuelas al caballo, y eché á huir por aquel camino mas ligero que una flecha. La fortuna fué que el caballo era excelente, y corría tanto como yo quería. Ello es que al cuarto de hora ya no veía ni el polvo de mis perseguidores.

Estravié veredas, y aunque pensé ir á dar el triste parte de lo acaecido á las madamas de casa, no me determiné, ya porque no sabia el camino, y ya porque aunque lo hubiera sabido temia mucho volver á aquellas desgraciadas guaridas.

Cansado, lleno de miedo y con el caballo fatigado, me hallé como á las doce del dia en un solo y agradable bosquecillo. Allí ocupé la silla: aflojé las cinchas al caballo, le quité el freno, le dí agua en un arroyo, lo puse á pacer la verde grama: me senté bajo un árbol muy fresco y sombrío, y me entregué á las mas serias consideraciones.

No hay duda, decía yo, la holgazaneria, el libertinage y el vicio no pueden ser los medios seguros para lograr nuestra felicidad verdadera. La verdadera felicidad en esta vida no consiste ni puede consistir en otra cosa que en la tranquilidad de espíritu en cualquier fortuna; y esta no la puede conseguir el criminal, por mas que pase alegre aquellos ratos en que satisfacé sus pasiones; pero á esta efimera alegría sucede una languidez intolerable, un fastidio de muchas horas y unos remordimien-

tos continuos: pagando en estos tan largos y gravosos tributos aquel placer mezquino que quizá compró á costa de mil crímenes, sustos y comprometimientos.

Estas son unas verdades concedidas por todo el que reflexione atentamente sobre ellas. Mi padre me las advertía desde muy jóven: el coronel no dejaba de repetírmelas; yo las he leído en los libros y tal vez las he oído en los púlpitos; ¿pero qué mas? el mundo, los amigos, mi esperiencia han sido unos constantes maestros que no han cesado de recordarme estas lecciones en el discurso de mi vida, á pesar de la ingratitud con que yo he desatendido sus avisos.

El mundo, dije, sí, el mundo, mis malos amigos, los funestos sucesos de mi vida, todo ha conspirado uniformemente á mi desengaño, aunque por distintos rumbos; porque un mundo falaz y novelero, un mal amigo vicioso y lisongero, una desgracia que nos acarrea nuestra conducta disipada, y todos los males de la vida son maestros que nos enseñan á reglar nuestras acciones y á mejorar nuestro modo de vivir. Ello es cierto que malos maestros pueden dar buenas lecciones. La infidelidad de un amigo, la perfidia de una muger, la trácala que nos hizo el lisongero, los golpes que nos hizo sufrir el agraviado, la prision á que nos redujo la justicia por nuestra culpa, la enfermedad que padecemos por nuestro exceso y otras cosas así, á la verdad que son ingra-

tas á nuestro espíritu y á nuestro cuerpo; pero la esperiencia de ellas debia hacernos sacar frutos dulces de sus mismas amargas raices.

¿Y qué mejor fruto podiamos sacar de estas dolorosas esperiencias, que el escarmiento para gobernarnos en lo futuro? Entonces ya nos guardariamos de tener amigos indistintamente y sin saber cuales son las señas del verdadero amigo, nos sabriamos recelar de las mugeres sin fiar nuestro corazon á cualquiera, huiriamos de los lisongeros como de unas fieras mansas pero traidoras, tratariamos de no agraviar á nadie para no esponernos á recibir los golpes de la venganza, cuidariamos de manejarlos honradamente para no padecer los rigores de las cárceles, enfrenariamos nuestros apetitos sensuales para no lidiar con las enfermedades, y por fin, hariamos por vivir conforme á las leyes divinas y humanas para no volver á experimentar esos trabajos, y lograr la verdadera felicidad, que como digo, es el fruto de la buena conciencia.

Esto conseguiriamos si supieramos aprovecharnos de la esperiencia; pero la lástima es que no aprendemos por mas que sean frecuentes las lecciones.

Dígalo yo. ¿Qué de trabajos, qué de desaires, qué de vergüenzas, qué de ingraticudes, qué de golpes, prisiones, sustos, congojas y contratiempos no he pasado? ¿á qué riesgos no me he espuesto, y en qué situacion tan deplorable me veo? Yo he tenido que sufrir azotes

y reprehensiones de los maestros: golpes de toros y caballos: zapatazos, baños de agua hirviendo, amenazas y desvergüenzas de las viejas: deslealtades, burlas y desprecios de los malos amigos, palos de payos, desaires de cortesanos, ingraticudes de parientes, abominaciones de estraños, lanzamientos de los amos, vejaciones de tunos, prisiones de la justicia, ollazos de indios, heridas dadas con razon por casados agraviados por mí, trabajos de hospitales, araños de coquetas, sustos de muertos y velorios, robos de pícaros y trescientas mil desventuras, que lejos de servirme de escarmiento, no parece sino que las primeras me han sido unos estímulos eficaces para esponerme á las segundas.

¿Qué tengo ya que perder? El lustre de mi nacimiento se halla opacado con mis vergonzosos extravios, mi salud arruinada con mis excesos, los bienes de fortuna perdidos con mi constante disipacion, amigos buenos no los conozco, y los malos me desprecian y abandonan, mi conciencia se halla agitada por los remordimientos de mis crímenes, no puedo reposar con sosiego y la felicidad tras que corro, parece que es un fantasma aéreo que al quererlo asir se deshace entre mis manos.

Todo, pues, lo he perdido. No tengo mas que la vida y el alma que cuidar. Es lo último que me queda, pero tambien lo mas apreciable.

Dios se interesa en que no me pierda eternamente. ¡Cuántas veces pude haber perdido

la vida á manos de los hombres, en poder de los brutos, en medio de la mar y aun á mis propias manos! Innumerables. Hoy pudo haber sido el último de mis dias. A mi lado cayó el Pípilo, á otro el Aguilucho, y las balas, unas tras otras, cruzaban crujiendo el aire junto de mis orejas; balas que ciertamente se dirigian á mi persona, y balas que me pasaban la muerte por los ojos.

¿Como aquellos murieron, no pude yo haber muerto? ¿Como hubo balas bien dirigidas para ellos, no pudo haber alguna para mí? ¿yo me libré de ellas por mi propia virtud y agilidad? Claro es que no. Una mano invisible y Todopoderosa fue la que las desviaba de mi cuerpo con el piadoso fin de que no me perdiera para siempre. ¿Y qué méritos tengo contraídos para haberle debido tal cuidado? ¡O Dios! yo me avergüenzo al acordarme que toda mi vida ha sido una cadena de crímenes no interrumpida. He corrido por la niñez y la juventud como un loco furioso, atropellando por todos los respetos mas sagrados, y me hallo en la virilidad con mas años y delitos que en mi pubertad y adolescencia.

Treinta y seis ó treinta y siete años cuento de vida, y de una vida pecaminosa y relajada. Sin embargo, aun no es tarde, aun tengo tiempo para convertirme de veras y mudar de conducta. Si me entristece lo largo de mi vida relajada, consuélame saber que el Gran Padre de familias es muy liberal y bondadoso, y

tanto paga al que entra á la mañana á su viña, como al que comienza á trabajar en ella por la tarde. Esto es hecho, enmendémonos.

Diciendo esto, lleno de temor y compuncion aderecé el caballo, subí en él, y me diriji al pueblo ó venta de S. Martin.

Llegué cerca de las siete de la noche, pedí de cenar y mandé que desensillaran y cuidaran de mi caballo á título de valor, pues no llevaba un real.

Despues que cené, salí á tomar fresco al portalito de la venta, donde estaba otro pasajero en la misma diligencia.

Nos saludamos cortesmente y enredamos la conversacion hasta hacerse familiar, siendo el asunto principal el suceso acaecido aquel dia con los ladrones. Me dijo como habia salido de Puebla y caminaba para Calpulalpam, teniendo que hacer una corta demora en Apam.

Yo le dije que iba para este último pueblo de donde tenia que pasar á México, y asi podriamos ir acompañados porque yo tenia mucho recelo de los ladrones.

Se debe tener, me contestó el pasajero, pero con los sustos que han llevado de la semana pasada á esta parte, es regular que no se rehagan tan presto las gavillas. En pocos dias les han pillado seis, han colgado uno, y han quedado tendidos en el campo cuatro. Conque ya ve vd. que son de menos en su cuenta once, y á este paso los dias son un soplo.

Como yo no habia visto coger á nadie, sa-

bia que los muertos eran dos, y me constaba que apenas eramos cinco, le dije con un aire de duda: dable puede ser eso, pero temo que hayan engañado á vd., porque son muchos los ladrones agotados. No, no me han engañado, dijo él: lo sé bien, sobre que soy teniente de la Acordada, tengo las filiaciones de todos, sé sus nombres, los parages por donde roban, las averías que han hecho, y los que han caido hasta hoy, vea vd. si lo sabré ó no.

Frio me quedé cuando le oí decir que era teniente; aunque me consolé al advertir que yo no habia salido mas que á una campaña, y era imposible que nadie me conociera por ladron. Entonces le dí todo crédito, y le pregunté que ¿por qué rumbos habian cogido á los demas? á lo que me contestó que por entre Otumba y Teotihuacan.

Parlamos largo sobre otras cosas, y á lo último le dije como yo tenía sobrada razon para temer á los ladrones, pues era perseguido de ellos. Vea vd., le decia muy formal, no me han salido esos ladrones, pero anoche se me huyó el mozo con la mula del almofrés y me dejó sin un real, pues se llevó los únicos doscientos pesos que yo llevaba en mi baúl.

¡Qué picardial decia el teniente muy compadecido: ya ese pícaro estará con ellos. ¿Cómo se llama? ¿qué señas tiene? Yo le dije lo que se me puso, y él lo escribió con mucha eficacia en un librito de memoria; y asi que concluyó nos entramos á acostar.



*Conoci en aquel deforme cadáver á mi antiguo e infeliz amigo **Januario**.*

Me convidó con su cuarto; yo admití y me fui á dormir con él. Luego que vió mis pistolas, se enamoró de ellas y trató de comprarlas. Con el credo en la boca se las vendí en veinticinco pesos, temiendo no se apareciera su dueño por allí. Ello es que se las dejé y me habilité de dinero sin pensar.

Nos acostamos, y á otro día muy temprano nos pusimos en camino, en el que no ocurrió cosa particular. Llegamos á Apam donde fingí salir á buscar á un amigo, y al día siguiente nos separamos y yo continué mi viaje para México.

Aquella noche dormí en Teotihuacan, donde me informé de como en la semana anterior habian derrotado á los ladrones cogiendo al cabecilla, á quien habian colgado á la salida del pueblo.

Con estas noticias, lleno de miedo, procuré dormir, y á otro día á las seis de la mañana ensillé, y encomendándome á Dios de corazon, seguí mi marcha.

Como una legua ó poco mas habia andado, quando ví afianzado contra un palo, y sostenido por una estaca el cadáver de un ajusticiado con su saco y montera verde, y las manos amarradas.

Acerqueme á verlo despacio; pero ¡cómo me quedaria cuando advertí y conocí en aquel deforme cadáver á mi antiguo e infeliz amigo **Januario**? Los cabellos se me erizaron: la sangre se me enfrió: el corazon me palpita-

ba reciamente: la lengua se me anudó en la garganta: mi frente se cubrió de un sudor mortal, y perdida la elasticidad de mis nervios iba á caer del caballo abajo en fuerza de la congoja de mi espíritu.

Pero quiso Dios ayudar mi ánimo desfallecido, y haciendo yo mismo un impulso extraordinario de valor, me procuré recobrar poco á poco de la turbacion que me oprimia.

En aquel momento me acordé de sus extravios, de sus depravados consejos, ejemplos y máximas infernales; sentí mucho su desgracia, lloré por él, al fin lo traté de amigo y nos criamos juntos: pero tambien le dí á Dios muy cordiales gracias porque me habia separado de su amistad, pues con ella y con mi mala disposición fijamente hubiera sido ladrón como él, y tal vez á aquella hora me sosten-dria el árbol de enfrente,

Confirmé mas y mas mis propósitos de mudar de vida, procurando aprovechar desde aquel punto las lecciones del mundo, y sacar fruto de las maldades y adversidades de los hombres: y empapado en estas rectas consideraciones, saqué mi mojarra y en la corteza del árbol donde estaba *Januario* grave el siguiente

SONETO.

¡Conque por fin se pagan los delitos
Y una conducta infame y corrompida?
Asi es, *Perico*, asi es; y aunque sin vida
Januario me lo dice bien á gritos.

Tú fuiste salteador de estos distritos,

¡O triste amigo! Si, fuiste homicida;

Mas una muerte infame y merecida

Fin puso á tus excesos infinitos.

Tú me dictaste máximas falaces,

Que á veces yo seguí con desacierto;

Pero ahora desde el palo donde yaces

La enmienda me aconsejas; y yo advierto,

Que te debo escuchar, pues satisfaces,

Predicándome bien despues de muerto.

Concluido mi soneto, me fuí por mi camino encomendándolo á Dios muy de veras.

Procuré entrar en México de noche, paré en el meson de *Santo Tomás*, cené, y estando paseándome en el corredor oí llanto de mugeres en uno de los cuartos.

La curiosidad ó la lástima me acercó á la puerta, y poniéndome á acechar oí que un viejo decia: vamos, hijas, ya no lloren, no hay remedio, ¿qué hemos de hacer? la justicia debió hacer su oficio, el muchacho dió en maleta desde chico, no le valieron mis consejos, mis amenazas ni mis castigos, él dió en que se habia de perder, y por fin se salió con ello.

Pero yo lo siento, decia una pobre vieja, al fin era mi sobrino. Yo tambien lo siento, decia el anciano, y prueba de ello son las diligencias y el dinero que he gastado por librarlo; pero no fue capaz. ¡Válgate Dios por *Januario* desgraciado! He, hija, no llores, mira, nadie sabe que es nuestro pariente, todos

lo tienen por huérfano de la casa: á quien podía serle vergonzoso era á su prima Ponciana; pero ya la muchacha es monja, y aunque se supiera su parentesco, monja se había de quedar: encomiéndalo á Dios, y vámonos á acostar para irnos muy de mañana.

Acabaron de hablar mis vecinos, y á mí no me quedó duda en que eran D. Martín y su esposa. Yo me fuí á recoger, y á otro día madrugué para hablarles, lo que conseguí con disimulo, conociéndolos bien y sin darme á conocer de ellos. Supe que habían venido de la hacienda y se iban á establecer á Tierra Adentro. Me despedí de sus buenas personas, de las que ya no he sabido. Es regular que hayan muerto, porque las pesadumbres, las enfermedades y los muchos años no pueden acarrear sino la muerte.

Fuime á misa bien temprano; volví á desayunarme, y no salí en todo el día, ocupándome en hacer las mas serias reflexiones sobre mi vida pasada, y en afirmar los propósitos que había hecho de enmendar la venidera.

Una de las cosas por donde conocí que aquel propósito era firme y no como los anteriores, fue que pudiendo sacar algún dinero del caballo, manga, sombrero, sable y espuelas, pues todo era bueno y de valor, no me determiné, no solo temeroso de que me conocieran alguna pieza como en efecto me conocieron la capa del Dr. Purgante, sino esculpulizando justamente que aquello no era mío,

y por tanto no podía ni debía enagenarlo.

Propuse, pues, conservar aquellos muebles hasta entregárselos al confesor, con intencion de pagar las pistolas que vendí, siempre que Dios me diera con qué, y supiera de su dueño.

Con esta determinacion me salí cerca del anochecer á dar una vuelta por las calles sin destino fijo. Pasé por el templo de la Profesa, que estaba abierto: me entré á él con ánimo de rezar una estacion y salirme.

Estaban puntualmente leyendo los puntos de meditacion: me encomendé á Dios aquel rato lo mejor que pude, y oí el sermón que predicó un sacerdote harto sabio. Su asunto fue sobre la infelicidad de los que desprecian los últimos auxilios, y la incertidumbre que tenemos de saber cuál es el último. Concluyó el orador probando que jamas faltan auxilios, y que debemos aprovecharnos de ellos, temiendo no sea alguno el último, y despreciándolo, ó nos corte Dios los pasos cerrando la medida de nuestros crímenes, ó nos endurezca el corazón cayendo en la impenitencia final.

¡Pero con qué espíritu y energía esforzaba el orador estas verdades! La mayor desgracia, decia lleno de un santo celo, la mayor desgracia que puede acaecer al hombre en esta vida es la impenitencia final. En tan infeliz estado los cielos ó los infiernos abiertos serian para el impenitente objetos de la mas fría indiferencia. Su empedernido corazón no seria susceptible del amor á Dios ni del temor

de la eternidad, y cierto en que hay premios y castigos perdurables, ni aspiraria á los unos, ni procuraria libertarse de los otros.

Llovian sobre Faraon y el Egipto las plagas: los castigos eran frecuentes, y Faraon perseveraba en su ciega obstinacion, porque su corazon se habia endurecido, como nos dicen las sagradas letras: *induratum est cor Faraonis*. Por tanto, oyentes mios, si alguno de vosotros ha oido hoy la voz del Señor, si se siente inspirado por algun auxilio, no debe despreciarlo ni dilatar su conversion para mañana, pues no sabe si despreciando este auxilio, ya no habrá otro y se endurecerá su corazon. *Hodie si vocem Domini audieritis, nolite obdurare corda vestra*, nos dice el santo rey profeta. Hoy, pues, en este mismo instante debemos abrir el corazon si toca á él la gracia del Señor: hoy debemos responder á su voz si nos llama, sin esperar á mañana, porque no sabemos si mañana viviremos, y porque no sea que cuando querramos implorar la misericordia de Dios, su Magestad nos desconozca como á las vírgenes necias, y siendo inútiles nuestras diligencias, se cumpla en nosotros aquel terrible anatema con que el mismo Señor amenaza á los obstinados pecadores en las divinas letras. *Os llamé, les dice, os llamé y no me oisteis: toqué vuestro corazon y no me lo franqueasteis: yo tambien á la hora de vuestra muerte me reiré y me burlaré de vuestros ruegos.*

Por semejante estilo fue el sermon que oí, y que me llenó de tal pavor, que luego que el padre bajó del púlpito, me entré tras él, y le supliqué me oyera dos palabras de penitencia.

El buen sacerdote condescendió á mi súplica con la mayor dulzura y caridad; y luego que se informó de mi vida en compendio, y se satisfizo de que era verdadero mi propósito, me emplazó para el dia siguiente á las cinco y media de la mañana, hora en que acababa de decir la misa de prima: previniéndome que lo esperara en aquel mismo lugar, que era un rincon obscuro de la sacristia. Quedamos en eso, y me fui al meson mas conso-lado.

Al dia siguiente me levanté temprano: oí su misa y lo esperé donde me dijo.

No me quiso confesar entónces, porque me dijo que era necesario que hiciera una confesion general: que tenia una bella ocasion que aprovechar si queria, pues en esa tarde se comenzaba la tanda de ejercicios, los que él habia de dar, y tenia proporcion de que yo entrara si queria.

Y cómo que quiero, padre, le dije: sí, á eso aspiro, á hacer una buena confesion. Pues bien, me contestó: disponga vd. sus cosas, y á la tarde venga: dígale su nombre al padre portero y no se meta en mas.

Dicho esto se levantó, y yo me retiré mas contento que la noche anterior; aunque no de-

jó de admirarme lo que me dijo el confesor de que dijera mi nombre en la portería, pues él no me lo había preguntado.

No obstante, no me metí en averiguaciones. Llegué al meson: comí á la hora regular: pagué lo que debía: encargué mi caballo, dejando para su comida, y á las tres me fui para la casa Profesa.

CAPITULO IV.

En el que Periquillo cuenta como entró á ejercicios en la Profesa: su encuentro con Roque: quien fue su confesor: los favores que le debió, no siendo entre estos el menos haberlo acomodado en una tienda.

Inmediatamente que llegué á la portería de la Profesa di el recado de parte del padre que iba á dar los ejercicios. El portero me preguntó mi nombre: lo dije, vió entonces un papel y me dijo está bien, que metan su cama de vd. Ya está aquí, le dije: la traigo áuestas.—Pues entre vd.

Entré con él y me llevó á un cuarto donde estaba otro, diciéndome: este es el cuarto de vd., y el señor su compañero. Diciendo esto se fue, y yo luego que le iba á hablar al compañero, conocí que era el pobre Roque mi condiscípulo, amigo y famulo antiguo. El tambien me conoció, y despues que nos abrazamos con la ternura imaginable, nos pregun-

tamos recíprocamente y nos dimos cuenta de nuestras aventuras.

Admirado se quedó Roque al saber mis sucesos. Yo no me admiré mucho de los suyos, porque como él no habia sido tan extraviado como yo, no habia sufrido tanto, y sus aventurillas no habian pasado de comunes.

Al fin le dije: yo me alegro mucho de que nos háyamos encontrado en este santo claustro; y que los que algun dia corrimos juntos por la senda de la iniquidad, nos veamos juntos tambien aquí, animados de unos mismos sentimientos para implorar la gracia.

Yo tengo el mismo gusto, me dijo Roque, y á este gusto añado la satisfaccion que tengo de pedirte perdon, como de facto te lo pido, de aquellos malos consejos que te dí: pues aunque yo lo hacia por lisongearte y grangearme mas tu proteccion, ostigado por mi miseria, no es disculpa: ántes deberia haberte aconsejado bien, y aun perdido tu casa y amistad, que haberte inducido á la maldad.

Yo poco habia menester, le dije: no tengas escrúpulo de eso. Creete que sin tus persuasiones habria siempre obrado tan mal como obré.

¿Pero, ahora tratas ya de mudar de vida seriamente? me dijo Roque: esa es mi intencion, sin duda, le contesté: y con este designio me he venido á encerrar estos ocho dias.

Me alegro mucho, continuó Roque: pero, hombre, no sean tus cosas por la Virgen: ya

somos grandes, y ya tú le has visto al lobo no solo las orejas sino todo el cuerpo; y así debes pensar con seriedad.

No me disgusta tu fervor, le dije, sin duda eres bueno para fraile, y te habia de asentar lo misionero.

No pienso en ser predicador, me contestó; porque no me considero ni con estudios ni con el espíritu propio para el caso; pero sí pienso en ser fraile, y por eso he venido á tomar estos santos ejercicios. Ya estoy admitido de lego en San Francisco, y si Dios me ayuda y es su voluntad, pienso salir de aquí y entrar al noviciado luego luego.

Me alegro, Roque, me alegro. Tú has pensado con juicio; aunque dice el refran que el lobo harto de carne se mete á fraile. Ese es uno de tantos refranes vulgares y tontos que tenemos, decia Roque. Aun cuando quisieras decirme que despues que dí al mundo las primicias de mi juventud, y ahora que tengo un pie en la vejez, quiero sujetarme al claustro y vivir bajo obediencia, no dirias mal; pero ¿acaso porque fuimos malos muchachos y malos jóvenes, hemos de ser tambien malos viejos? No, Perico, alguna vez se ha de pensar con juicio; jamas es tarde la conversion, y otro refran tambien dice, que mas vale tarde que nunca.

No, no te enojés, Roquillo, le dije: haces muy bien: esta es una chanza: ya conoces mi genio que naturalmente es jovial, y mas con

amigos de tanta confianza como tú; pero haces muy bien en pensar de esta suerte, y yo procuraré sacar fruto de tu enojo.

¿Qué enojo ni que calabaza? decia Roque: ya conozco que hablas con chocarrería; pero te digo lo que hay en el particular.

En esto tocaron la campana, y nos fuimos á la plática preparatoria.

Concluidos los ejercicios de aquella noche entró el portero á mi cuarto y me dijo de parte de mi confesor, que despues de la misa de prima en la capilla, lo esperara en la sacristía. Leimos yo y Roque en los libros buenos que habia en la mesa hasta que fue hora de cenar, y despues de esto nos recogimos, habilitándome Roque de una sábana y una almohada.

Al dia siguiente me levanté temprano: oí la misa de prima: esperé al padre, y comencé á hacer mi confesion general, enamorándome mas cada dia de la prudencia y suavidad del confesor.

El séptimo se concluyó la confesion á satisfaccion del confesor, y con harto consuelo de mi espíritu. El padre me dijo: que al dia siguiente era la comunión general: que comulgara y no fuera á desayunarme á mi cuarto, sino á su aposento, que era el número 7 saliendo de la capilla sobre la derecha. Así se lo prometí y nos separamos.

Increible será para quien no tenga conocimiento de estas cosas, el gusto y sosiego con

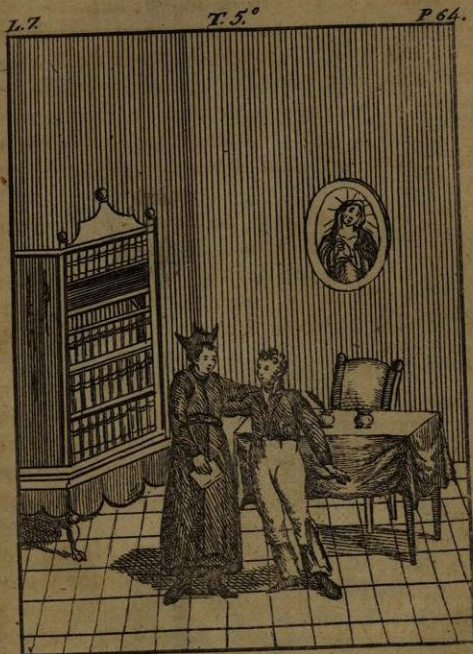
que yo dormí aquella noche. Parece que me habian aliviado de un enorme peso, ó que se habia disipado una espesa niebla que oprimia mi corazon, y así era á la verdad.

Al dia siguiente nos levantamos, aseamos y fuimos á la capilla, donde despues de los ejercicios acostumbrados, se dijo la misa de gracias con la mayor solemnidad, y despues que comulgó el Preste, comulgamos todos por su mano llenos del mas dulce é inesplicable júbilo.

Concluida la misa y habiendo dado gracias, fueron todos á desayunarse al chocolatero, y yo, despues que me despedí de Roque con el mayor cariño, fui á hacer lo mismo en compañía de mi confesor, que ya me esperaba en su aposento.

¡Pero cuál fue mi sorpresa, cuando creyendo yo que era algun padre, á quien no conocia sino de ocho dias á aquella fecha, fui mirando que era mi confesor el mismísimo Martin Pelayo, mi viejo amigo y excelente consejero.

Al advertir que ya no era un Martin Pelayo á secas, ni un muchacho bailador y atolondrado; sino un sacerdote sabio, ejemplar y circunspecto, y que á este y no á un extraño le habia contado todas mis gracias, no dejé de ruborizarme: á lo menos me lo debió conocer el padre en la cara, pues tratando de ensancharme el espíritu, me dijo: ¡qué no te acuerdas de mí, Pedrito? ¡no me das un abra-



Fui mirando q. era mi confesor el mismísimo Martin Pelayo, mi viejo amigo y consejero.

zo? Vamos, dámele, pero muy apretado. ¡Cuántos deseos tenia yo de verte y de saber tus aventuras! aventuras propias de un pobre muchacho sin esperiencia ni sujecion. Entonces abrazamos estrechamente, y luego me hizo sentar á tomar chocolate, y continuó diciéndome: Toda vergüenza que tengas de haberte confesado conmigo, es escusada, cuando sabes que he sido peor que tú, y tan peor que fui tu maestro en la disipacion. Acaso mis malos consejos coadyuvaron á disiparte, de lo que me pesa mucho; pero Dios ha querido darme el placer de ser tu director espiritual, y de reemplazar con máximas de sólida moral los perversos consejos que te dí algunas veces.

Porque ese espíritu no se acobardara con la vergüenza, traté siempre de confesarte en lo obscuro, y tapándome la cara con el pañuelo; mas luego que logré absolverte, quise manifestarme tu amigo. Nada de cuanto me has dicho me coje de nuevo. Yo habré cometido todos los crímenes que tú: ante Dios soy delincuente, y si no me he visto en los mismos trabajos, y me he sujetado un poco mas temprano, ha sido por un efecto especial de su misericordia. Conque así, no estés delante de mí con vergüenza. En el confesionario soy tu padre, aqui soy tu hermano: alli hago las veces de un juez, aqui desempeño el título de amigo que siempre he sido tuyo, y ahora con doble motivo. En vista de es-

to, me has de tratar aqui como aqui, y allá como allá.

Fácil es concebir que con tan suave y prudente estilo me ensanchó demasiado el espíritu, y comencé á perderle la vergüenza, mucho mas cuando no permitió que le hablara de vd., sino de tú como siempre.

Entre la conversacion le dije: hermano, ya que te he debido tanto quanto no puedo pagarte, y me has dicho que el caballo, la manga, el sable y todo esto debo restituirlo; te digo, que lo desco demasiado; porque me parece que tengo un Sambenito, y temo no me vaya á suceder con esto otra burla peor que la que me sucedió con la capa del Dr. Purgante. Cierro es que yo no me robé estas cosas; pero sea como fuere, son robadas, y yo no las debo tener en mi poder un instante.

Yo quisiera quitármelas de encima lo mas presto, y ponerlas en tu poder para que ó avisando de ello en la Acordada, ó al público por medio de la gaceta, ó de cualquiera otra manera, se le vuelva todo á su dueño lo mas pronto, ó no se le vuelva; el fin es que me quites este sobrehuoso, porque si lo bien habido se lo lleva el diablo, lo mal habido ya sabes el fin que tiene.

Todo eso está muy bueno, me dijo Pelayo; pero ¿tienes otra ropa que ponerte? Qué he de tener, le dije, no hay mas que esto, y seis pesos que han sobrado de las pistolas. Pues ahí tienes, decia Martin como por ahora no pue-

des deshacerte de todo, pues te hallas en estrema y legitima necesidad de cubrir tus carnes aunque sea con lo robado. Sin embargo verémos qué se hace. Pero dime: ¿qué giro piensas tomar? ¿en qué quieres destinarte? ¿ó de qué arbitrio imaginas subsistir? porque para vivir es menester comer, y para tener que comer es necesario trabajar, y á tí te es esto tan preciso, que mientras no apoyes en algun trabajo tu subsistencia, estás muy espuesto á abandonar tus buenos deseos, olvidar tus recientes propositos y volver á la vida antigua.

No lo permita Dios, le dije con harta tristeza; pero hermano mio: ¿que haré, si no tengo en esta ciudad á quien volver mis ojos, ni de quien valerme para que me proporcione un destino ó donde servir masque fuera de portero? Mis parientes me niegan por pobre: mis amigos me desconocen por lo mismo, y todos me abandonan, ya por calavera, ó ya porque no tengo blanca, que es lo mas cierto, pues si tuviera dinero, me sobrarian amigos y parientes masque fuera el diablo, como me han sobrado cuando lo he tenido; porque lo que estos buscan es dinero no conducta, y como tengan que estafar nadie se mete en averiguar de donde viene. Venga de donde viniere, el caso es que haya que chupar, y aunque sea el chupado mas indigno que Satanás, amasado con Gestas y Judas, nada importa: los lisongeros paniaguados incensarán el ídolo que los favorece por mas criminal que

sea, y con la mayor desvergüenza alabarán sus vicios como pudieran las virtudes mas heroicas.

Lo siento, hermano ; pero esto lo sé por una continua esperiencia. Estos amigos pícaros que me perdieron y que pierden á tantos en el mundo, saben el arte maldito de disfrazar los vicios con nombre de virtudes. A la disipacion, llaman liberalidad : al juego, diversion honesta, por mas que por módo de diversion se pierdan los caudales : á la lubricidad, cortesania : á la embriaguez, placer : á la soberbia, autoridad : á la vanidad, circunspeccion : á la groseria, franqueza : á la chocarrería, gracia : á la estupidez, prudencia : á la hipocresía virtud : á la provocacion, valor : á la cobardía, recato : á la locuacidad, elocuencia : á la zoncera, humildad : á la simpleza, sencillez : á la . . . , pero ¿para qué es cansarte, cuando sabes mejor que yo lo que es el mundo, y lo que son tales amigos? En virtud de esto, yo no sé que hacer, ni de quien valerme ?

No te apures, me dijo el padre Pelayo : yo haré por tí cuanto pueda. Fia en la Suprema Providencia ; pero no te descuides, porque hemos de estar en esta triste vida á Dios rogando y con el mazo dando.

Su Magestad te pague tus consuelos y consejos, le dije ; pero, hermano, yo quisiera que te interesaras con tus amigos á efecto de que logre algun destino, sea el que fuere, seguro de que no te haré quedar mal.

Ahora mismo me ha ocurrido una especie, me dijo, espérame aquí. Al decir esto se fue á la calle, y yo me quedé leyendo hasta las doce del dia, á cuya hora volvió mi amigo.

En cuanto entró, me dijo : albricias, Pedro : ya hay destino. Esta tarde te llevo para que te ajustes con el que ha de ser tu patron, con quien te tengo muy recomendado. El es amigo mio y mi hijo espiritual : con esto lo conozco, y estoy seguro de sus bellas circunstancias. Vaya, tú debes dar á Dios mil gracias por este nuevo favor, y manearte á su lado con conducta, pues ya es tiempo de pensar con juicio. Acuérdate siempre de las desgracias que has sufrido, y reflexiona en los pagos que da el mundo y los malos amigos. Vamos á comer.

Le di los debidos agradecimientos : se puso la mesa, comimos, y concluido esto rezamos un *pater noster* por el alma de nuestro infeliz amigo Enero. Dormimos siesta, y á las cuatro, después de tomar chocolate, salí en un coche con el padre Pelayo á la casa del que iba á ser mi amo.

En cuanto me vió parece que le confronté, porque me trató con mucha urbanidad y cariño. Tal debió de ser el buen informe que de mí le hizo nuestro confesor y amigo.

Era hombre viudo, sin hijos, rico y liberal : circunstancias que lo debian hacer buen amo, como lo fue en efecto.

El destino era cuidar como administrador

el meson del pueblo llamado *San Agustin de las Cuevas*, que sabeis dista cuatro leguas de esta capital, y girar una buena tienda que tenia en dicho pueblo, debiendo partirse á medias las utilidades que ambos tratos produjeran entre mí y el amo.

Se deja entender que admití en el momento, llenando á Pelayo de agradecimientos: y habiendo quedado corrientes, y aplazado el dia en que debia recibir, nos fuimos yo y mi amigo Martin para la Profesa.

En la noche platicamos sobre varios asuntos, reanotando Pelayo la conversacion con encargarme que me manejara con honradez y no lo hiciera quedar mal. Se lo prometí así y nos recogimos.

Al dia siguiente me dejó mi amigo en su aposento, y á poco rato volvió habilitado de géneros y sastre: lo hizo me tomara medida de capa y vestido, y habiéndole dado no sé que dinero, lo despidió.

Si me admiró la generosidad del padre Pelayo, y si yo no hallaria espresiones con que significarle mi gratitud, fácil es conjeturarlo. El me dijo: te he suplido este dinero y he hecho estas diligencias en tu obsequio por tres motivos: porque no maltrates mas esa ropa que no es tuya: porque no te esponga ella misma á un bochorno, y porque tu amo te trate como á un hombre fino y civilizado, y no como á un payo silvestre. Hace mucho al caso el traje en este mundo, y aunque no debe-

mos vestirnos con profanidad, debemos vestirnos con decencia y segun nuestros principios y destinos.

A los tres dias vino el sastre con la ropa: me planté con capote y chaquetita; pero al estilo de México: Pelayo fue conmigo al meson, donde le entregué el caballo y sus arneses: volvimos á la Profesa, hice una lista de todo lo que le entregaba, y al otro dia puso Martin todo aquello en poder del capitán de la Acordada, para que este solicitara sus dueños ó viera lo que hacia.

No restando ya mas que hacer sobre esto, y llegando el dia en que habia de recibir la tienda y el meson, fuimos á San Agustin de las Cuevas: me entregué de todo á satisfaccion: mi amo y el padre volvieron á México, y yo me quedé en aquel pueblo manejándome con la mejor conducta, que el cielo me premió con el aumento de mis intereses y una serie de felicidades temporales.

CAPITULO V.

En el que refiere Periquillo su conducta en San Agustin de las Cuevas: la aventura del amigo Anselmo con otros episodios nada ingratos.

Asi como se dice, que el sabio vence su estrella, se pudiera decir con mas seguridad que el hombre de bien con su conducta cons-

tantamente arreglada, domina casi siempre su fortuna, por siniestra que sea.

Tal dominio esperiménté yo, aun las ocasiones que observé un proceder honrado por hipocresía; bien que luego que trastrabillaba y me descaraba con el vicio, volvian mis adversas aventuras como llovidas.

Desengañado con esta dolorosa y repetida observacion, traté de pensar sériamente, considerando que ya tenia treinta y cinco años, edad harto propia para reflexionar con juicio. Procuré manejarme con honor y no dar que decir en aquel pueblo.

Cada mes en un domingo venia á México, me confesaba con mi amigo Pelayo, y con él me iba despues á pasar el resto del dia en la casa y compañía de mi amo, quien me manifestaba cada vez mas confianza y mas cariño. A la tarde salia á pasear á la Alameda ú á otras partes.

¡Cuántas veces me decia Pelayo! sal, esplá-yate, diviértete. No está la virtud reñida con la alegría ni diversion honesta. La hermosura del campo para recreo de los sentidos, y la comunicacion recíproca de los hombres por medio de la esplicacion de sus conceptos para desahogo de sus almas, es bendita por el mismo Dios: pues su Magestad crió asi la belleza, aromas, sabores, virtudes y matices de las plantas, flores y frutos, como la viveza, gracia, penetracion y sublimidad de los entendimientos, y todo lo hizo, crió y destinó para recreo y

utilidad del hombre; y si nó ¡á qué fin seria dotar á las criaturas subalternas de bellezas, y al racional de espíritu para percibir las, si no nos habia de ser lícito ejercitar sobre ellas nuestro talento ni sentidos? Seria una creacion inútil por una parte, y por otra una tiranía que degradaria á la deidad, pues probaria que habia creado entes espectables y deliciosos, y nos habia dotado de apetitos, prohibiéndonos la aplicacion de estos y la fruicion de aquellos. Pena que los gentiles la hallaron digna de ser castigo infernal para los crueles y avaros como Tántalo, á quien concedieron la vista inmediata de las manzanas y el agua, que llegaban á su boca, y no podia satisfacer su sed ni su hambre.

Ya se ve que esto seria un absurdo pensarlo; pero, aunque sin malicia, no forman mejor concepto de la Divinidad los que creen que se ofende de nuestras diversiones inocentes.

El abuso y no el uso es lo que se prohibe hasta en las obras de virtud. Yo tengo esta opinion por muy segura, y como tal te la aconsejo: *no peques, y diviértete cuanto quieras*, porque Dios nos quiere santos; no menos, ridículos, hurones, ni tristes. Eso quédese para los hipócritas; que los justos, en esta espresion del santo David, deben alegrarse y regocijarse en el Señor, y pueden muy bien cantar y saltar con su bendicion al son de la cítara, la lira y el salterio.

Frases son estas con que el santo rey es-

aplica que Dios no quiere mustios ni zonzos. El yugo de la ley del Señor es suave y su carga muy ligera. Cualquier cristiano puede gozar de aquella diversion que no sea pecaminosa ni arriesgada. Ninguna dejará de serlo, ni la asistencia á los templos, si el corazon está corrompido y mal dispuesto; y cualquiera no lo será, aunque sea un baile y unas bodas, si asistimos á ellas con intencion recta, y con ánimo de no prevaricar. Las ocasiones son próximas y debemos huir los peligros cuando tenemos esperimentada nuestra debilidad. Conque asi diviértete segun te dicte una prudente observacion.

Fiado en estos y otros muchos iguales documentos, me salia yo á pasear buenamente; y aunque encontraba á muchos de aquellos briboncillos que se habian llamado mis amigos, procuraba hacer que no los veia, y si no lo podia escusar, me desembarazaba con decirles que estaba destinado fuera de México y que me iba á la noche, con lo que perdian la esperanza de estafarme ni seducirme.

En una de estas licitas paseadas me habló á la mano un muchachito muy maltratado de ropa, pero bonito de cara, pidiéndome un socorro por amor de Dios para su pobre madre, que estaba enferma en cama y sin tener que comer.

Como estas palabras las acompañaba con muchas lágrimas y con aquella sencillez propia de un niño de seis años, lo creí, y compade-

ciéndome del estado infeliz que me pintó, le dije me llevara á su casa.

Luego que entré en ella vi que era cierto cuanto me dijo, porque en un cuarto, que llaman redondo (que era toda la casa) yacia sobre unos indecentes bancos de cama una señora como de veinticinco años de edad, sin mas colchon, sábanas ni almohada que un petate, una frazada y un envoltorio de trapos á la cabecera. En un rincon de la misma cama estaba tirado un niño como de un año, ético y estenuado, que de cuando en cuando estiraba los secos pechos de su débil madre esprimiéndole el poco jugo que podia.

Por el sucio aposentillo andaba una güerita de tres años, bonita á la verdad, pero hecha pedazos, y manifestando en lo descolorido de su cara la hambre que le habia robado lo rozagante de sus mejillas.

En el brasero no habia lumbre ni para fumar uu cigarro, y todo el ajuar era correspondiente á tal miseria.

No pudo menos que commover mi sensibilidad una escena tan infeliz; y asi sentándome junto á la enferma en su misma cama le dije: Señora, lastimado de las miserias que de vd. me contó este niño, determiné venir con él á asegurarme de su verdad, y por cierto que el original es mas infeliz que el retrato que me hizo esta criatura.

Pero pues estoy satisfecho, no quiero que mi venida á ver á vd. le sea enteramente infrue-



No pudo menos q. commover mi sensibilidad una escena tan infeliz.

tuosa. Dígame quién es, qué padece, y cómo ha llegado á tan deplorable situacion; pues aunque con esta relacion no consiga otra cosa que disipar la tristeza que me parece la agovia, no será mal conseguir, pues ya sabe que nuestras penas se alivian cuando nos las comunicamos con confianza.

Señor, dijo la pobre enferma con una voz lánguida y harto triste: señor, mis penas son de tal naturaleza, que pienso que el referirlas, lejos de servirme de algun consuelo, renovará las llagas de que adolece mi corazon, pero sin embargo, seria yo una ingrata descortés si, aunque á costa de algun sacrificio; dejará de satisfacer la curiosidad de vd.... No, señora, le dije: no permita Dios que yo exigiera de vd. ningun sacrificio. Creia que la relacion de sus desdichas le serviria de refrigerio en medio de ellas; pero no siendo asi, no se aflija. Tenga vd. esto poco que tengo en la bolsa y sufra con resignacion sus trabajos, ofreciéndoselos al Señor, y confiando en su amplísima Providencia que no la desamparará, pues es un Padre amante que cuando nos prueba, nos amerita y premia, y cuando nos castiga es con suavidad, y aun asi le queda la mano adolorida.

Yo tendré cuidado de que un sacerdote amigo mio venga á ver á vd. y le imparta los auxilios espirituales y temporales que pueda. Conque á Dios.

Diciendo esto, le puse cuatro pesos en la

cama, y me levanté para salirme; mas la señora no lo permitió; antes incorporándose como mejor pudo en su triste lecho, con los ojos llenos de agua. me dijo: *no se vaya vd. tan presto, ni quiera privarme del consuelo que me dan sus palabras.* Suplico á vd. que se sienta: quiero contarle mis desventuras, y creo que ya me será alivio el comunicarlas á un sujeto, que sin mérito mio manifiesta tanto interes en mi desgraciada suerte.

Yo me llamo Maria Guadalupe Rosana: mis padres fueron nobles y honrados, y aunque no ricos, tenian lo suficiente para criarme, como me criaron con regalo. Nada apetecia yo en mi casa: era querida como hija y contemplada como hija única. Asi viví hasta la edad de quince años, en cuyo tiempo fue Dios servido de llevarse á mi padre, y mi madre no pudiendo resistir este golpe, lo siguió al sepulcro dentro de dos meses.

Seria largo de contar los muchos trabajos que sufrí y los riesgos á que se vió espuesto mi honor en el tiempo de mi horfandad. Hoy estaba en una casa, mañana en otra, aqui me hacian un desaire, alli me intentaban seducir, y en ninguna encontraba un asilo seguro, ni una proteccion inocente.

Tres años anduve de aqui para alli, esperimentando lo que Dios sabe, hasta que cansada de esta vida, temiendo mi perdicion y deseando asegurar mi honor y subsistencia, me rendí á las amorosas y repetidas instancias del

padre de estas criaturas. Me casé por fia, y en cuatro ó cinco años jamás me dió mi esposo motivo de arrepentirme. Cada dia estaba yo mas contenta con mi estado; pero habrá poco mas de un año que mi dicho esposo, olvidado de sus obligaciones, y prendado de una buena muger que, como muchas, tuvo arte para hacerlo mal marido y mal padre, me ha dado una vida bastante infeliz, y me ha hecho sufrir hambres, pobreza, desnudeces, enfermedades y otros mil trabajos, que aun son pocos para satisfaccion de mis pecados.

La disipacion de mi marido nos acarreo á todos el fruto que era natural: este fue la última miseria en que me vd. y él se mira.

Cuando fue hombre de bien sostenia su casa con decencia, porque tenia un cajoncito bien surtido en el Parian, y contaba con todos los géneros y efectos de los comerciantes, en virtud del buen concepto que se tenia grangeado con su buena conducta; pero cuando comenzó á estraviarse con la compañía de sus malos amigos, y cuando se aficionó de su otra señora, todo se perdió por momentos. El cajoncito bajó de crédito con su ausencia: el cajero hacia lo que queria, fiado en la misma; porque mi esposo no iba al Parian sino á sacar dinero, y no á otra cosa: la casa nuestra estaba de lo mas desatendida, los muchachos abandonados, yo mal vista, los criados descontentos y todo dado á la trampa.

Es verdad que cuando á mí me pagaba ca-

sa de á diez pesos, y me tenia reducida á dos tunicos y á seis reales de gasto, tenia para pagar á su dama casa de veinte, dos criadas, mucha ropa, y abundantes paseos y diversiones; pero asi salió ello.

Al paso que erecian los gastos, se menoscaban los arbitrios. El cajon dió al traste prontamente, y la señorita en cuanto lo vió pobre, lo abandonó y se enredó con otro. A seguida, vendió mi marido la poca ropa y ajuar que le habia quedado, y el casero cargó con el colchon, el baúl y lo poco que se habia reservado, echándonos á la calle, y entónces no tuvimos mas recursos que abrigarnos en esta húmeda, indecente é incómoda accesoría.

Pero como cuando los trabajos acometen á los hombres llegan de tropel, sucedió que los acreedores de mi marido, sabedores de su descubiertó, y satisfechos de que habia disipado el principal en juegos y buréos, se presentaron y dieron con él en una prision, donde lo tienen hasta que no les facilite un fiador de seis mil pesos que les debe. Esto es imposible, pues no tiene quien lo fie ni en diez reales, ni aun sus amigos, que me decia que tenia muchos, y algunos con proporciones; aunque ya se sabe que en el estado de la tribulacion se desaparecen los amigos.

La miseria, la humedad de esta incómoda habitación, y el tormento que padece mi espíritu me han postrado en esta cama no sé de que mal, pues yo que lo padezco no lo conoz-

co: lo cierto es que creo que mi muerte se aproxima por instantes, y esta infeliz chiquita espirará primero de hambre, pues no tienen mis enjutos pechos con que alimentarla: estas otras dos criaturas quedarán espuestas á la mas dolorosa horfandad: mi esposo entregado á la crueldad de sus acreedores, y todo sufrirá el trágico fin que le espera.

Esta, señor, es mi desgraciada historia. Ved si con razon dije que mis penas son de las que no se alivian con contarlas. ¡Ay esposo mio! ¡Ay! Anselmo, á que estado tan lamentable nos condujo tu desarreglado proceder!....

Perdone vd. señora, le dije: ¿quién es ese Anselmo de que vd. se queja?—Quien ha de ser, señor, sino mi pobre marido, á quien no puedo dejar de amar por mas que alguna vez me fuera ingrato.

Ese es un caracter noble, le dije, y á seguida me informé y quedé plenamente satisfecho de que su marido era aquel mi amigo Anselmo, que no me conoció, ó no me quiso conocer cuando imploré su caridad en medio de mi mayor abatimiento; pero no acordándose entonces de su ingratitud, sino de su desdicha y de la que padecia su triste é inocente familia, procuré aliviarla con lo que pude.

Consolé otra vez á la pobre enferma: hice llamar á una vieja vecina que la queria mucho y solia llevarle un bocadito al medio dia, y ofreciéndola un buen salario, se quedó allí asistiéndola con mucho gusto.

Sali á la calle, ví á mi amo, le conté el pasage, le pedí dinero á mi cuenta, lo hice entrar en un coche y lo llevé á que fuera testigo de la miserable suerte de aquellas inocentes víctimas de la indigencia.

Mi amo, que era muy sensible y compasivo, luego que vió aquel triste grupo de infelices, manifestó su generosidad y el interes que tomaba en su remedio.

Lo primero que hizo fue mandar llamar un médico y una chichigua, para que se encargasen de la enferma y de la criatura. En esa noche envié de su casa colchon, sábanas, almohadas y varias cosas que urgian con necesidad á la enferma.

No me dejó ir á San Agustin por entonces, y al dia siguiente me mandó buscar una viviendita en alto. La solicité con empeño, y á la mayor brevedad mudé á ella, á la señora y á su familia.

Con el dinero que pedí, habilité de ropa á los chiquillos, y no restando mas que hacer por entónces, me despedí de la señora, quien no se cansaba de llenarme de bendiciones y dar agradecimientos á millares. Cada rato me preguntaba por mi nombre y lugar donde vivia. Yo no quise darle razon, porque no era menester; antes le decia que aquella gratitud la merecia mi amo, que era quien la habia socorrido, pues yo no era sino un débil instrumento de que Dios se habia servido para el efecto.

Sin embargo, decia la pobre toda enternecida.

cida: sin embargo de que ese caballero haya gastado mas que vd. en nuestro favor, vd. ha sido la causa de todo. Sí, vd. le habló, vd. lo trajo y por vd. logramos tantos favores. El es un hombre benéfico, no lo dudo, ni soy capaz de agradecerle ni pagarle lo bueno que ha hecho conmigo y mis criaturas; pero vd. es á mas de benéfico, generoso, pues gasta con liberalidad siendo un dependiente, y.... Ya está, señora, ya está, le dije: restablézcase vd. que es lo que nos importa, y á Dios hasta el domingo.—¿Viene vd. el domingo á verme y á sus hijos?—Si señora, vengo. Les compré fruta á los muchachitos, los abracé y me despedí no sin lágrimas en los ojos por la ternura que me causó oirme llamar de papá por aquellos inocentes niñitos, que no sabian como manifestarme su gratitud sino apretándome las rodillas con sus bracitos y quedándose llorando rogándome que no me fuera. Trabajo me costó desprenderme de aquellas agradecidas criaturas; pero por fin me fui á mi destino, reencargándolas á mi amo y á Pelayo.

Al domingo siguiente vine sin falta. No estaba mi amo en casa, y así en cuanto dejé el caballo fui á ver como estaba la enferma y sus niños; pero ¡cuál fue mi gusto cuando la hallé muy restablecida y aseada, jugando en el estrado con sus niños! Tan entretenida estaba con esta inocente diversion, que no me habia visto, hasta que diciéndole yo: me alegro mucho, señorita, me alegro: alzó la cara,

me vió y conociéndome, se levantó, y llena de un entusiasmo imponderable y de un gozo que le rebosaba por sobre la ropa, comenzó á gritar: Anselmo, Anselmo: ven breve, ven á conocer al que deseas. Anda, ven: aquí está nuestro amigo, nuestro bienhechor y nuestro padre. Los niños se rodearon de mí, y estirandome de la capa me llevaron al estrado al tiempo que salió de la recámara Anselmo.

Sorprendiose al verme, fijó en mí la vista, y cuando se satisfizo de que yo era el mismo Pedro á quien habia despreciado y tratado de calumniar de ladron, luchando entre la gratitud y la vergüenza, queria y no queria hablarme: *mas de una vez intentó echarme los brazos al cuello, y dos veces estuvo para volverse á la recámara.*

En una de estas, mirándome con ternura y rubor me dijo: Señor.... yo agradezco.... y no pudiendo pronunciar otra palabra bajó los ojos. Yo conociendo el contraste de pasiones con que batallaba aquel pobre corazon, procuré ensancharlo del mejor modo; y así tomando á mi amigo de un brazo y estrechándolo entre los míos le dije: ¡qué señor ni que drogá! ¿No me conoces, Anselmo? ¿no conoces á tu antiguo amigo Pedro Sarmiento? ¿Para qué son esas estrañezas ni esas vergüenzas con quien te ha amado tanto tiempo? Vamos; depon ese rubor, reprime esas lágrimas, y reconoce de una vez que soy tu amigo.

Entonces Anselmo que habia estado oyén-

dome con la cabeza reclinada sobre mi hombro izquierdo, alentado con mis palabras, alzó la cara y volviéndose á su esposa le dijo: ¿y tú sabes, querida mia, quien es este hombre benéfico que tanto nos ha favorecido? No, no he tenido el gusto de saberlo, dijo la señora: solo reconozco en él un singular bienhechor, á quien todos debemos la vida, la subsistencia y el honor.—Pues sábetelo, hija mia, que este señor es Don Pedro Sarmiento, mi antiguo amigo, á quien debí mil favores, y á quien le correspondí con la mayor villanía en las circunstancias mas críticas en que necesitaba mis auxilios.

Hincose á este tiempo, y abrazándome tiernamente me decia: Perdóname querido Pedro: soy un vil y un ingrato; mas tú eres caballero y el único hombre digno del dulce título de amigo. Desde hoy te reconoceré por mi padre, por mi libertador y por el amparo de mi esposa y de mis hijos, á quienes hice desgraciados por mis excesos. No te acuerdes de mi ingratitud: no paguen estos inocentes lo que yo solo merecí.... serémos tus esclavos.... nuestra dicha consistirá en servirte.... y.... Por Dios, Anselmo: basta, le dije, levantándolo y apretándolo en el pecho. Basta, soy tu amigo, y lo seré siempre que me honres con tu amistad. Serénate y hablemos de otra cosa. Acaricia á tus niños que lloran porque te ven llorar. Consuela á esta señora que te atiende entre la afliccion y la sorpresa. Yo no le

hecho sino cumplir en muy poco con los naturales sentimientos de mi corazón. Cuando hice lo que pude por tu familia, fue con dolor de su infeliz situacion, y sabiendo que era tuya, cuya sola circunstancia sobraba para que cumpliendo con los deberes de la amistad, hiciera en su obsequio lo posible. Pero despues de todo, Dios es quien ha querido socorrerte; dále á su Magestad las gracias y no vuelvas á acordarte de lo pasado por vida de tus niños.

Quería yo despedirme, pero la señora no lo consintió; tenia el almuerzo prevenido, y así me detuvo á almorzar.

Nos sentamos juntos muy gustosos, y en la mesa me informaron como Pelayo y mi amo habian desempeñado tan bien mi encargo, que no contentos con socorrer á la enferma y su familia, solicitaron á los acreedores de Anselmo, y á pesar de hallar á algunos inexorables, rogaron tanto y se empeñaron tanto, que al fin consiguieron la remision de la deuda hasta mejora de fortuna; y para que Anselmo pudiera sostener á su familia, lo colocó mi amo de mayordomo en una de sus haciendas, á donde debia partir luego que se acabara de restablecer su esposa.

Estas noticias me colmaron de gozo, considerando que Dios se habia valido de mí para hacer feliz á aquella pobre familia, á la que le dí los plácemes, y luego me despedí de todos entre mil abrazos, lágrimas y cariñosas expresiones.

A mi amo y á Pelayo les dí tambien muchos agradecimientos por lo que habian hecho, y á la tarde me volví á mi destino, sintiendo no sé qué dulce satisfaccion en mi corazon por el mucho bien que habia resultado á aquella triste familia por mi medio. La contemplaba dentro de ocho dias tan otra de como la habia hallado. Ella, decia yo entre mí, estaba sepultada en la indigencia. El padre entregado sin honor y sin recurso á la voracidad de sus acreedores, y confundido con la escoria del pueblo en un lóbrego calabozo: su muger con el espíritu atormentado y desfallecida de hambre en una accesoria indecente: las criaturas desnudas, flacas y espuestas á morirse ó á perderse, y ahora todo ha cambiado de semblante. Ya Anselmo tiene libertad: su esposa salud y marido: los niños, padre, y todos entre sí disfrutan los mayores consuelos. ¡Bendita sea la infinita Providencia de Dios que tanto cuidado tiene de sus criaturas! y bendita sea la caridad de mi amo y de Pelayo, que arrancó de las crueles garras de la miseria á esta familia desgraciada, y la restituyó al seno de la felicidad en que se encuentran! ¡Cómo se acordará el Todopoderoso de esta accion para recompensarla con demasia en la hora inevitable de su muerte! ¡Con qué indelebles caracteres no estarán escritos en el libro de la vida los pasos y gastos que ambos han dado y erogado en su obsequio! ¡Qué felices son los ricos que emplean

tan santamente sus monedas y las atesoran en los sacos que no corróe la polilla! ¡y de qué dulces placeres no se privan los que no saben hacer bien á sus semejantes! porque la complacencia que siente el corazon sensible cuando hace un beneficio, cuando socorre una miseria ó de cualquier modo enjuga las lágrimas del afligido, es imponderable, y solo el que la experimenta podrá, no pintarla dignamente, pero á lo menos bosquejarla con algun colorido.

No hay remedio: solo los dulces transportes que siente la alma cuando acaba de hacer un beneficio, deberían ser un estímulo poderoso para que todos los hombres fueran benéficos, aun sin la esperanza de los premios eternos. No sé como hay avaros, no sé como hay hombres tan crueles que teniendo sus cofres llenos de pesos, ven perecer con la mayor frialdad á sus desdichados semejantes. Ellos miran con ojos enjutos la amarillez con que la hambre y la enfermedad pintan las caras de muchos miserables: escuchan como una suave música los ayes y gemidos de la viuda y el pupilo: sus manos no se ablandan aun regadas con las lágrimas del huérfano y del oprimido.... en una palabra, su corazon y sus sentidos son de bronce, duros, impenetrables é inflexibles á la pena, al dolor del hombre y á las mas puras sensaciones de la naturaleza.

Es verdad que hay mendigos falsos y po-

bres á quienes no se les debe dar limosna; pero tambien es verdad que hay muchos legítimamente necesitados, especialmente entre tantas familias decentes, que con nombre de vergonzantes gimen en silencio y sufren escondidas sus miserias. A estas debian buscarse para socorrerse, pero estas son á las que menos se atiende por lo comun.

Entretenido en estas serias consideraciones, llegué á S. Agustin de las Cuevas.

En el tal pueblo procuré manejarme con arreglo, haciendo el bien que podia á cuantos me ocupaban, y grangeándome de esta suerte la benevolencia general.

Asi como me sentia inclinado á hacer bien, no me olvidé de restaurar el mal que habia, causado. Pagué quanto debia á los caseros y al tio abogado; aunque no volví á admitir la amistad de este ni de otros amigos ingratos, interesables y egoistas.

Tuve la satisfaccion de ver á mi amo siempre contento y descansando en mi buen proceder, y fuí testigo de la reforma de Anselmo y felicidad de su familia, pues la hacienda en que estaba acomodado se me entregó en administracion.

Solo al pobre trapiento no lo hallé por mas que lo solicité para pagarle su generoso hospedage, lo mas que conseguí fue saber que se llamaba Tadeo.

Tampoco hallé á nana Felipa la fiel criada de mi madre ni á otras personas que me fa-

vorecieron algun dia. De unas me dijeron que habian muerto, y de otras que no sabian su paradero; pero yo hice mis diligencias por hallarlas.

Continuaba sirviendo á mi amo y sirviéndome á mí en mi triste pueblo, muy gustoso con la ayuda de un cajero fiel que tenia acomodado, hombre muy de bien, viudo y que segun me contaba, tenia una hija como de catorce años en el colegio de las Niñas.

Descansaba yo enteramente en su buena conducta y lo procuraba grangear por lo útil que me era. Llamábase Don Hilario, y le daba tal aire al trapiento, que mas de dos veces estuve por creer que era el mismo, y por desengañarme le hacia dos mil preguntas, que me respondia ambigua ó negativamente, de modo que siempre me quedaba en mi duda, hasta que un impensado accidente proporcionó descubrir quien era en realidad este sugeto.

CAPITULO VI.

En el que refiere Perico la aventura del Misántropo, la historia de este, y el desenlace del paradero del Trapiento que no es muy despreciable.

Aunque mi cajero era, como he dicho, muy hombre de bien, esactísimo en el cumplimien-

to de su obligacion, y poco amigo de pasear, los domingos que no venia yo á la ciudad, cerraba la tienda por la tarde, tomaba mi escopeta, le hacia llevar la suya, y nos saliamos á divertir por los arrabales del pueblo.

Esta amistad y agrado mio le era muy satisfactorio á mi buen dependiente, y yo lo hacia con estudio; pues á mas de que él se lo merecia, consideraba yo que sin perder nada grangeaba mucho, pues veria aquellos intereses mas como de un amigo que como de un amo, y asi trabajaria con mas gusto. Jamas me equivoqué en este juicio, ni se equivocará en el mismo todo el que sepa hacer distincion entre sus dependientes, tratando á los hombres de bien con amor y particular confianza, seguros de que los harán mejores.

En una de las tardes que andábamos á caza de conejos, vimos venir ácia nosotros un caballo desbocado, pero en tan precipitada carrera, que por mas que hicimos no fue posible detenerlo; ántes si no nos hacemos á un lado, nos arroja al suelo contra nuestra voluntad.

Lástima nos daba el pobre ginete, á quien no valian nada las diligencias que hacia con las riendas para contenerlo. Creimos su muerte próxima por la furia de aquel ciego bruto, y mas cuando vimos que desviándose del camino real, corrió derecho por una vereda, y encontrándose con una cerca de piedras de la huerta de un indio, quiso saltarla, y no pu-

diendo, cayó en tierra cogiendo debajo la piedad del ginete.

El golpe que el caballo llevó fue tan grande, que pensamos que se habia matado y al ginete tambien, porque ni uno ni otro se movian.

Compadecidos de semejante desgracia corrimos á favorecer al hombre; pero este, apenas vió que nos acercábamos á él, procuró medio enderezarse, y arrancando una pistola de la silla, la cazó dirigiéndonos la puntería, y con una ronca y colérica voz nos dijo: enemigos malditos de la especie humana, matadme si á eso venis, y arrancadme esta vida infeliz que arrastro... ¿Qué haceis, perversos? ¿por qué os deteneis, crueles? Este bruto no ha podido quitarme la vida que detesto, ni son los brutos capaces de hácerme tanto mal. A vosotros, animales feroces, á vosotros está reservado el destruir á vuestros semejantes.

Mientras que aquel hombre nos insultaba con estos y otros iguales baldones, yo lo observaba con miedo y atencion, y cierto que su figura imponia temor y lástima. Su vestido negro y tan roto, que en partes descubria sus carnes blancas: su cara descolorida y poblada de larga barba: sus ojos hundidos, tristes y furiosos: su cabellera descompuesta: su voz ronca: su ademan desesperado, y todo él manifestaba el estado mas lastimoso de su suerte y de su espíritu.

Mi cajero me decía: vámonos, dejemos á este ingrato, no sea que perdamos la vida cuando intentamos darla á este monstruo. No, amigo, le dije: Dios que ve nuestras sanas intenciones guardará nuestra vida. Este infeliz no es ingrato como vd. piensa. Acaso nos juzga ladrones porque nos ve con las escopetas en las manos, ó será algun pobrecito que ha perdido el juicio ó está para perderlo por alguna causa muy grave; pero sea lo que fuere, de ninguna manera conviene dejarlo en este estado. La humanidad y la religion nos mandan socorrerlo. Hagámoslo.

Esto platicamos fingiendo que no lo veíamos y que quisiéramos retirarnos, mientras él no cesaba de injuriarnos lo peor que podia; pero viendo que no le hacíamos caso y le teníamos vueltas las espaldas, procuró sacar la pierna azotando con el latigo al caballo para que se levantara; mas este no podia, y el hombre deseando desquitar su enojo le disparó la pistola en la cabeza, pero en vano porque no dió fuego.

Entónces registró la cazueleja y hallándola sin pólvora, trataba de cebarla, cuando, aprovechando nosotros aquel instante favorable corrimos ácia él, y afianzándole los brazos, le quitó mi cajero las pistolas, yo alcé al caballo de la cola y sacamos de esta suerte de debajo de él al triste roto, que enfurecido mas con la violencia que reconocido al beneficio que acababa de recibir, se esforzaba á maltratarnos diciéndonos: Os cansais en vano, ladrones inso-

lentes y atrevidos. Nada tengo que me lleveis. Si quereis el caballo y estos trapos llevaoslos y quitadme la vida como os dije, seguros en que me hareis un gran favor.

No somos ladrones, caballero, le dije: somos unos hombres de honor que paseándonos por aquí hemos visto la desgracia de vd., y obligados por la humanidad y la religion, hemos querido aliviarlo en su mal, y asi no pague con injurias esta prueba de la verdadera amistad que le profesamos.

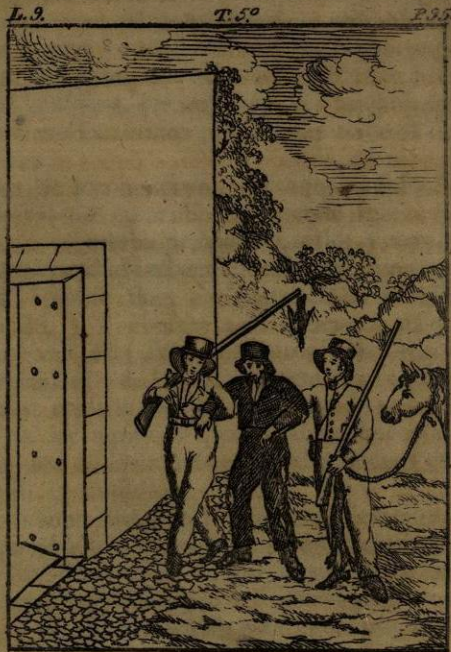
Bárbaros, nos respondió el hombre puesto en pie: bárbaros ¿aun teneis descaro para profanar con vuestros impuros labios las sagradas voces de honor, amistad y religion? ¡Cruéles! esas palabras no están bien en la indigna boca de los enemigos de Dios y de los hombres.

Seguramente este pobre está loco como vd. ha pensado, me dijo mi cajero. Entónces se le encaró el roto y le dijo; no, no estoy loco, indigno: pluguiera á Dios que jamas hubiera tenido juicio para no haber tenido tanto que sentir de vosotros. ¿De nosotros, preguntaba muy admirado mi cajero?— Si, cruel!, de vosotros y de vuestros semejantes.—¿Pues quiénes somos nosotros?—¿Quiénes sois? decía el roto. Sois unos impios, crueles, ladrones, ingratos, asesinos, sacrilegos, aduladores, intrigantes, avaros, mentirosos, inicuos, malvados, y cuanto malo hay en el mundo. Bien os conozco, infames. Sois hombres y no podeis dejar de ser lo que os he dicho, porque todos los hombres lo son.

Sí viles, sí, os conozco, os detesto, os abomino: apartaos de mí ó matadme, porque vuestra presencia me es mas fastidiosa que la muerte misma; pero id asegurados en que no estoy loco, sino cuando miro á los hombres, y recuerdo sus maquinaciones infernales, sus procederes malditos, sus dobleces, sus iniquidades y cuanto me han hecho padecer con todas ellas. Idos, idos.

Lejos de incomodarme con aquel infeliz, lo compadecí de corazon, conociendo que si no estaba loco, estaba próximo á serlo; y mas lo compadecí cuando advertí por sus palabras que era un hombre fino, que manifestaba bastante talento, y si aborrecia al género humano, no procedia esta fatal misantropía de malicia de corazon, sino de los resentimientos que obraban en su espíritu furiosamente cuando se acordaba de los agravios que le habian hecho sufrir algunos de los muchos mortales inicuos que viven en el mundo.

Al tiempo que hacia estas consideraciones, reflexionaba que no es buen medio para amansar á un demente oponerse á sus ideas, sino contemporizar con ellas por extravagantes que sean; y asi aprovechando este recuerdo, le dije al cajero: el señor dice muy bien. Los hombres generalmente son depravados, odiosos y malignos. Dias ha que se lo he dicho á vd. Don Hilario, y vd. me tenia por injusto; pero gracias á Dios que encontramos á otro hombre que piense con el acierto que yo.



Apoyándose en nuestros brazos, lo llevamos á casa

Tal es la esperiencia que tengo de ellos, dijo el misántropo, y tales son los males que me han hecho. Si vamos á recordar agravios, le dije, y á aborrecer á los hombres por los que nos han inferido, nadie tiene mas motivo para odiarlos que yo, porque á nadie han perjudicado como á mí.

Eso no puede ser, contestó el misántropo: nadie ha sufrido mayores daños ni crueldades de los malditos hombres que el infeliz que vd. mira. Si supiera mi vida.... Si oyera vd. mis aventuras, le contesté, aborrecería mas á los pésimos mortales, y confesara que debajo del sol no hay quien haya padecido mas que yo.

Pues bien, decia: reférame los motivos que tiene para aborrecer á los hombres y quejarse de ellos, y yo le contaré los míos: y entonces veremos quien de los dos se queja con mas justicia.

Este era el punto á donde queria yo reducirlo; y así le dije: convengo en la propuesta; pero para eso es necesario que vábamos á casa. Sírvase vd. pasar á ella y contestaremos.

Sea en hora buena, dijo el misántropo: vamos. Al dar el primer paso cayó al suelo porque estaba muy lastimado de un pie. Lo levantamos entre los dos, y apoyándose en nuestros brazos lo llevamos á casa.

Fuimos entrando al pueblo, representando la escena mas ridicula, porque el enlutado roto iba rengueando en medio de nosotros dos,

que lo llevábamos con nuestras escopetas al hombro y estirando al caballo flaco y cojo también, que tal quedó del porrazo.

Semejante espectáculo concilió muy presto la curiosidad del vulgo novelero, y como con la ocasión de haber fiestas en el pueblo había concurrido mucha gente, en un instante nos vimos rodeados de ella.

Algo se incomodó el misántropo con semejantes testigos, y mas cuando uno de los mirones dijo en alta voz: sin duda este era un gran ladronazo y estos señores lo han cogido, y lastimado lo llevan á la cárcel.

Entonces brotando fuego por los ojos me dijo: ¿ve vd. quienes son los hombres? ¿ve vd. qué fáciles son para pensar de sus semejantes del peor modo? Al instante que me ven me tienen por ladron. ¿Por qué no me juzgan enfermo y desvalido? ¿por qué no creen que vds. me socorren, sino que antes su caridad la suponen justicia y rigor? ¡Ah! malditos sean los hombres.

¿Quién hace caso, le dije del vulgo, cuando sabemos que es un monstruo de muchas cabezas, con muy poco ó ningun entendimiento? El vulgo se compone de la gente mas idiota del pueblo, y esta no sabe pensar, y cuando piensa alguna cosa es casi siempre mal, pues no conociendo las leyes de la crítica discurre por las primeras apariencias que le ministran los objetos materiales que se le presentan, y como sus discursos no se arreglan á

la recta razon, las mas veces son desatinados, y los forma tales con la misma ignorancia que un loco; pero asi como no debemos agraviarnos por las injurias que nos diga un loco, porque no sabe lo que dice, tampoco debemos hacer aprecio de los dicterios ni opiniones perversas del vulgo, porque es un loco y no sabe lo que piensa ni lo que habla.

En esto llegamos á la casa: hice desensillar al caballo, y dispuse que al momento lo curasen con el mayor esmero. Vinieron los albeítas, lo reconocieron, lo curaron: hice que le pusieran caballeriza separada: la mandé asear y que se le echara mucho maiz y cebada, y destiné un mozo para que lo cuidara prolijamente. Todo esto fue delante del misántropo, quien admirado del cuidado que me debía su bestia me dijo: mucho aprecia vd. á los caballos. Mas estimo á los hombres, le dije. ¿Cómo puede ser eso, me dijo, cuando no ha veinte minutos que me dijo vd. que los aborrecia? Asi es, le contesté: aborrezco á los hombres malos, ó mas bien las maldades de los hombres; pero á los hombres buenos como vd. los amo entrañablemente: los deseo servir en cuanto puedo, y cuanto mas infelices son, mas los amo y mas me intereso en sus alivios.

Al oír estas palabras que pronuncié con el posible entusiasmo, advertí no sé que agradable mutacion en la frente del misántropo, y sin darle lugar á reflexiones, lo metimos á mi sala donde tomamos chocolate, dulce y agua.

Concluido el parco refresco, me preguntó mis desgracias, yo le supliqué me refiriera las suyas, y él procediendo con mucha cortesía, se determinó á darme gusto, á tiempo que un mozo avisó que buscaban á Don Hilario. Salió este, y entretanto el misántropo me dijo: Es muy larga mi historia para contarse con la brevedad que deseo; pero sepa vd. que yo, lejos de deber ningun beneficio á los hombres, de cuantos he tratado he recibido mil males. Algunos mortales numeran entre sus primeros favorecedores á sus padres, gloriándose de ello justamente, y teniendo sus favores por justísimos y necesarios; mas yo, ¡infeliz de mí! no puedo lisonjear mi memoria con las caricias paternas como todos; porque no conocí á mi cruel padre, ni aun supe como era mi indigna madre.

No se escandalice vd. con estas duras expresiones hasta saber los motivos que tengo para proferirlas. A este tiempo entró mi cagero muy contento; y aunque quise que me descubriera el motivo de su gusto no lo pude conseguir; pues me dijo que acabaria de oír al misántropo, y luego me daría una nueva que no podia menos de darme gusto.

Ved aquí excitada mi curiosidad con dos motivos. El primero por saber las aventuras del misántropo, y el segundo por cerciorarme de la buena ventura de mi dependiente; mas como este queria que aquel continuara, se lo regué y continuó de esta suerte.

Dije, señor, prosiguió el misántropo, que tengo razon para aborrecer entre los hombres en primer lugar á mi padre y á mi madre. ¡Tales fueron conmigo de ingratos y desconocidos! Mi padre fué el marques de Baltimore, sugeto bien conocido por su título y su riqueza.

Este infame me hubo en Doña Clisterna Camoës, oriunda de Portugal. Esta era hija de padres muy nobles, pero pobres y virtuosos. El inicuo marques enamoró á Clisterna por satisfacer su apetito, y esta coincidió con su persuasion mas por su locura que por creer que se casaria con ella el marques; pues siendo rico y título no era fácil semejante enlace, pues ya se sabe que los ricos muy raramente se casan con los pobres, mucho menos siendo aquellos titulados. Ordinariamente los casamientos de los ricos se reducen á tales y tan vergonzosos pactos, que mas bien se podian celebrar en el consulado por lo que tienen de comercio, que en el provisorato por lo que tienen de sacramento. Se consultan los caudales primero que las voluntades y calidades de los novios. No es mucho, segun tal sistema, ver tan frecuentes pleitos matrimoniales originados por los enlaces que hace el interer y no la inclinacion de los contrayentes.

Como el marques no enamoró á Clisterna con los fines santos que exige el matrimonio, sino por satisfacer su pasion ó apetito; luego que lo contentó y esta le dijo que estaba grá-

vida, buscó un pretexto de aquellos que los hombres hallan fácilmente para abandonar á las mugeres, y ya no la volvió á ver, ni á acordarse del hijo que dejaba depositado en sus entrañas. ¡A este cruel podré amarlo ni nombrarlo con el tierno nombre de padre?

La tal Clisterna tuvo harta habilidad para disimular el entumecimiento de su vientre, haciendo pasar sus bascas y achaques por otra enfermedad de su sexo, con los auxilios de un médico y una criada que habia terciado en sus amores.

No se descuidó en tomar cuantos estimulantes pudo para abortar; pero el cielo no permitió se lograsen sus inicuos intentos.

Se llegó el plazo natural en que debia yo ver la luz del mundo. El parto fue feliz porque Clisterna no padeció mucho, y prontamente se halló desembarazada de mí, y libre del riesgo de que, por entonces, se descubriera su liviandad. Inmediatamente me envolvió en unos trapos; me puso un papel en que decia que era hijo de buenos padres y que no estaba bautizado, y me entregó á su confidenta para que me sacara de casa. ¡Merecerá esta cruel el tierno nombre de madre? ¿será digna de mi amor y gratitud? ¡Ah, muger impia! tú con escándalo de las fieras y con horror de la naturaleza apenas contra tu voluntad me pariste, cuando me arrojaste de tu casa. Te avergonzaste de parecer madre; pero deposiste el rubor para serlo. Ningun respeto te contuvo para prostituirte y concebirme; pero para pa-

rirme, ¡cuántos! para criarme á tus pechos ¡qué imposibles! Nada tengo que agradecerte muger inicua; y mucho porque odiarte mientras me dure la vida; esta vida de que tantas veces me quisiste privar con bebedizos.... pero apartemos la vista de este monstruo, que por desgracia tiene tantos semejantes en el mundo.

La bribona criada tan cruel como su ama, como á las diez de la noche salió conmigo y me tiró en los umbrales de la primera accesoría que encontró.

Alli quedé verdaderamente espuesto á morir de frio, ó á ser pasto de los hambrientos perros. La gana de mamar ó la inclemencia del aire me obligaban á llorar naturalmente, y la vehemencia de mi llanto despertó á los dueños de la casa. Conocieron que era recién nacido por la voz: se levantaron, abrieron, me vieron, me recogieron con la mayor caridad, y mi padre (asi lo he nombrado toda mi vida, dándome muchos besos, me dejó en el regazo de mi madre, y á esa hora salió corriendo á buscar una chichigua.

Con mil trabajos la halló; pero volvió con ella muy contento. A otro dia trataron de bautizarme, siendo mis padrinos los mismos que me adoptaron por hijo. Estos señores eran muy pobres; pero muy bien nacidos, piadosos y cristianos.

Avergonzándose, pidiendo prestado, endrogándose, y vendiendo y empeñando cuanto poco tenían, lograron criarme, educarme, darme

estudios y hacerme hombre; y yo tuve la dulce satisfaccion, despues que me ví colocado con un regular sueldo en una oficina, de mantenerlos, chiquearlos, asistirlos en su enfermedad, y cerrar los ojos de cada uno con el verdadero cariño de hijo.

Ellos me contaron del cruel marques y de la impía Clisterna todo lo que os he dicho, despues que al cabo de tiempo lo supieron de boca de la misma criada, de quien tan ciega confianza hizo Clisterna; al referírmelo me estrechaban en sus brazos: si me veían contento, se alegraban: si triste, se compungían y no sabían como alegrarme: si enfermo, me atendían con el mayor esmero, y jamás me nombraron sino con el amable epíteto de hijo; ni yo podía tratarlos sino de padres, y de este mismo modo los amaba.... ¡Ay, señores! ¡y no tuve razon de hacerlo así! Ellos desempeñaron por caridad las obligaciones que la naturaleza impuso á mis legítimos padres. Mi padre suplió las veces del marques de Baltimore, hombre indigno no solo del título de marques, sino de ser contado entre los hombres de bien. Su esposa desempeñó muy bien el oficio de Clisterna, muger tirana á quien jamás daré el amable y tierno nombre de madre.

Cuando me ví sin el amparo y sombra de mis amantes padrinos, conocí que los amé mucho y que eran acreedores de mayor amor del que yo fui capaz de profesarles. Desde entónces no he conocido ni tratado otros mortales mas sin-

ceros, mas inocentes, mas benéficos, ni mas dignos de ser amados. Todos cuantos he tratado han sido ingratos, odiosos y malignos, hasta una muger en quien tuve la debilidad de depositar todos mis afectos entregándole mi corazón.

Esta fue una cruel hermosa, hija de un rico, con quien tenía celebrados contratos matrimoniales. Ella mil veces me ofreció su corazón y su mano: otras tantas me aseguró que me amaba y que su fe sería eterna; y de la noche á la mañana se entró en un convento, y perjura indigna ofreció á Dios una alma que había jurado que era mia. Ella me escribió una carta llena de improperios, que mi amor no merecía: ella sedujo á su padre, atribuyéndome crímenes que no había cometido, para que se declarara, como se declaró mi eterno y poderoso enemigo, y ella, en fin, no contenta con ser ingrata y perjura, comprometió contra mí á cuantos pudo para que me persiguieran y dañaran, contándose entre estos un D. Tadeo hermano suyo, que afectándome la mas tierna amistad, me había dicho que tendría mucho gusto en llamarse mi cuñado. ¡Ah, crueles!

Mientras que el misántropo contaba su historia, advertí que mi cajero lo atendía con sumo cuidado, y desde que tocó el punto de sus mal correspondidos amores, mudaba su semblante de color á cada rato, hasta que no pudiendo sufrir mas, le interrumpió, diciéndole:

Dispense vd. señor: ¿cómo se llamaba esa señora de quien vd. está quejoso?—Isabel.—¿Y vd.?—Yo, Jacobo al servicio de vd.—

Entonces el cajero se levantó y estrechándolo entre sus brazos le decia con la mayor ternura: buen Jacobo, amigo desgraciado: yo soy tu amigo Tadeo, sí, yo soy el hermano de la infeliz Isabel tu prometida amante. Ninguna queja debes tener de mí ni de ella. Ella murió amándote, ó mas bien, murió en fuerza del mucho amor que te tuvo: yo hice cuanto pude por informarte de su suerte, de su fallecimiento y constancia; pero no fue posible saber de tí por mas que hice.

Cuanto padeciste tú, mi hermana y yo, fue ocasionado por el interes de mi padre, quien por sostener el mayorazgo de mi hermano Damian impidió el casamiento de Isabel, forzó á Antonio á ser clérigo, y á mí me dejó pereciendo en compañía de mi infelice madre que Dios perdone. Conque no tengas queja de la pobre Isabel, ni de tu buen amigo Tadeo, que quizá la suma Providencia ha permitido este raro encuentro para que te desagravie, te alivie y recompense en cuanto pueda tu virtud.

A todo esto estaba como enagenado el misántropo, y yo, acordándome del cuento del trapientito, y oyendo que el dicho cajero no se llamaba Hilario sino Tadeo, y que concordaba bien cuanto me contó aquel con lo que éste acababa de referir, le dije: D. Hilario, D. Tadeo ó como vd. se llama, dígame vd. por vi-

da suya y con la ingenuidad que acostumbra, ¿se ha visto vd. alguna vez calumniado de ladrón? ¿ha vivido en alguna accesoría? ¿ha tenido ó tiene mas hijos que la niña que me dice? y por fin ¿se llama Tadeo ó Hilario? Señor, me dijo: me he visto calumniado de ladrón, he vivido en accesoría, he tenido dos niños, á mas de Rosalia, que han muerto, y en efecto me llamo Tadeo, y no Hilario.—

Pues sírvase vd. de decirme cómo fue esa calumnia. Estando yo una tarde, me dijo, parado en un zaguan cerca del Factor y en el pelage mas despreciable, un mocetoncillo que iba con unos soldados se afirmó en que yo le habia dado á vender una capa de golilla, que resultó robada, con la que se habian robado unos libros, una peluca y que sé yo que mas. Los soldados me llevaron ante el juez, este por fortuna me conoció y á toda mi familia: sabia cual era mi conducta y la causa de mis desgracias, y no dudó asegurar que estaba yo inocente, y prometió probarlo siempre que se le manifestara al que me calumnió; pero esto no pudo ser porque los soldados ya lo habia soltado: con esto me dejaron en libertad.

¿Y qué hizo vd. D. Tadeo, le pregunté, llegó vd. á ver á su calumniador? ¿Supo quién era? y si lo vió ¿qué hizo para vindicarse? es regular que lo pusiera vd. en la cárcel. No, señor, me dijo: pasó en la misma tarde por mi casa, lo conocí, lo metí en ella, y cuando lo

convencí de que era hombre de bien, lo hospedé en mi casa esa noche, mi madre le curó unas ligeras roturas de cabeza y lo dejé ir en paz.

¿Y cómo se llamaba ese pícaro que calumnió á vd.? le pregunté, y D. Tadeo me contestó que no lo sabia ni se lo habia querido preguntar. Entónces yo lleno del júbilo que no soy bastante á explicar me abrecé de D. Tadeo, y el misántropo, satisfecho del buen proceder de su amigo, y creyéndome algo bueno, se abrazó de nosotros, y en un nudo que espresaba el cariño y la confianza, se enlazaron nuestros brazos: nuestras lágrimas manifestaban los sentimientos de la gratitud, la reconciliacion y la amistad, y un enfático silencio aclaraba elocuente las nobles pasiones de nuestras almas.

Yo, antes que todos, interrumpí aquel éxtasis misterioso, y dije á Tadeo: yo, yo soy, noble amigo, aquel mismo que cuando me prostituí agravié á vd. imputándole un robo que no habia cometido: yo soy á quien benefició el extremo de su caridad, yo quien sé todas sus desgracias, yo quien lo he tenido por mi sirviente, y yo, por último, soy quien tendré por mucha honra que desde hoy me asiente entre sus amigos.

Esta mi sincera confesion no hizo mas que confirmar á aquellos señores en que yo era hombre de bien á toda prueba, y así despues de que mas despacio nos contamos nuestras aven-

turas, confirmamos nuestras amistades y juramos conservarlas para siempre.

El misántropo, enteramente mudado, dijo: cierto, señores, que tengo mucho que agradecer á mi caballo, porque me condujo á un pueblo á donde yo no pensaba venir....; pero ¡qué hablo! al cielo, á la Providencia, al Dios de las bondades es á quien debo agradecer semejante impensado beneficio. Por uno de aquellos estudiados designios de la Deidad, que los hombres necios llamamos contingencias, se desbocó mi caballo á tiempo que vds. me vieron y porfiaron por traerme á su casa, en donde he visto el desenlace de mis desgracias con una felicidad no esperada; pues es felicidad satisfacerme, aunque tarde, de la constante fidelidad de mi amada y de mi buen amigo Tadeo. Ya conozco que es un desatino aborrecer al género humano por las ingratitudes de muchos de sus individuos, y que por mas inicios que haya, no faltan algunos beneméritos, agradecidos, finos, leales, sensibles, virtuosos y hombres de bien á toda prueba. Es menester hacer justicia á los buenos por mas que abunden los malos. Yo lo conozco, y en prueba de ello pido á vds. que me perdonen del loco concepto que me debian.

Deja eso, dijo Tadeo, yo he sido, soy y seré tu amigo mientras viva. Estoy persuadido de que la misma bondad de tu génio, tu sencillez, tu sensibilidad y tu virtud te hicieron creer que todos los hombres se manejaban co-

mo debian, segun el órden de la razon, y habiendo experimentado que no era así, incurriste en otro error mas grosero, creyendo que no habia hombre bueno en el mundo, ó quando menos, que estos eran demasiado raros, y segun esta equivocacion, no era muy estraña tu misantropía; pero ya ves que no es como lo has pensado, y que susceptible al error, creiste que yo é Isabel te fuimos ingratos, al mismo tiempo que esta murió por amarte, y yo no he perdonado diligencia por saber de tí y confirmarte en mi amistad.

Yo tambien pensaba que los hombres prostituidos al vicio jamas podian mudar enteramente de conducta: creia que conservando los resabios del libertinage les seria muy dificil el sujetarse á la razon y ser benéficos, y hoy con la mayor complacencia me ha desengañado mi amo y mi amigo D. Pedro, cuya conducta en el tiempo que le he servido me ha edificado con su arreglo....

Calle vd. señor D. Tadeo, le dije, no me avergüence recordando mis extravios y elogiando mi debido proceder. Mucho menos me trate de amo sino de amigo, de cuyo título me lisongeo. Yo acomodé á vd. en mi servicio sin saber quien era, y en el tiempo que me ha acompañado tengo harto que agradecerle. En este tiempo todas han sido felicidades para mí, siendo la última el feliz encuentro y satisfacción del caballero D. Jacobo.

No es la última felicidad que vd. sabe, me

dijo mi cajero: aun resta otra que vds. dos escucharán con gusto. Oigan esta carta que acabo de recibir. Dice así: Señor D. Tadeo Mayoli.—México 10 de octubre &c. Mi amigo y señor: Ha fallecido su hermano de vd. el señor D. Damian, y debiendo recaer en vd. el mayorazgo que poseia por haber muerto sin sucesor, la real audiencia ha declarado á vd. legítimo heredero del tal vínculo, por lo que, despues de darle los plácemes debidos, le suplico se sirva venir cuanto antes á la capital para enterarlo del testamento de su señor hermano y ponerlo en posesion de sus intereses, en cumplimiento de la órden superior que para el efecto obra en el oficio de mi cargo.

¡ Aprecio esta ocasion para ofrecerme á la disposicion de vd. como su afectísimo amigo y atento servidor Q. B. S. M.—*Fermin Gutierrez.*

¶ Este sugeto es el escribano ante quien se otorgó el testamento. En virtud de esta carta tengo que partir para México cuanto antes. A vd. señor Don Pedro, mi amigo, mi amo y favorecedor le doy las gracias por el bien que me ha hecho, y por el buen trato que me ha dado en su casa, ofreciéndole mis cortos haberes, y suplicándole no olvide en cualquier fortuna, que soy y he de ser su amigo; y á tí, querido Jacobo, te ofrezco mis intereses con igual sinceridad, y para desenojarte de los agravios que te infirió mi padre ne-

gándote á mi hermana por ser tú pobre, pongo á tu disposicion mis haberes con la mano de mi hija si la quisieres. Es muchacha tierna, bien criada y nada fea. Si gustas, enlázate con ella, que ya que no es Isabel, es Rosalia, quiero decirte que es rama del mismo tronco.

El misántropo, ó D. Jacobo, no sabia como agradecer á Tadeo su espresion; pero se hallaba avergonzado por ser pobre, y por dudar si seria agradable á su hija, mas este lo ensanchó diciéndole: no es defecto para mí la pobreza donde concurren tan nobles cualidades: aun no eres viejo y creo que mi hija te amará, asi que yo la informe de quien eres.

Pasados estos cariñosos coloquios, tratamos de vestir con decencia á Jacobo, y al dia siguiente hizo Tadeo traer un coche y se fueron en él para México, dejándome bien triste la ausencia de tan buenos amigos.

A pocos dias me escribieron haberse casado Jacobo y Rosalia, y que vivian en el seno del gusto y la tranquilidad.

Murió á poco el administrador de la hacienda en donde estaba Anselmo, y mi amo me escribió mandándome que fuera á recibirla.

Con esta ocasion fui á la hacienda, y tuve la agradable satisfaccion de ver á mi amigo y á su familia que me recibió con el mayor cariño y espresion.

Desde aquel dia fue Anselmo mi dependiente, y yo un testigo de su buena conducta. Los hombres de fina educacion y entendimiento cuan-

do se resuelven á ser hombres de bien, casi siempre desempeñan este título lisongero.

Yo me volví á S. Agustin y vivi tranquilo muchos años.

CAPITULO VII.

En el que Periquillo cuenta sus segundas nupcias y otras cosas interesantes para la inteligencia de esta verdadera historia.

No me quedé muy contento con la ausencia de D. Tadeo: su falta cada dia me era mas sensible, porque no me fue fácil hallar un dependiente bueno en mucho tiempo. Varios tuve, pero todos me salieron averiados, pues el que no era ébrio, era jugador: el que no era jugador, enamoraba: el que no enamoraba, era flojo: el que no tenia este defecto era inútil, y el que era hábil, sabia darle sus desconocidas al cajon.

Entónces advertí cuán difícil es hallar un dependiente enteramente bueno, y cómo se deben apreciar cuando se encuentran.

Sin embargo de mi soledad, no dejaba yo de venir á México con frecuencia á mis negocios. Visitaba á mi amo, á quien cada dia merecia mas pruebas de confianza y amistad, y no dejaba de ver á Pelayo ya en la iglesia, ya en su casa, y siempre lo hallaba padre y amigo verdadero.

Casualmente encontré un dia al padre capellan de mi amo el chino en el cuarto de mi amigo Pelayo. Este padre capellan tenia mucha retentiva ó conservaba fijamente las ideas que aprendia con viveza, y como por mí disfrutaba el acomodó que tenia, y fue causa de que saliera yo de la casa de su patron, retuvo muy bien en su fantasía mi figura, y al instante que me vió me conoció, y mirando que el padre Pelayo me hacia mucho aprecio, me habló con el mismo, y satisfecho de la mutacion de mis costumbres por sus preguntas, por el asiento de mi conversacion y por el informe de Pelayo, se me dió por conocido, alabó mi reforma, procuró confirmarme en ella con sus buenos consejos, me dió los gracias por el influjo que habia tenido en su colocacion, me aseguró en su amistad y me llevó á la casa del asiático, á pesar de mi resistencia, porque le tenia yo mucha vergüenza.

Luego que entramos le dijo el capellan: aqui tiene vd. á su antiguo amigo y dependiente D. Pedro Sarmiento, de quien tantas veces hemos hecho memoria. Ya es digno de la amistad de vd., porque no es un jóven vicioso ni atolondrado; sino un hombre de juicio y de una conducta arreglada á las leyes del honor y de la religion.

Entónces mi amo se levantó de su butaque, y dándome un apretado abrazo me dijo: mucho gusto tengo de verte otra vez, y de saber que por fin te has enmendado y has sa-

bido aprovecharte del entendimiento que te dió el cielo. Siéntate: hoy comerás conmigo, y cree-te que te serviré en cuanto pueda, mientras que seas hombre de bien; porque desde que te conocí te quise, y por lo mismo sentí tu ausencia, deseaba verte, y hoy que lo he conseguido estoy harto contento y placentero.

Le dí mil gracias por su favor; comimos, lo informé de mi situacion y en donde estaba, le ofrecí mis cortos haberes, le supliqué que honrara mi casa de cuando en cuando; y despues de recibir de él las mas tiernas demostraciones de cariño, me marché para mi San Agustin de las Cuevas; aunque ya no se disolvió la amistad reciproca entre el asiático, su capellan y yo; porque los visitaba en México, los obsequiaba en mi casa euando me visitaban, nos regalábamos mutuamente y nos llegamos á tratar con la mayor afabilidad y cariño.

Tambien en uno de los dias que venia á México encontré al pobre Andrecillo muy roto y despilfarrado: me habló con mucho respeto y estimacion, me llevó casi á fuerza á su casa, me dió su buena muger de almorzar, y el pobre no supo que hacerse conmigo para manifestarme su gratitud.

Yo me compadecí de su situacion, y le pregunté que por qué estaba tan de caida, que si no valia nada su oficio, que si él jugaba ó era muy disipadora su muger? Nada de eso hay, señor, me dijo Andrés, yo ni conozco la ba-

raja, no soy tan chambon en mi oficio, y mi muger es inmejorable, porque se pasa de económica á mezquina; pero está México, señor, hecho una lástima. Para diez que se hacen la barba, hay diez mil barberos, ya sabe su mercé que en las ciudades grandes sobra todo, y así croque hay mas barberos que barbados en México. Solamente los domingos y fiestas de guardar rapo quince ó veinte de á medio real, y en la semana no llegan á seis. Esto de dar sangrías, echar ventosas ó sanguijuelas, curar cáusticos y cosas semejantes, apenas lo pruebo: con esto no tengo para mantenerme, porque en la ciudad se gasta doble que en los pueblos, y como primero es comer que nada, cate vd. que lo poco que gano me lo como, y no tengo ni con que vestirme ni con que pagar la accesoria.

Condolido yo con la sencilla narracion de Andrés, le propuse que si queria irse á mi casa, lo acomodaria de cajero, dándole lugar á que buscara lo que pudiera con su oficio.

El infeliz vió el cielo abierto con semejante propuesta, que admitió en el momento, y desde luego dispuso sus cosas de modo que en el mismo dia se fue conmigo.

El era vulgar pero no tonto. Fácilmente aprendió el mecanismo de una tienda, y me salió tan hombre de bien, que en puntos de despacho y fidelidad no estrañaba yo á mi buen amigo D. Tadeo, á quien tampoco dejé de visitar ni á su yerno D. Jacobo, á quien visité



*Vi llegar al meson una pobre mu-
ger estirando un burro el q. con-
ducia á un viejo miserable.*

en su casa con frecuencia, y tuve el gusto de verlo casado y contento con la señorita Doña Rosalia, á la que vi muy niña cuando la conocí por hija del trapiento.

Estas amistades de hombre de bien tuve y conservé cuando fui hombre de bien, y jamas tuve motivo de arrepentirme de ellas. Prueba evidente de que la buena y verdadera amistad no es tan rara como parece; pero esta se halla entre los buenos, no entre los pícaros, aduladores y viciosos.

No me acuerdo si cuatro ó seis años viví muy contento en el estado de viudo en San Agustín de las Cuevas, adelantando á mi amo su principal: contando quieto y sosegado seis ú ocho mil pesos míos: visitando muy gustoso á mi amo, al chiao, á Roque, á Pelayo, á Jacobo y á Tadeo, y durmiendo con aquella tranquilidad que permite una conciencia libre de remordimientos.

Una tarde, estando paseándome bajo los portales de la tienda, vi llegar al meson, que estaba inmediato, una pobre muger estirando un burro, el que conducia á un viejo miserable. El burro ya no podia andar, y si daba algunos pasos, era acosado por una muchachilla que venia tambien azotándole las ancas con una vara.

Entraron al meson, y á poco rato se me presentó la niña, que era como de catorce años, muy blanca, rota, descalza, muy bonita, y llena de congoja, tartamudeando las palabras

y derramando lágrimas en abundancia me dijo: Señor: sé que vd. es el dueño del meson: mi padre viene muriéndose y mi madre tambien. Por Dios, denos vd. posada, que no tenemos ni medio con que pagar, porque nos han robado en el camino.

He dicho que yo debí á Dios una alma sensible y me condolia de los males de mis semejantes en medio de mis locuras y extravios. Segun esto fácil es concebir que en este momento me interesé desde luego en la suerte de aquellos infelices. En efecto, me pareció muy poco el mandar alojarlos en el meson, y así respondí á la mensagera: niña: no llores: anda y haz que tu madre y tu padre vengan á mi casa, y diles que no se aflijan.

La niña se fué corriendo muy contenta, y á pocos minutos volvió con sus ancianos padres. Los hice entrar en mi casa, ordené que les dieran un cuarto limpio, y que los asistieran con mucho cuidado.

Conforme á mis órdenes, Andres dispuso que les pusieran camas, y que les dieran de cenar muy bien, sin perdonar cuanto gasto consideró necesario á su alivio.

Yo me alegré de verlo tan liberal en los casos en que una extrema necesidad lo exigia, y á las diez de la noche, deseando saber quienes eran mis huéspedes, entré á su cuarto y hallé al pobre viejo acostado sobre un colchoncito de paja: su esposa, que era una señora como de cuarenta años ó pocos menos, está-

ba junto á su cabecera, y la niña sentada á los pies de la misma cama.

Luego que me vieron, se levantaron la señora y la niña, y el anciano quiso hacer lo mismo; mas yo no lo consentí, antes hice sentar á las pobres mugeres, y yo me acomodé inmediato al enfermo.

Le pregunté ¿de donde era, qué padecia y cuando ó cómo lo habian robado?

El triste anciano, manifestando la congoja de su espíritu, suspiró y me dijo: señor, los mas de los acaecimientos de mi vida son lastimosos: vd. á lo que me parece, es bastante compasivo, y para los corazones sensibles no es obsequio el referirles lástimas.

Es cierto, amigo, le contesté, que para los que aman como deben á sus semejantes, es ingrata la relacion de sus miserias; pero tambien puede ser motivo de que esperimenten alguna dulzura interior, especialmente cuando las pueden aliviar de algun modo.

Yo me hallo en este caso, y así quiero oir los infortunios de vd. no por mera curiosidad, sino por ver si puedo serle útil de alguna manera.

Pues señor, continuó el pobre anciano, si esé es solo el piadoso designio de vd., oiga en compendio mis desgracias.

Mis padres fueron nobles y ricos, y yo hubiera gozado la herencia que me dejaron si hubiera mi albacea sido hombre de bien; pero este disipó mis haberes y me vi reducido á la miseria.

En este estado serví á un caballero rico que me quiso como padre, y me dejó cuanto tuvo á su fallecimiento. Me incliné al comercio, y de resultas de un contrabando, perdí todos mis bienes de la noche á la mañana. Cuando comenzaba á reponerme, á costa de mucho trabajo, me dió gana de casarme, y lo verifiqué con esta pobre señora, á quien he hecho desgraciada. Era hermosa: la llevé á México: la vió un marques: se apasionó de ella: halló una honrada resistencia en mi esposa, y trató de vengarse con la mayor villanía: me imputó un crimen que no habia cometido y me redujo á una prision. Por fin, á la hora de su muerte le tocó Dios, y me volvió mi honor y los intereses que perdí por su causa. Salí de la prision y.... Perdone vd., señor, le interrumpí diciéndole: ¡Cómo se llama vd?—Antonio.— ¡Antonio!—Sí señor.— ¡Tuvo vd. algun amigo en la cárcel á quien socorrió en los últimos dias de su prision? Sí tuve, me dijo, á un pobre jóven, que era conocido por Periquillo Sarniento: muchacho bien nacido, de fina educacion, de no vulgares talentos y de buen corazon, harto dispuesto para haber sido hombre de bien; pero por su desgracia se dió á la amistad de algunos picaros, estos lo pervirtieron, y por su causa se vió en aquella cárcel.

Yo, conociendo sus prendas morales, lo quise le hice el bien que pude, y aun le encargué me escribiera á Orizava su paradero. El mismo encargo hice á su escribano, un tal

Chanfaina, á quien le dejé cien pesos para que agitara su negocio y le diera de comer mientras estuviera en la cárcel; pero ni uno ni otro me escribieron jamas. Del escribano nada siento, acaso se aprovecharia de mi dinero; pero de Periquillo siempre sentiré su ingratitud.

Con razon, señor, le dije, fue un ingrato: debia haber conservado la amistad de un hombre tan benéfico y liberal como vd. Quién sabe cuales habrán sido sus fines; pero si vd. lo viera ahora, lo quisiera como antes!

Si lo quisiera, amigo, me dijo, lo amaria como siempre.— ¡Aunque fuera un pícaro?— Aunque fuera. En los hombres debemos aborrecer los vicios no las personas. Yo desde que conocí á ese mozo viví persuadido en que sus crímenes eran mas bien imitados de sus malos amigos, que nacidos de malicia de su caracter. Pero es menester advertir, que asi como la virtud tiene grados de bondad, asi el vicio los tiene de malicia. Una misma accion buena puede ser mas ó menos buena, y una mala, mas ó menos mala, segun las circunstancias que mediaron al tiempo de su ejecucion. Dar una limosna siempre es bueno; pero darla en ciertas ocasiones, á ciertas personas, y tal vez darla un pobre que no tiene nada superfluo, es mejor, ya porque se dá con mas orden, y ya porque hace mayor sacrificio el pobre cuando da limosna que el rico, y por consiguiente hace ó tiene mas mérito.

Lo mismo digo de las acciones malas. Ya

sabemos que robar es malo; pero el robo que hace el pobre acosado de la necesidad, es menos malo, ó tiene menos malicia que el robo ó defraudacion que hace el rico que no tiene necesidad ninguna, y será mucho peor ó en extremo malo si roba ó defrauda á los pobres. Asi es que debemos examinar las circunstancias en que los hombres hacen sus acciones sean las que fueren, para juzgar con justicia de su mérito ó demérito. Yo conocí que el tal muchacho Periquillo era malo por el estímulo de sus malos amigos, mas bien que por la malicia de su corazon, pues vivia persuadido de que quitándole estos provocativos enemigos, él de por sí estaba bien dispuesto á la virtud.

Pero, amigo, le dije: si lo viera vd. ahora en estado de no poderlo servir en lo mas mínimo, ¿lo amará? En dudarle me agravia vd. me respondió: ¿pues qué vd. se persuade á que yo en mi vida he amado y apreciado á los hombres por el bien que me puedan hacer? eso es un error. Al hombre se ha de amar por sus virrudes particulares, y no por el interés que de ellas nos resulte. El hombre bueno es acreedor á nuestra amistad aunque no sea dueño de un real; y el que no tenga un corazon emponzoñado y maligno, es digno de nuestra conmiseracion por mas crímenes que cometa, pues acaso delinque ó por necesidad ó por ignorancia, como creo que la hacia mi Periquillo, á quien abrazaria si ahora lo viera.

Pues, digno amigo, le dije arrojándome á sus brazos, tenga vd. la satisfaccion que desea. Yo soy Pedro Sarmiento, aquel Periquillo á quien tanto favor hizo en la cárcel: yo soy aquel jóven estraviado: yo el ingrato ó tonto que ya no le volví á escribir, y yo el que desengañado del mundo, he variado de conducta y logro la inesplicable satisfaccion de apretarlo ahora entre mis brazos.

El buen viejo lloraba enternecido al escuchar estas cosas. Yo lo dejé y fui á abrazar y consolar á su muger, que tambien lloraba por ver enternecido á su marido, y la inocente criatura derramaba sus lágrimillas sabiendo apenas por qué. La abracé tambien, la hice sus sorrocoços, y pasados aquellos primeros transportes, me acabó de contar D. Antonio sus trabajos, que pararon en que viniendo para México á poner á su hija en un convento, con designio de radicarse en esta capital, habiendo realizado todos sus bienecillos que habia adquirido en Acapulco, en el camino le salieron unos ladrones, lo robaron y le mataron al viejo mozo Domingo, que los sirvió siempre con la mayor fidelidad. Que ellos en tan deplorable situacion se valieron de un relicario de oro que conservó su hija ó se escapó de los ladrones, y el que vendieron para comprar un jumento, en el que llegó á mi casa D. Antonio muy enfermo de disenteria, habiendo tenido que caminar los tres sin un medio real como treinta leguas, manteniéndolo.

se de limosna hasta que llegaron á mi casa.

Cuando mi amigo D. Antonio concluyó su conversacion, le dije: no hay que afligirse. Esta casa y cuanto tengo es de vd. y de toda su familia. A toda la amo de corazon por ser de vd. y desde hoy vd. es el amo de esta casa.

En aquella hora los hice pasar á mi recámara: les di buenos colchones: cenamos juntos y nos recogimos.

Al dia siguiente saqué géneros de la tienda y mandé que les hicieran ropa nueva. Hice traer un médico de México para que asistiera á D. Antonio y á su muger, que tambien estaba enferma, con cuyo auxilio se restablecieron en poco tiempo.

Cuando se vieron aliviados, convalécientes y refalados de ropa enteramente, me dijo D. Antonio. Siento, mi buen amigo, el haber molestado á vd. tantos dias: no tengo espresiones para manifestarle mi gratitud, ni cosa que lo valga para pagarle el beneficio que nos ha hecho; pero seria un impolítico y un necio si permaneciera siéndole gravoso por mas tiempo; y asi me voy en mi burro como antes, rogándole que si Dios mudare mi fortuna, vd. se sirva de ella como propia.

Calle vd., señor, le dije. ¿Cómo era capaz que vd. se fuera de mi casa atendido á una suerte casual? Yo fui favorecido de vd. fui su pobre, y hoy soy su amigo, y si quiere será su hijo y haremos todos una misma familia. He examinado y observado las bellas prendas

de la niña Margarita, tiene edad suficiente, la amo con pasion, es inocente y agradecida. Si mi honesto deseo es compatible con la voluntad de vd. y de su esposa, yo seré muy dichoso con tal enlace y manifestaré en cuanto pueda, que á ella la adoro y á vds. los estimo.

El buen viejo se quedó algo suspenso al escucharme; pero pasados tres instantes de suspension me dijo: D. Pedro, nosotros ganamos mucho en que se verifique semejante matrimonio. A la verdad que, considerándolo con arreglo á nuestra infeliz situacion, no lo podemos esperar mejor. La muchacha tiene cerca de quince años, y es algo bonitilla: ya yo estoy viejo y enfermo, poco he de durar. Su pobre madre no está sana, ni cuenta con ninguna proteccion para sostenerla despues de mis dias. Por lo regular si ella no se casa mientras vivo, acaso quedará para pasto de lobos y será una jóven desgraciada. Pensamiento es este que me quita el sueño muchas noches.

Esto es decir, amigo, que yo deseo casar á mi hija cuanto antes; pero como padre al fin, quisiera casarla no con un rico ni con un marqués; pero sí, con un hombre de bien, con esperiencia del mundo, y á quien yo conociera que se casaba con ella por su virtud, y no por su tal cual hermosura.

Todas estas cualidades y muchas mas adornan á vd. y en mi concepto lo hacen digno de muger de mejores prendas que las pocas que me parece tiene Margarita; pero es pre-

ciso considerar, que vd. tendrá cuarenta años segun su aspecto; edad bastante para ser padre de la novia, y esto puede detenerla para querer á vd. Sé dos cosas bien comunes. La una, que un moderado exceso en la edad de un hombre respecto á la de la muger, tan lejos está de ser defecto, que antes deberia verse como circunstancia precisa para contraerse los matrimonios, pues cuando los jóvenes se casan tan muchachos como sus novias, por lo regular sucede que acaban mal los matrimonios, porque siendo mas débil el sexo femenino que el masculino, y teniendo que sufrir mas demérito en el estado conyugal que en otro alguno, sucede que á los dos ó tres partos se pone fea la muger, y como, en el caso de que hablamos, los muchachos no tienen, por lo comun otra mira al contraer el matrimonio que la posesion de un objeto hermoso, sucede tambien, por lo comun, que acabada la belleza de la muger, se acaba el amor del hombre, pues cuando es de treinta ó treinta y seis años, ya su muger parece de cincuenta: le es un objeto despreciable y la aborrece injustamente.

Esta razon, entre otras, deberia ser la mas poderosa para que ni los hombres se casaran muy temprano, ni las niñas se enlazaran con muchachos; pero es ardua empresa el sujetar la inclinacion de ambos sexos á la razon en una edad en que la naturaleza domina con tanto imperio en los hombres. Lo cierto es, que

los matrimonios que celebran los viejos son ridículos, y los que hacen los niños, desgraciados las mas veces. Esto quiere decir que yo apruebo y me parece bien que vd. se case con mi hija; pero ignoro si ella querrá casarse con vd.

Es verdad, y esta es la otra cosa que sé, es verdad que ella es muy dócil, muy inocente, me ama mucho, y hará lo que yo le mande; pero jamas la obligaré á que abrace un estado que no la incline, ni á que se una con quien no quiera, en caso que elija el matrimonio.

En virtud de esto, vd. conocerá que el enlace de vd. con mi hija no depende de mi arbitrio. En ella consiste: yo la dejaré en entera libertad sin violentar para nada su eleccion, y si quisiere, para mí será de lo mas lisongero.

Concluyó D. Antonio su arenga, y yo le dije: Señor, si solamente estos son los reparos de vd., todos están allanados á mi favor, y desde luego mi dicha será cierta si vd. y la señora su esposa dan su beneplácito; porque antes de hablar á vd. sobre el particular, examiné el caracter de su niña, y no sin admiracion encontré en tan tiernos años una virtud muy sólida y unos sentimientos muy juiciosos.

Ellos me han prendado mas que su hermosura, pues esta acaba con la edad, ó se disminuye con los achaques y enfermedades que

no respetan á las bellas. De buenas á primeras manifesté á su niña de vd. mis sanas intenciones, y me contestó con estas palabras que conservaré siempre en la memoria: Señor, me dijo, mi padre dice que vd. es hombre de honor, y otras veces ha dicho que apetecería para mí un hombre de bien aunque no fuera rico. Yo siempre creo á mi padre porque no sabe mentir, y á vd. lo quiero mucho despues que ha socorrido á mis queridos padres, me parece que con casarme con vd. aseguraria á mis pobres padres su descanso; y asi ya por no verlos padecer mas, y ya porque quiero á vd. por lo que ha hecho con ellos, y porque es hombre de bien como dice mi padre, me casara con vd. de buena gana; pero no sé si querrá mi padre y madre, y yo tengo vergüenza de decírselo.

Esta fue la sencilla respuesta de su niña de vd., tanto mas elocuente quanto mas desnuda de artificio. En ella descubrí un gran fondo de sinceridad, de inocencia, de gratitud, de amor filial, de obediencia y de respeto á sus padres y bienhechores. Pensaba como significarle á vd. mi deseo; mas queriendo vd. separarse de mi casa me he precisado á descubrirme. De parte de los prometidos todo está hecho, resta solo el consentimiento de vd. y de su mamá que les suplico.

D. Antonio era serio pero afable; y asi despues que me oyó se sonrió, y dándome una palmada en el hombro me dijo: ¡O amigo! Si

ya vds. tenían hecho su enjuague, hemos gastado en vano la saliba. Vamos, no hay muchacha tonta para su conveniencia. Apruebo su eleccion; todo está corriente por nuestra parte; pero si lo ha pensado vd. bien, apresure el paso, que no es muy seguro que dos que se aman aunque sea con fines licitos, vivan por mucho tiempo desunidos bajo de un mismo techo.

Entendí el fundado y cristiano escrúpulo de mi suegro, y encargándole el cuidado de la tienda y del meson, mandé en aquel momento ensillar mi caballo y marché para México.

Luego que llegué, conté á mi amo todo el pasage, dándole parte de mis designios, los que aprobó tan de buena gana que se me ofreció para padrino. A Pelayo, como á mi confesor y como á mi amigo, le avisé tambien de mis intentos, y en prueba de cuanto le acomòdaron, interesó sus respetos, y en el término de ocho dias sacó mis licencias bien despachadas del provisorato.

En este tiempo visité á mi amo el chino y al padre capellan, á D. Tadeo y á D. Jacobo, convidándolos á todos para mi boda. Asimismo mandé convidar á Anselmo con su familia: compré las donas ó arras que regalé á mi novia, y como tenia dinero, facilité desde esta capital todo el que era menester para la disposicion del festejo.

Un comboy de coches salió conmigo para

San Agustín de las Cuevas el día en que terminé mi casamiento. Ya Anselmo estaba en mi casa con su familia; y su esposa, que elegí para madrina, había vestido y adornado á Margarita de todo gusto, aunque no de rigurosa moda, porque era discreto y sabia que el festin había de celebrarse en el campo, y yo queria que luciera en él la inocencia y la abundancia, mas bien que el lujo y ceremonia. Segun este sistema y con mis amplias facultades, dispuso Anselmo mi recibimiento y el festejo segun quiso y sin perdonar gasto. Como á las seis y media de la mañana llegué á S. Agustín, y me encontré en la sala de mi casa á mi novia vestida de túnico y mantilla negra, acompañada de sus padres: á Anselmo con su esposa y familia: á Andres con la suya, y los criados de siempre.

Luego que pasaron las primeras salutations que prescribe la urbanidad, envió Anselmo á avisar al señor cura, quien inmediatamente fue á casa con las padres vicarios, los monacillos y todo lo necesario para darnos las manos. Se nos leyeron las amonestaciones privadas, se nos ratificó en nuestros dichos, y se concluyó aquel acto con la mas general complacencia.

Al instante pasamos á la iglesia á recibir las bendiciones nupciales y á jurarnos de nuevo nuestro constante amor al pie de los altares.

Concluido el augusto sacrificio, nós volvimos á esperar al señor cura y á los padres vica-

rios. Se desnudó mi esposa de aquel trage, y mientras que la madrina la vestia de boda, entré yo á la cocina para ver qué tal disposicion tenia Anselmo; mas éste lo hizo todo de tal suerte, que yo que era el dueño de la funcion me sorprendia con sus rarezas.

Una de ellas fue no hallar ni lumbre en el bracero. Salí á buscarlo bien avergonzado, y le dije: hombre ¡qué has hecho por Dios? ¡Tanta gente de mi estimacion en casa y no haber á estas horas ni prevencion de almuerzo! ¡No te escribí que no te pararas en dinero para gastar cuanto se ofreciera? ¡Voto á mis penas! ¡qué vergüenza me vas á hacer pasar, Anselmo! Si lo sé no me valgo de tí seguramente.

¡Pues cómo ha de ser, hijo? ya sucedió, me respondió con mucha flema; pero no te apures: yo tengo una familia que me estima en este pueblo, y allá nos vamos á almorzar todos, luego que lleguen el señor cura y los vicarios.

Esa es peor tontera é impolítica que todo, le dije: ¿no consideras que cómo nos hemos de ir á encajar derrepente mas de veinte personas á una casa, donde tal vez, no tendré yo el mas mínimo conocimiento? y luego á almorzar y sin haberles avisado.

Como de esas imprudencias se ven todos los días en el mundo, decia Anselmo: en los casos apurados es menester ser algo siavergüenzas para no pasarlo tan mal.

Renegaba yo de Anselmo y de su flema,

cuando nos llamaron diciéndonos que ya estaban en casa los padres.

Salí á cumplimentarlos bien amostazado, y me hallé con mi esposa transformada de cortesana en pastora de la Arcadia; porque la madrina la vistió con un túnico de muy fina musolina bordada de oro: la puso zapatos de lama del mismo metal: la atravesó una banda de seda azul celeste con franjas de oro: tenia el pelo suelto sobre la espalda y recogido en la cabeza con un lazo bordado, y cubierta con un sombrerillo de raso tambien azul con garzotas blancas.

Este sencillo trage me sorprendió tambien, y me serenó algo la cólera que me habia dado el descuido de Anselmo; porque como mi novia era hermosa y tan niña, me parecia con aquel vestido una ninfa de las que pintan los poetas. A todos les pareció lo mismo y la celebraban á porfia.

Cuando Anselmo me vió un poco sereno, dijo: vámonos, señores, que ya es tarde. Salieron todos y yo con ellos al lado de mi esposa, pensando con qué pito iria á salir el socarron de Anselmo; pero ¡cuál fue mi gusto cuando llegando á una gran casa de campo, que era de un conde rico, fui mirando lo que no esperaba!

No quiso Anselmo que nos dilatáramos en ver la casa, sino que nos llevó con derecha á la huerta, que era muy hermosa y muy bien cultivada.

L. 11.

T. 5.º

P. 130.



Me hallé con mi esposa transformada en pastora de la Arcadia.

Al momento que entramos en ella salió á recibirnos una porcion de jovencitas muy graciosas como de doce á trece años, las que vestidas con sencillez y gallardía, teniendo todas ramos de flores en las manos, formaban unas contradanzas muy vistosas al compás de dos famosos golpes de música de viento y de cuerda que para el caso estaban prevenidos.

Esta alegre comitiva nos condujo al centro de la huerta, en el que habia colocadas con harta simetría muchas sillas decentes, y asimismo el suelo estaba entapizado con alfombras.

Se gozaba del aire fresco sin que los rayos del sol incomodaran para nada, porque pendientes de los árboles estaban varios pabellones de damascos encarnados, amarillos y blancos, que daban sombra y hermosura á aquel lugar en que se respiraban las delicias mas puras é inocentes.

Pasado un corto rato salieron de un lado de la huerta porcion de criadas y criados muy aseados, y tendiendo sobre las alfombras los manteles nos sentamos á la redonda y se nos sirvió un almuerzo bastante limpio, abundante y sazonado, durante el cual nos divirtió la música con sus cadencias, y las muchachas con la suavidad de sus voces con que cantaron muchos discretos epitalamios á mi esposa.

Acabado el almuerzo, nos fuimos á pasear por la huerta, hasta que fue hora de comer, lo que tambien se hizo ali por gusto de todos.

A las siete de la noche se sirvió un buen refresco; hubo un rato de baile hasta las doce, hora en que se dió la cena, y concluidos nos recogimos todos muy contentos.

Al dia siguiente se despidieron los señores convidados dejándome mil espresiones de afecto, y ofreciéndoseme con el mismo á mi disposicion y de mi esposa. Mi padrino, que saben vds. que fue mi amo, entendido de que Anselmo habia corrido con el gasto general de la funcion, le pidió la cuenta para pagarla, deseando hacerme algun obsequio; pero se admiró demasiado cuando esperando hallar una suma de seiscientos ó mas pesos, segun la abundancia y magnificencia de la fiesta, encontró que todo ello no habia pasado de doscientos.

Apenas lo creia; pero Anselmo lo aseguró en que no era mas, y le decia: Señor, no son los festejos mas lucidos los que cuestan mas dinero, sino los que se hacen con mas orden, y como la mejor disposicion no es incompatible con la mayor economía, es claro que puede hacerse una funcion muy solemne sin desperdicios, que son en los que no se repara y los que hacen las funciones mas costosas sin hacerlas mas espléndidas.

Es mucha verdad, dijo mi amo, y supuesto que el gasto es tan corto, que lo laste mi ahijado, que yo me reservo para mejor ocasion el hacerle su obsequio á mi ahijadita. Diciendo esto, se fue á México, Anselmo á su destino, y yo á mi tienda.

Con el mayor consuelo y satisfaccion vivia en mi nuevo estado, en la amable compañía de mi esposa y sus padres, á quienes amaba con aumento, y era correspondido de todos con el mismo.

Ya mi esposa os habia dado á luz, queridos hijos míos, y fuisteis el nudo de nuestro amor, las delicias de vuestros abuelos, y los mas dignos objetos de mi atencion; ya contabas tú, Juanita, dos años de edad, y tú, Carlos, uno, cuando vuestros abuelos pagaron el tributo debido á la naturaleza, llevándose pocos meses de diferencia en el viage uno al otro.

Ambos murieron con aquella resignacion y tranquilidad con que mueren los justos. Les di sepultura y honré sus funerales segun mis proporciones. Vuestra madre quedó inconsolable con tal pérdida, y necesitó valerse de todas las consideraciones con que nos alivia en tales lances la religion católica, que puede suministrar auxilios sólidos á los verdaderos dolientes.

Pasado este cruel invierno, todo ha sido primavera, viviendo juntos vuestra madre, yo y vótrots, y disfrutando de una paz y de unos placeres inocentes en una mediania honrada, que sin abastecerme para superfluidades, me ha dado todo lo necesario para no desear la suerte de los señores ricos y potentados.

Vuestro padrino fue mi amo, quien mientras vivió os quiso mucho, y en su muerte os confirmó su cariño con una accion nada comun que sabreis en el capitulo que sigue.

CAPITULO VIII.

En el que Periquillo refiere la muerte de su amo, la despedida del chino, su última enfermedad, y el editor sigue contando lo demás hasta la muerte de nuestro héroe.

Escusemos circunloquios y vamos á la sustancia. Murió mi amable amo, padrino, compadre y protector: murió sin hijos ni herederos forzosos, y tratando de darme las últimas pruebas del cariño que me profesó, me dejó por único heredero de sus bienes, contándose entre estos la hacienda que administraba yo en compañía de Anselmo, bajo las condiciones que espresó en su testamento, y que yo cumplí como su amigo, como su favorecido y como hombre de bien, que es el título de que mas nos debemos lisonjear.

Si sentí la muerte de este buen hombre, no tengo para que ponderarlo, cuando era necesario haber sido mas que bruto para no haberlo amado con justicia.

Leí el testamento que otorgó á mi favor, y al llegar á la cláusula que decia, que por lo bien que lo habia servido, lo satisfecho que estaba de mi honrada conducta, y por cumplir el obsequio que habia ofrecido á su ahijada, que era mi esposa, me donaba todos sus bienes, &c., no pude menos que regar aque-

llos renglones con mis lágrimas nacidas de amor y gratitud.

Asistí á sus funerales: vestí luto con toda mi familia, no por ceremonia, sino por manifestar mi justo sentimiento: cumplí todos sus comunicados esactamente, y habiendo entrado en posesion de la herencia, disfruté de ella con la bendicion de Dios y la suya.

No por verme con algun capital propio me desconocí, como habia hecho otras veces, ni desconocí á mis buenos amigos. A todos los traté como siempre, y los serví en lo que pude, especialmente á aquellos que en algun tiempo me habian favorecido de cualquier modo.

Entre estos tuvo mucho lugar en mi estimacion mi amo el chino, á quien restituí como tres mil y pico de pesos que le dispé cuando viví en su casa; pero él no los quiso admitir, ántes me escribió, que era muy rico en su tierra, y en la mia no le faltaba nada: que se daba por satisfecho de aquella deuda, y me los devolvía para mis hijos. Concluyó esta carta diciéndome, que estaba para regresar a su patria sin querer ver mas ciudades ni reinos que el de América por dos razones: la primera, porque se hallaba quebrantada su salud: y la segunda, porque segun las observaciones que habia hecho no podia menos el mundo que ser igual en todas partes, con muy poca diferencia, pues en todas partes los hombres eran hombres.

Yo admití su favor dándole las debidas gra-

cias por su generosidad, y el dia que no lo esperaba, llegó á mi casa en un coche de camino precedido de mozos y mulas que conducian su equipage.

Hizo que parase el coche á la puerta de la tienda, y desde allí se despidió sobre la marcha. No lo permití yo; ántes valiéndome de la suave violencia que sabe usar la amistad, lo hice bajar del coche y que descargasen las mulas. A estas, á los mozos y cocheros se les asistió en el mesón, y á mi amo en casa, en la que se espresó mi esposa para agasajarlo.

Mucho platicamos ese dia, y entre tanto como hablamos le pregunté: ¿qué escribia tanto cuando yo estaba en su casa? Si lo vieras, me dijo, acaso te incomodarias, porque lo que escribí fueron unos apuntes críticos de los abusos que he notado en tu patria, ampliándolos con las noticias y esplicaciones que oia al capellan, á quien despues daba los cuadernos para que los corrigiera.

¿Y qué se han hecho esos cuadernos, señor? ¿los lleva vd. ahí?—No los llevo, me dijo: dos años ha que se los remití á mi hermano el tutan, con algunas cosas particulares de tu tierra.

Pues tan lejos estaria yo de incomodarme, señor, con los tales apuntes, que ántes apreciaria demasiado su lectura. ¿Quién tiene los borradores? El mismo capellan se queda con ellos, me respondió; pero no sé por qué los

reserva tanto que á nadie los ha querido prestar. Propuse en mi interior no omitir diligencia alguna que me pareciera oportuna para lograr los tales cuadernos. Se hizo hora de comer, y comí con mi familia en compañía de aquel buen caballero.

A la tarde fuimos al campo á divertirnos con las escopetas, y pasando por donde tiró el caballo ó se cayó con el misántropo, le conté la aventura de este, que el asiático escuchó con mucho gusto.

A la noche volvimos á casa, se pasó el rato en buena conversacion entre nosotros, el señor cura y otros señores que me favorecian con sus visitas, y cuando fue hora de cenar, lo hicimos y nos fuimos á recoger.

Al siguiente dia madrugamos, y fui á dejar á mi querido amo hasta Cuernavaca, desde donde me volví á mi casa, despues de haberme despedido de él con las mas tiernas espresiones de amor y gratitud.

No pude olvidarme de los cuadernos que escribió, y desde luego comencé á solicitarlos con todo empeño por medio de mi buen amigo y confesor Martin Pelayo, como que sabia la amistad que llevaba con el Dr. D. Eugenio, capellan que fué de mi amo el chino, y comentador ó medio autor de dichos papeles.

No me han disuadido claramente de mi solicitud; pero hasta ahora no los puedo ver en mis manos; porque dice el padre capellan que

los está poniendo en limpio, y que luego que concluya esta diligencia, me los prestará. El es hombre de bien, y creo que cumplirá su palabra.

Algunos mas años viví en paz en mi pueblo, visitando á ratos á mis amigos y recibiendo en correspondencia sus visitas, entregado al cumplimiento de mis obligaciones domésticas, que han sido las únicas que he tolerado; pues aunque varias veces me han querido hacer juez en el pueblo, jamas he accedido á esta solicitud, ni he pensado en obtener ningun empleo, acordándome de mi ineptitud y de que muchas veces los empleos infunden ciertos humillos que desvanecen al que los ocupa, y acaso dan al traste con la mas constante virtud.

Mis atenciones, como he dicho, solo han sido para educaros, asegurar vuestra subsistencia sin daño de tercero, y hacer el poco bien que he podido en reemplazo del escándalo y perjuicio que causaron mis extravios; y mis diversiones y placeres han sido los mas puros é inocentes, pues se han cifrado en el amor de mi muger, de mis hijos y de mis buenos amigos. Ultimamente, doy infinitas gracias á los cielos porque á lo menos no me envejecí en la carrera del vicio y la prostitucion, sino que aunque tarde, conocí mis yerros, los detesté, y evité caer en el precipicio á donde me despeñaban mis pasiones.

Aunque en realidad de verdad nunca es tarde para el arrepentimiento, y mientras que

vive el hombre siempre está en tiempo oportuno para justificarse, no debemos vivir en esta confianza, pues acaso en castigo de nuestra pertinacia y rebeldía nos faltará esa oportunidad al tiempo mismo de desearla.

Yo os he escrito mi vida sin disfraz: os he manifestado mis errores y los motivos de ellos sin disimulo, y por fin os he descubierto en mí mismo cuales son los dulces premios que halla el hombre cuando se sujeta á vivir conforme á la recta razon y á los sanos principios de la sana moral.

No permita Dios que despues de mis dias os abandoneis al vicio, y tomeis solo el mal ejemplo de vuestro padre, quizá con la necia esperanza de enmendaros como él á la mitad de la carrera de vuestra vida, ni digais en el secreto de vuestro corazon: sigamos á nuestro padre en sus yerros, que despues lo seguiremos en la mudanza de su conducta, pues tal vez no se logran esas inicuas esperanzas. Consagrad, hijos míos, á Dios las primicias de vuestros años, y así lograreis percibir temprano los dulces frutos de la virtud, honrando la memoria de vuestros padres, escusandoos las desgracias que acompañan al crimen, siendo útiles al estado, y á vosotros mismos, y pasando de una felicidad temporal á gozar otra mayor que no se acaba. Corté el hilo de mi historia; pero acaso no serán muy inútiles mis últimas digresiones.

Algunos años mas, despues de la ausencia de

mi amo el chino, viví en San Agustin de las Cuevas, hasta que me vi precisado á realizar mis intereses y radicarme en esta ciudad, ya por ver si en ella se restablecia mi salud debilitada por la edad y asaltada por una anasarca ó hidropesia general, y ya por poner aquellos á cubierto de las resultas de la insurreccion que se suscitó en el reino el año de 1810. ¡Epoca verdaderamente fatal y desastrosa para la Nueva España! ¡Epoca de horror, de crimen, sangre y desolacion!

¡Cuántas reflexiones pudiera hacerlos sobre el origen, progresos y probables fines de esta guerra! Muy fácil me seria hacerlos una reseña de la historia de la América, y dejarlos el campo abierto para que reflexionais de parte de quien de los contendientes está la razón, si de la del gobierno español ó de los americanos que pretenden hacerse independientes de la España; pero es muy peligroso escribir sobre esto y en México el año de 1813. No quiero comprometer vuestra seguridad, instruyendoos en materias políticas que no estais en estado de comprender. Por ahora basteos saber que la guerra es el mayor de todos los males para cualquiera nacion ó reino; pero incomparablemente son mas perjudiciales las conmociones sangrientas dentro de un mismo pais, pues la ira, la venganza y la crueldad inseparables de toda guerra se ceban en los mismos ciudadanos que se alarman para destruirse mutuamente.

Bien conocieron esta verdad los romanos como tan ejercitados con estas calamidades intestinas. Entre otros son dignos de notarse Horacio y Lucano. El primero, reprendiendo á sus conciudadanos enfurecidos les dice: „¡A don-
„de vais malvados? ¡para qué empuñais las ar-
„mas? ¡Por ventura se han teñido poco los cam-
„pos y los mares con la sangre romana? Jamás
„los lobos ni los leones han acostumbrado como
„vosotros, ejercitar su encono sino con otras
„fieras sus desiguales ó diferentes en especie.
„Y por ventura, aun cuando riñen, ¡es su fu-
„ror mas ciego que el vuestro? ¡es su rabia
„mas acre? ¡es su culpa tanta? Responded., ¡Pe-
„ro qué habeis de responder? Callais: vuestras
„caras se cubren de una horrorosa amarillez,
„y vuestras almas se llenan de terror conven-
„cidas por vuestro mismo crimen.

De semejante modo se espresaba el sensible Horacio; y Lucano hace una viva descripcion de los daños que ocasiona una guerra civil, en unos versos que os traduciré libremente al castellano. Dice, pues, que en las conmociones populares

Perece la nobleza con la plebe,
Y anda de aqui acullá la cruel espada,
Ningun pecho se libra de sus filos,
La roja sangre hasta las piedras mancha
De los sagrados templos; no defiende
A ninguno su edad; la vejez cana
Ve abreviarse sus dias, y el triste infante

Muere al principio de su vida ingrata.
 ¡Pero por qué delito el pobre viejo
 Ha de morir, y el niño que no dañan?
 ¡Ah que solo vivir en tiempos tales
 Es grande crimen, sí, bastante causal!

Con mas valentía pintó Erasmo todo el horror de la guerra, y se esfuerza cuando habla de las civiles. *Comun cosa es, dice, el pelear: despedázase una gente con otra, un reino con otro reino, príncipe con príncipe, pueblo con pueblo, y lo que aun los Ethnicos tienen por impío, el deudo con el deudo, hermano con hermano, el hijo con el padre; y finalmente, lo que á mi parecer es mas atroz, un cristiano con un hombre: y ¡qué seria [dígoles por la mayor de las atrocidades] si fuese un cristiano con otro cristiano? Pero ¡ó ceguedad de nuestro entendimiento! ¡qué en lugar de abominar esto, haya quien lo aplauda, quien con alabanzas lo ensalce, quien la cosa mas abominable del mundo la llame santa, y avivando el enojo de los príncipes cebe el fuego hasta que suba al cielo la llama!*

Virgilio conoció que nada bueno habia en la guerra y que todos debiamos pedir á Dios la duracion de la paz. Por eso escribió.

Nulla salus bello, pacem te poscimus omnes.

De todo esto debeis inferir, cuán gran mal es la guerra, cuán justas son las razones que

militan para escusarla y que el buen ciudadano solo debe tomar las armas cuando se interese el bien comun de la patria.

Solo en este caso se debe empuñar la espada y abrazar el broquel y no en otros, por mas lisongeros que sean los fines que se propongan los comuneros, pues dichos fines son muy contingentes y aventurados, y las desgracias consecutivas á los principios y á los medios son siempre ciertas, funestas y generalmente perniciosas.... Pero apartemos la pluma de un asunto tan odioso por su naturaleza, y no querramos manchar las páginas de mi historia con los recuerdos de una época teñida con sangre americana.

Despues de realizados mis bienes y radicado en México, traté de ponerme en cura, y los médicos dijeron que mi enfermedad era incurable. Todos convenian en el mismo fallo, y hubo pedante que para desengañarme de toda esperanza, apoyó su aforismo en la vejez, diciéndome en latin que los muchos años son una enfermedad muy grave.

Senectus ipsa est morbus.

Yo, que sabia muy bien que era mortal y que ya habia vivido mucho, no me dilaté en creerlos. Quise que no quise, me conformé con la sentencia de los médicos, conociendo que el conformarse con la voluntad de Dios á veces es trampa legal, pues querramos que no

querramos se ha de cumplir en nosotros; hie, como suelen decir, de la necesidad virtud, y ya solo traté de conservar mi poca salud paliativamente; pero sin esperanza de restablecerla del todo.

En este tiempo me visitaban mis amigos, y por una casualidad tuve otro nuevo que fue un tal Lizardi, padrino de Carlos para su confirmacion, escritor desgraciado en vuestra patria y conocido del público con el epíteto con que se distinguió cuando escribió en estos amargos tiempos, y fue el del *Pensador Mexicano*.

Yo lo he tratado y conocido mas ha de un año, y he advertido en él poca instruccion, menos talento, y últimamente ningun mérito (hablo con mi acostumbrada ingenuidad); pero en cambio de estas faltas, sé que no es embustero, falso, adulador ni hipócrita. Me consta que no se tiene ni por sabio ni por virtuoso: conoce sus faltas, las advierte, las confiesa y las detesta. Aunque es hombre, sabe que lo es, que tiene mil defectos, que está lleno de ignorancia y amor propio, que mil veces no advierte aquella porque este lo ciega, y últimamente, alabando sus producciones algunos sabios en mi presencia y en la suya, le he oido decir mil veces: señores, no se engañen, no soy sabio, instruido ni erudito, sé cuanto se necesita para desempeñar estos títulos, mis producciones os deslumbran, leidas á la primera vez; pero todas ellas no son mas que oropel. Yo mismo me avergüenzo de ver impre-

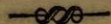
tos errores que no advertí al tiempo de escribirlos. La facilidad con que escribo no prueba acierto. Escribo mil veces en medio de la distraccion de mi familia y de mis amigos; pero esto no justifica mis errores, pues debia escribir con sosiego y sujetar mis escritos á la lima, ó no escribir, siguiendo el ejemplo de Virgilio ó el consejo de Horacio; pero despues que he escrito de este modo, y despues de que conozco por mi natural inclinacion que no tengo paciencia para leer mucho, para escribir, borrar, enmendar, ni consultar despacio mis escritos, confieso que no hago como debo, y creo firmemente que me disculparán los sabios, atribuyendo á calor de mi fantasía la precipitacion siempre culpable de mi pluma. Me acuerdo del juicio de los sabios, porque del de los necios no hago caso.

Al escuchar al Pensador tales espresiones, lo marqué por mi amigo, y conociendo que era hombre de bien, y que si alguna vez erraba, era mas por un entendimiento perturbado que por una depravada voluntad, lo numeré entre mis verdaderos amigos, y él se granjeó de tal modo mi afecto, que lo hice dueño de mis mas escondidas confianzas, y tanto nos hemos amado que puedo decir que soy uno mismo con el Pensador y él conmigo.

Un dia de estos en que ya estoy demasadamente enfermo, y en que apenas puedo escribir los sucesos de mi vida, vino á visitarme, y estando sentada mi esposa en la ori-

lla de mi cama y vosotros al rededor de ella, advirtiéndome fatigado de mis dolencias, y que no podia escribir mas, le dije: *toma esos cuadernos para que mis hijos se aprovechen de ellos despues de mis dias.*

En ese instante dejé á mi amigo el Pensador mis comunicados, y estos cuadernos para que los corrija y note, pues me hallo muy enfermo....



NOTAS DEL PENSADOR

Hasta aquí escribió mi buen amigo D. Pedro Sarmiento, á quien amé como á mi mismo, y lo asistí en su enfermedad hasta su muerte con el mayor cariño.

Hizo llamar al escribano y otorgó su testamento con las formalidades de estilo. En él declaró tener cincuenta mil pesos en reales efectivos puestos á réditos seguros en poder del conde de S. Telmo, segun constaba del documento que manifestó certificado por escribano y debia obrar cosido con el testamento original, y seguia.

It. Declaro que es mi voluntad que pagadas del quinto de mis bienes las mandas forzosas, y mi funeral, se distribuya lo sobrante en favor de pobres decentes, hombres de bien y casados, de este modo: si sobran nueve mil y pico de pesos, se socorrerán á nue-

ve pobres de los dichos que manifiesten al albaacea que queda nombrado, certificacion del cura de su parroquia en que conste son hombres de conducta arreglada, legitimos pobres, con familias pobres que sostener, con algun ejercicio ó habilidad, no tontos ni inútiles, y á mas de esto con fianza de un sugeto abonado que asegure con sus bienes responder por mil pesos que se le entregarán para que los gire y busque su vida con ellos: bien entendido de que el fiador será responsable á dicha cantidad siempre que se le pruebe que su ahijado la ha malversado; pero si se perdiere por suerte del comercio, robo, quemazon, ó cosa semejante, quedarán libres de responsabilidades asi el fiador como el agraciado.

Declaro: que aunque pudiera con nueve mil pesos hacer limosna á veinte, treinta, ciento ó mil pobres, dándoles á cada uno una friolera como suele hacerse, no lo he determinado, porque considero que estos no son socorros verdaderos; y si lo serán en el modo que digo, pues es mi voluntad, que despues que los socorridos hagan su negocio y aseguren su subsistencia, devuelvan los mil pesos para que se socorran otros pobres.

Declaro tambien: que aunque pudiera dejar limosnas á viudas y á doncellas, no lo hago, porque á estas siempre les dejan los mas de los ricos, y no son las primeras necesitadas; sino los pobres hombres de bien, de quienes

jamás ó rara vez se acuerdan en los testamentos, creyendo, y mal, que con ser hombres tienen una mina abundante para sostener sus familias.

De este modo fueron sus disposiciones testamentarias. Concluidas, se trató de administrarle los santos sacramentos de la Eucaristía y Extrema Uncion. Le dió el viatico su muy útil y verdadero amigo el padre Pelayo. Asistieron á la funcion sus amigos D. Tadeo, D. Jacobo, Anselmo, Andrés, yo y otros muchos. La música y la solemnidad que acompañó este acto religioso infundia un respetuoso regocijo, que se aumentó en todos los asistentes al ver la ternura y devocion con que mi amigo recibió el Cuerpo del Señor Sacramentado. El perdon que á todos nos pidió de sus escándalos y extravios, la exhortacion que nos hizo y la uncion que derramaba en sus palabras arrancó las lágrimas de nuestros ojos, dejándonos llenos de edificacion y de consuelo.

Pasados estos dulces transportes de su alma, se recogió, dió gracias, y á las dos horas hizo que entraran á su recámara su muger y sus hijos.

Sentado yo á la cabecera, y rodeada su familia de la cama, les dijo con la mayor tranquilidad: „Esposa mia, hijos míos, no dudareis que siempre os he amado, y que mis desvelos se han consagrado constantemente á vuestra verdadera felicidad. Ya es tiempo que me

„aparte de vosotros para no vernos hasta el último dia de los siglos. El Autor de la naturaleza llama ya á las puertas de mi vida: él me la dió cuando quiso, y cuando quiere cumple la naturaleza su término. No soy árbitro de mi existencia: conozco que mi muerte se acerca, y muero muy conforme y resignado en la divina voluntad. Escusad el exceso de vuestro sentimiento. Bien que sintais la falta de mi vista como pedazos que habeis sido de mi corazon, debereis moderar vuestra afliccion considerando que soy mortal y que tarde ó temprano mi espíritu debia desprenderse de la masa corruptible de mi cuerpo.

„Advertid que mi Dueño y el Dueño de mi vida es el que me la quita porque la naturaleza es inmutable en cumplir con los preceptos de su autor. Consolaos con esta cierta consideracion y decid: el Señor me dió un esposo, el Señor nos dió un padre, él nos lo quita, pues sea bendito el nombre del Señor. Con esta resignacion se consolaba el humilde Job en el extremo de sus amarguissimos trabajos.

„Estos pensamientos no inspiran el dolor ni la tristeza; sino ántes unos consuelos y regocijos sólidos, que se fundan no ménos que en la palabra de Dios, y en las máximas de la sagrada religion que profesamos. Quédese la desesperacion para el impío, y para el incrédulo la duda de nuestra futura existencia,

„mientras que el católico arrepentido y bien
 „dispuesto confía con mucho fundamento que
 „Dios, en cumplimiento de su palabra, le tie-
 „ne perdonados sus delitos, y sus deudos, con
 „la misma seguridad piadosamente creen que
 „no ha muerto, sino que ha pasado á mejor
 „vida.

„Conque no lloreis, pedazos míos, no lloreis.
 „Dios os queda para favoreceros y ampara-
 „ros, y si cumplis sus divinos preceptos y con-
 „fiais en su altísima Providencia, estad segu-
 „ros de que nada, nada os faltará para ser
 „felicés en esta y en la otra vida.

„Procurad, sí, manejaros en la presente con
 „juicio y con honor en cualquiera que sea el
 „estado que abrazareis. Tú, Margarita, si pa-
 „sares á segundas nupcias, lo que no te impi-
 „do, trata de conocer el caracter de tu esposo,
 „antes de que sea tu marido, pues hay mu-
 „chos Periquillos en el mundo; aunque no to-
 „dos conocen y detestan sus vicios como yo.
 „Una vez conocido por hombre de bien y de
 „virtud, y con la aprobacion de mis amigos,
 „únete con él enhorabuena; pero procura siem-
 „pre captarle la voluntad alabándole sus vir-
 „tudes, y disimulándole sus defectos. Jamas te
 „opongas á su gusto con altanería, y mucho
 „ménos en las cosas que te mandare justas:
 „no disipes en modas, paseos ni estravagancias
 „lo que te dejo para que vivas; no tomes por
 „modelo de tu conducta á las mugeres vanas,
 „soberbias y locas: imita á las prudentes y vir-

„tuosas. Aunque mis hijos ya son grandes, si tu-
 „vieres otros, no prefieras en el cariño á ningun-
 „no: trátalos á todos igualmente, pues todos son
 „tus hijos, y de este modo enseñarás á tu ma-
 „rido á portarse bien con los míos: los harás
 „á todos hermanos y evitarás las envidias que
 „suscita en estos casos la preferencia: sé eco-
 „nómica, y no desperdicies en bureos lo que te
 „dejo ni lo que tu marido adquiera: sábetete que
 „no es tan fácil ganar mil pesos, como decir tuve
 „mil pesos; pero decir tuve en medio de la miseria
 „es sobre manera doloroso: últimamente, hija
 „mía, haz por no olvidar las máximas que te he
 „inspirado: huye la maldita pasion de los ce-
 „los, que léjos de ser útil es pernicioso á las
 „infelices mugeres, y la total y última causa
 „de su ruina: aunque tu marido por desgracia,
 „tenga un estravio, disimúláselo, y entonces
 „hazle mas cariño y mas aprecio, que yo te
 „aseguro que él conocerá que tu mérito se aven-
 „taja al de las prostitutas que adora, y al fin
 „se reducirá, te pedirá perdon y te amará con
 „doble extremo.

„A vosotros, hijos de mi corazón, ¿qué pue-
 „do deciros? Que seais humildes, atentos, afa-
 „bles, benéficos, corteses, honrados, veraces,
 „sencillos, juiciosos, y enteramente hombres de
 „bien. Os dejo escrita mi vida, para que veais
 „donde se estrella por lo comun la juventud
 „incauta: para que sepais donde están los prin-
 „cipios para huirlos, y pará que conociendo
 „cual es la virtud y cuantos los dulces frutos

„que promete, la profeséis y la sigais desde
„vuestros primeros años.

„Por tanto: amad y honrad á Dios y obser-
„vad sus preceptos: procurad ser útiles á vues-
„tros semejantes; obedeced á los gobiernos sean
„cuales fueren: vivid subordinados á las potes-
„tades que os mandan en su nombre: no ha-
„gais á nadie daño, y el bien que podáis no
„os detengais á hacerlo. Guardaos de tener mu-
„chos amigos. Este consejo os lo recomiendo
„con especialidad: ved que os hablo con espe-
„riencia. Un hombre solo, por malo que sea,
„si anda solo y sin amigos, él solo sabe sus cri-
„menes: á nadie escandaliza en lo particular,
„y ninguno es testigo de ellos; cuando por el
„contrario, el truchiman y el pícaro lleno de
„amigos, tiene muchos á quienes dar mal ejem-
„plo, y muchos que testifiquen sus infamias.

„Fuera de que, como vereis en mi vida, hay
„muchos amigos, pero pocas amistades. Ami-
„gos sobran en el tiempo favorable; pero po-
„cos ó ningunos en el adverso. Tened cuida-
„do con los amigos y experimentadlos. Cuando
„hallareis uno desinteresado, verdadero y á to-
„das luces hombre de bien, amadlo y conser-
„vadlo eternamente; pero cuando en el amigo
„advirtiereis interes, doblez ó mala conducta,
„reprochadlo y jamas os feis de su amistad.

„Por último: observad los consejos que mi
„padre me escribió en su última hora cuando
„yo estaba en el noviciado, y os quedan es-
„critos en el capítulo XII tom. 1.º de mi his-

„toria. Si cumplis su observancia esactamen-
„te, yo os aseguro que sereis mas felices que
„vuestro padre.”

Pasados estos y otros coloquios semejantes,
abrazó D. Pedro á sus hijos y á su muger,
les dió muchos besos y se despidió de ellos,
haciéndome llorar amargamente; porque los es-
tremos de la señora y los niños desmintieron
toda la filosofia del razonamiento preventivo.
Los llantos, las lágrimas y los extremos fue-
ron lo mismo que si el enfermo no hubiera
hablado una palabra.

Por fin quedó el paciente solo y me dijo:
ya es tiempo de desprenderme del mundo y
de pensar solamente en que he ofendido á Dios
y que desco ofrecerle los dolores y ansias que
padezco en sacrificio de mis iniquidades. Haz
que venga mi confesor el padre Pelayo, Co-
mo este eclesiástico era buen amigo no fal-
taba del lado de los suyos á la hora de la
tribulacion. Apenas se desnudó la muceta, quan-
do volvió á casa á consolar á su hijo espiri-
tual. Antes que yo saliera de la recámara en-
tró él, y preguntó á Don Pedro que cómo
se sentía? Voy por la posta, dijo el enfermo:
ya es tiempo de que no te apartes de mi ca-
becera, te lo ruego encarecidamente: no por-
que tengo miedo de los diablos, visiones ni
fantasmas que dicen que se aparecen á esta
hora á los moribundos. Sé que el pensar que
todos los que mueren ven estos espectros es
una vulgaridad, porque Dios no necesita va-

lense de estos títeres aéreos para castigar ni aterrorizar al pecador. La mala conciencia y los remordimientos de ella en esta hora son los únicos demonios y espantajos que mira el alma, confundida con el recuerdo de su mala vida, su ninguna penitencia, y el temor servil de un Dios irritado y justiciero: lo demás son creederas del vulgo necio.

Para lo que quiero que estés conmigo, es para que me impartas los auxilios necesarios en esta hora, y derrames en mi corazón el suave bálsamo de tus exhortaciones y consuelos.

No te apartes de mí hasta que espire, no sea que entre aquí algún devoto ó devota que con el *Ramillete* ú otro formulario semejante, me empiece á jesusear, machacándome el alma con su frialdad y sonsonete, y quebrándome la cabeza con sus gritos desaforados.

No quiero decir que no me digan Jesús, ni Dios permita que hablara yo tal idioma. Sé muy bien que este dulce nombre es sobre todo nombre: que á su invocación el cielo se goza, la tierra se humilla y el infierno tiembla; pero lo que no quiero, es que se me plante á la cabecera algún buen hombre con un librito de los que te digo; que tal vez empiece á deletrear, y no pudiendo, tome la ordinaria cantinela de Jesús te ayude, Jesús te ampare, Jesús te favorezca, no saliendo de esto para nada, y que conociendo él mismo su frialdad quiera inspirarme fervor á fuerza de gritos, como lo he observado en otros moribundos. Por Dios

amigo, no consientas á mi lado estos, que lejos de ayudarme á bien morir, me ayudarán á morir mas presto. Tú sabes que en estos momentos lo que importa es mover al enfermo á contrición y confianza en la divina misericordia: hacerlo que repita en su corazón los actos de fé, esperanza y caridad: ensancharle el espíritu con la memoria de la bondad divina, acordándole que Jesucristo derramó por él su sangre y es su medianero, y por fin ejercitándolo en actos de amor á Dios, y avivándole los deseos de ver á su Magestad en la gloria.

Esto propiamente es ayudar á bien morir, pero no pueden hacerlo todos, y los que tienen instrucción y gracia para ello, no se valen de aquellos gritos con que los tontos, lejos de auxiliar al moribundo, lo espantan é incomodan.

También te ruego que no consientas que las señoras viejas me acaben de despachar con buena intención, echándome en la boca y en el estado de agonizante, caldo de sustancia ni agua de la palata. Advérteles que esta es una preocupación con que abrevian la vida del enfermo, y lo hacen morir con dobles ansias. Diles que tenemos dos cañones en la garganta llamados esófago y laringe. Por el uno pasa el aire al pulmón, y por el otro el alimento al estómago; mas es menester que les adviertas, que el cañón por donde pasa el aire está primero que el otro por donde pasa el

alimento. En el estado de sanidad, cuando tragamos tapamos con una valvulita, que se llama *glotis*, el cañon del aire, y quedando cerrado con ella, pasa el alimento por encima al cañon del estómago como por sobre un puente. Esta operacion se hace apretando la lengua al paladar en el acto de tragar, de modo que nadie tragará una poca de saliva sin apretar la lengua para tapar el cañon del aire, y cuando por un descuido no se hace esta diligencia y se va aunque sea una gota de agua, lo que llaman irse al galillo, el pulmon que no consiente mas que el aire, al momento sacude aquel cuerpo extraño, y á veces con tal violencia que se arroja hasta por las narices dicho cuerpo si es liquido. Cuando la agua v. g., que se ha ido al pulmon pesa mas que el aire que hay dentro, se ahoga el paciente; y si es muy poca, la arroja este, como se ha dicho.

Despues que hagas esta esplicacion á las viejas, adviérteles que el agonizante ya no tiene fuerza, y acaso ni conocimiento para apretar la lengua; de consiguiente, cuanto le echan en la boca se va al pulmon, y si no tose es ó porque esta entraña está dañada, ó porque ya no tiene fuerza para sacudir, con lo que espira el enfermo mas breve. Diles todo esto, y que lo mas seguro es humedecerles la boca con unos algodones mojados; aunque todas estas diligencias son mas para consuelo de los asistentes que para alivio de los enfermos.

En fin, Pelayo, por vida tuya haz que ve-

len mi cadáver dos dias, y no le den sepultura hasta que no estén bien satisfechos de que estoy verdaderamente muerto, pues no quiero ir á acabar de morir al campo santo, como han ido tantos, especialmente mugeres parturientas, que no teniendo sino un largo síncope, han muerto antes de tiempo, y los ha enterrado vivos la precipitacion de los dolientes.

Acabó Don Pedro de hablar con el padre confesor estas cosas, y me dijo: Compadre, ya me siento demasiado débil, creo que se acerca la hora de la partida, haz llamar al vecino D. Agapito (que era un excelente músico), y dile que ya es tiempo de que haga lo que le he prevenido.

Luego que el músico recibió el recado, salió á la calle, y á poco rato volvió con tres niños y seis músicos de flauta, violin y clave, y entró con ellos á la recámara.

Nos sorprendimos todos con esta escena inesperada, y mas cuando comenzando á agonizar el enfermo comenzaron tambien los niños á entonar con sus dulces voces, y acompañados de la música, un himno compuesto para esta hora por el mismo D. Pedro.

Nos enternecimos bastante en medio de la admiracion con que ponderabamos el acierto con que nuestro amigo se hacia menos amargo aquel funesto paso. El padre Pelayo decia: vean vds., mi amigo si ha sabido el arte de ayudarse á bien morir. Con cualquier poca

conocimiento que conserve ¿cómo no le despertarán estas dulces voces y esta armoniosa música los tiernos afectos que su devoción ha consagrado al Sér Supremo?

En efecto el himno que se cantó fue el siguiente.

HIMNO AL SÉR SUPREMO.

Eterno Dios, inmenso,
 Omnipotente, sabio, justo y santo,
 Que conservas benigno
 Los séres que han salido de tus manos.
 Salve, tres veces salve
 Porque has sido mi escudo, tú mi amparo
 En las tribulaciones
 Y en los peligros mil que me han rodeado,
 Y porque generoso y compasivo,
 Habiéndote ofendido ¡tanto! ¡tanto!
 Tú, señor, me libraste
 De morir, como pude, encenegado
 En los vicios infames,
 Que causarme pudieran tanto daño.
 Yo, señor, los detesto
 Y me pesa de haberlos perpetrado;
 Y en esta hora terrible
 No te acuerdes, mi Dios, que he sido ingrato.
 Acuérdate te ruego,
 Que soy un infeliz, un vil gusano
 Y un pecador; mas tu hijo:
 Si te he ofendido mucho, mucho te amo.
 Tú eres mi amante padre;



Ala noticia de su muerte se estendió el dolor por toda la casa.

Y así en esta confianza descansando,
 Tus piedadés invoco
 Creyendo sí, que ya me has perdonado,
 Segun uso infalible
 De tus misericordias. *En tus manos*
Mi espíritu encomiendo.
 Descanse para siempre en tu regazo.

Dos veces se repitió el tierno himno, y en la segunda, al llegar á aquel verso que dice: *En tus manos mi espíritu encomiendo*, lo entregó nuestro Pedro en las manos del Señor dejándonos llenos de ternura devocion y consuelo.

A la noticia de su muerte, se estendió el dolor por toda la casa, manifestándolo en lágrimas no solo su familia, sino sus amigos, sus criados y favorecidos que habian ido á ser testigos de su muerte.

Se veló el cádaver, segun dijo, dos dias, no desocupándose en ellos la casa de sus amigos y beneficiados que lloraban amargamente la falta de tan buen padre, amigo y bienhechor. Por fin se trató de darle sepultura.

CAPITULO IX.

En el que el Pensador refiere el entierro de Perico, y otras cosas que llevan al lector por la mano al fin de esta ciertísima historia.

A los dos dias se procedió al funeral, haciéndole las honras con toda solemnidad, y concluidas, se llevó el cadáver al campo santo, donde se le dió sepultura por especial encargo que me hizo.

El sepulcro se selló con una losa de Tecal, especie de mármol que compró para el efecto su confesor, haciendo ántes esculpir en ella dos epitafios que el mismo difunto compuso ántes de agravarse. Uno era latino y otro castellano. Los pondré aqui por si agradaren á los lectores. El latino decia :

HIC IACET PETRUS
COGNOMINE SARMIENTUS
PECCATOR VITA.
NIL MORTE
TU, QUISQUIS, ADDES,
DEUM ORA,
UT IN AETERNUM VALEAT.



El sepulcro se selló con una losa de tecal.

Lo que en castellano dice :

AQUI YACE PEDRO
 POR SOBRENOMBRE SARMIENTO.
 PECADOR EN SU VIDA.
 NADA EN SU MUERTE.
 TU CUALQUIERA QUE AQUI LLEGUES
 RUEGA A DIOS
 QUE DESCANSE EN PAZ.

El epitafio castellano era una décima y decia:

Mira, considera, advierte,
 Por si vives descuidado,
 Que aqui yace un estraviado
 Que al fin logró santa muerte.
 No todos tienen tal suerte;
 Antes debes advertir,
 Que si es lo comun morir
 Segun ha sido la vida,
 Para no errar la partida
 Lo seguro es bien vivir.

A todos sus amigos agradaron los epitafios, y celebraron su propiedad y sencillez. El padre Pelayo tomó un carbon del incensario, y en la blanca pared del campo santo escribió, *currente cálamo*, ó de improviso el siguiente

SONETO.

Yace aqui un Periquillo, que en su vida
 Fue malo la mitad, y la otra bueno.
 De la virtud estuvo tan ageno,
 Que intentó ser al fin hasta suicida.
 Tocale Dios, su gracia halló acogida
 En su pecho sensible, y lo hizo ameno
 Vergel de la virtud. El murió lleno
 De caridad al fin de su partida.
 ¡Cuántos imitadores, ó querido,
 Tienes en la maldad! pero no tantos
 Enmendados hasta hoy te habrán seguido.
 Vamos tras del error y sus encantos
 De mil en mil, y al hombre arrepentido
 ¿Le imitan muchos? No, solo unos cuantos.

Con razon ó sin ella alabamos todos el so-
 neto del padre Pelayo, unos por cumplimen-
 to, y otros por afecto ó inclinacion al poeta.
 A imitacion de este escribió su amigo An-
 selmo la siguiente

DÉCIMA.

Ante este cadáver yerto
 Me avergüenzo de mi trato.
 Fui con él amigo ingrato,
 Y le debo aun cuando muerto
 Mis alivios. Bien advierto
 Que fue mi mejor amigo.

De su virtud fui testigo,
 Y creo Dios lo perdonó,
 Pues en mí favoreció
 Y perdonó á su enemigo.

Como tenemos todos un poco de copleros,
 á lo menos, fuimos escribiendo en la humil-
 disima pared los versuchos que se nos venian
 á la imaginacion y á la mano. Leida la dé-
 cima anterior, tomó el carbon su amigo D.
 Jacobo, y escribió esta

OCTAVA.

A este cadáver que una losa fria
 Cubre de polvo, yo debí mi suerte!
 Encontrame con él un feliz dia,
 Me libró del oprobio y de la muerte.
 Dicen que malo fue, no lo sabia;
 Su virtud solo supe, y ella advierte,
 Que el que del vicio supo retirarse
 Es digno de sentirse y de llorarse.

D. Tadeo le quitó el carbon á Jacobo y
 escribió la siguiente

QUINTILLA.

Yace aqui mi buen amigo
 Que me calumnió imprudente,
 Fui de su virtud testigo,

El me socorrió clemente,
Y hoy su memoria bendigo.

Se le rodaban las lagrimas al maestro Andres, al leer los elogios de su amo, y el padre Pelayo, conociendo cuanto debia de amarlo, por ver lo que producía, le dió al carbon, y por mas que el pobre se escusaba de recibirlo, nos rodeamos de él instándole que escribiera alguna cosita. Ello nos costó trabajo persuadirlo; pero por fin, ostigado con nuestras súplicas, cojió el tosco pincel y escribió esta

DECIMA.

Me enseñó á rasurar perros
Este mi amo : á sacar muelas
A las malditas agüelas,
Y cuatrocientos mil yerros.
Pero no tendrá cencerros
De escrúpulos el mortorio,
Porque tambien es notorio
Que me enseñó buenas cosas,
Y tendrá palmas gloriosas
Si sale del purgatorio.

Celebramos como era justo la décima del buen Andres, y seguí yo á escribir mi copla; pero antes de comenzar me dijo el padre clérigo: Vd. ha de escribir un soneto, pero no libre, sino con consonantes que finalicen en *ente*, *ante*, *unto* y *anto*. Eso es mucho pedir padre

capellan, le dije : sobre que me conozco chamboncísimo para esto de versos, ¿ como quiere vd. que haga un soneto? y luego con consonantes forzados. Sin tantas fuerzas es la composicion del soneto el castigo que Apolo envió á los poetas, segun dijo Boileau : conque ¿ qué será con los arritrancos que vd. pide? A mas de que esos acrósticos, laberintos, pies forzados, equívocos, retruécanos y semejantes chismes ya prescribieron, y con mil razones, y solo han quedado para ejemplares de la barbaridad y gerigonza de los pasados siglos.

Todo eso está muy bien y es como vd. lo dice, me contestó el padrecito; pero como va vd. á escribir esto entre amigos, en un campo santo, y no para lucir en ninguna academia, está vd. autorizado para hacer lo que pueda y darnos gusto. Algo hemos de hacer mientras que se acaba de colocar la piedra del sepulcro.

Pareciome impolitica porfiar, y asi contra mi voluntad tomé el carbon y escribí este endemoniado

SONETO.

Por mas que fuere el hombre delincuente,
Por mas que esté de la virtud distante,
Por mas malo que sea y estravagante,
Desesperar no debe neciamente.
Si se convierte verdaderamente,
Si á Dios quiere seguir con fé constante.

Si su virtud no es falsa y vacilante,
 Dios lo perdonará seguramente.
 Segun esto es feliz nuestro difunto,
 Pues si en su mocedad lo ofendió tanto,
 Despues fué de virtud un fiel trasunto.
 Es verdad que pecó, mas con su llanto
 Sus errores lavó de todo punto.
 Fué pecador, pero murió hecho un santo.

Alabaron mi verso como los demas: ya se vé ¿qué cosa hay por mala que sea que no tenga algun admirador? Con decir que alabaron el verso de Andres y la siguiente coplilla que le hicieron escribir al indio fiscal de San Agustin de las Cuevas, se dijo todo.

La dicha copla, despues de muchos comentarios que sobre ella hicimos, á causa de que estaba ininteligible por su maldita letra, sacamos en limpio que decia:

Con esta y no digo mas:
 Aquí murió Señor D. Pegros,
 Que nos hizo mil favores,
 So mercé no olvidaremos.

Ya no hubo quien quisiera escribir nada despues que oyeron alabar la copla del indio; y asi nos entretuvimos en copiar los versos con la ayuda dé un lápiz que por fortuna se encontró en la bolsa de D. Tadeo.

Jamas esperaba yo que semejantes mamarachos tuvieran la aceptacion que lograron. De

unas en otras se aumentaron tanto las copias, que en el dia pasan seguramente de trescientas las que hay en México y fuera de él.

Acabaron de poner la piedra, y habiendo el padre Pelayo y otros sacerdotes que fueron convidados, dicho los últimos resposos sobre el sepulcro, tomamos los coches y pasamos á dar el pésame y á cumplimentar á la señora viuda.

Todos los nueve dias estuvo la casa mortuoria llena de los íntimos amigos del difunto, y entre estos fueron muchos pobres decentes y abatidos, á quienes socorria en silencio.

Ignorábamos hasta entónces que diera tantas limosnas y tan bien distribuidas. En su testamento dejó un legado de dos mil pesos para que yo los repartiera á estos sus pobres, segun me pareciera y conforme á las sólitas que para el caso me daba en el comunicado respectivo, en el que constaban en una lista los nombres, casas, familias y estados de los dichos.

Cumplí este encargo con la exactitud que todos los suyos: continué visitando á la señora y sirviéndola en lo que he podido, advirtiendo siempre y aun admirando el juicio, la conducta, la economía y el arreglo con que se maneja en su casa; y asi ha educado á sus hijos con tino tan feliz, que ellos seguramente honrarán la memoria de su padre y serán el consuelo de su madre.

Pasados tres años y ya mas serena la seño-

ra, le pedí los cuadernos que escribió mi amigo, para corregirlos y anotarlos conforme lo dejó encargado en su comunicado respectivo.

La señora me los dió y no me costó poco trabajo coordinarlos y corregirlos, segun estaban de revueltos y mal escritos; pero por fin hice lo que pude, se los llevé y le pedí su permiso para darlos á la prensa.

No lo permita Dios, decia la señora muy escandalizada, ¿cómo habia yo de permitir que salieran á la plaza las gracias de mi marido, ni que los maldicientes se entretuvieran á su costa, despedazando sus respetables huesos?

Nada de eso ha de haber, le contesté: gracias son en efecto las del difunto; pero gracias dignas de leerse y publicarse. Gracias son, pero de las muy raras, edificantes y divertidas. ¿Le parece á vd. poca gracia ni muy comun, que en estos dias haya quien conozca, confiese y deteste sus errores con tanta humildad y sencillez como mi compadre? No, señora, esto es muy admirable, y me atrevo á decir que inimitable. Hoy el que hace mas, se contenta con conocer sus defectos; pero en esto de confesarlos no se piensa; y aun son muy raros estos conocimientos: lo comun es cegarnos nuestro amor propio y obstinarnos en solapar nuestros vicios, ocultarlos con hipocresía, y tal vez pretender que pasen por virtudes.

Es verdad que D. Pedro escribió sus cuadernos con el designio de que solo sus hijos los leyeran; pero por fortuna estos son los que me-

nos necesitan su lectura, porque ya tienen el espíritu bien formado.

En México, señora, y en todo el mundo hay una porcion de Periquillos, á quienes puede ser mas útil esta leyenda por la doctrina y la moral que encierra.

Mi compadre manifiesta sus crímenes sin rebozo; pero no lisongeandose de ellos, sino reprendiéndose por haberlos cometido. Pinta el delito; pero siempre acompañado del castigo, para que produzca el escarmiento como fruto.

Del mismo modo refiere las buenas acciones, alabándolas para excitar á la imitacion de las virtudes. Cuando refiere las que él hizo, lo hace sobre la marcha, y sin afectar humildad ni soberbia.

Escribió su vida en un estilo ni rastrero ni finchado: huye de hacer del sabio, y usa un estilo casero y familiar, que es el que usamos todos comunmente, y con el que nos entendemos y damos á entender con mas facilidad.

Con este estudio no omite muchas veces valerse de los dicharachos y refranes del vulgo, porque su fin fue escribir para todos. Asimismo suele usar de la chanza, tal cual vez, para no hacer su obra demasiado seria, y por esta razon fastidiosa.

Bien conocia su esposo de vd. el caracter de los hombres: sabia que lo serio los cansa, y que un libro de esta clase, por bueno que sea, en tratando sobre asuntos morales, tiene por lo regular pocos lectores, cuando por el

contrario, le sobran á un escrito por el estilo del suyo.

Un libro de estos lo manosea con gusto el niño travieso, el jóven disipado, la señorita modista, y aun el picaro y tuno descarado. Cuando estos individuos lo leen lo menos que piensan es en sacar fruto de su lectura. Lo abren por curiosidad y lo leen con gusto, creyendo que solo van á divertirse con los dichos y cuentecillos, y que este fue el único objeto que se propuso su autor al escribirlo; pero cuando menos piensan, ya han bebido una porcion de máximas morales, que jamas hubieran leído escritas en un estilo serio y sentencioso. Estos libros son como las píldoras, que se doran por encima para que se haga mas pasadera la triaca saludable que contienen.

Como ninguno cree que tales libros hablan con él determinadamente, lee con gusto lo picante de la sátira y aun le acomoda originales, que conoce, y en los que el autor no pensó; pero despues que vuelve en sí del éxtasis delicioso de la diversion, y reflexiona con seriedad que él es uno de los comprendidos en aquella crítica, lejos de incomodarse, procura tener presente la leccion, y se aprovecha de ella alguna vez.

Los libros morales serios es cierto que enseñan, pero solo por los oidos, y por eso se olvidan sus lecciones fácilmente. Estos instruyen por los oidos, y por los ojos. Pintan al hombre como él es, y pintan los estragos del

vicio y los premios de la virtud en acaecimientos que todos los dias suceden. Cuando leemos estos hechos nos parece que los estamos mirando, los retenemos en la memoria, los contamos á los amigos, citamos á los sujetos cuando se ofrece: nos acordamos de este ó del otro individuo de la historia luego que vemos á otro que se le parece, y de consiguiente nos podemos aprovechar de la instruccion que nos ministró la anécdota. Conque vea vd., señora, si será justo dejar sepultado en el olvido el trabajo de su esposo cuando puede ser útil de algun modo.

Yo no elogio la obra por su estilo ni por su método. Digo lo que puede ser, no lo que es en efecto. Mucho menos digo esto por adular á vd. Sé que su esposo era hombre, y siéndolo, nada podia hacer con entera perfeccion. Esto seria un milagro.

La obrita tendrá muchos defectos; pero estos no quitarán el mérito que en sí tienen las máximas morales que incluye, porque la verdad es verdad dígala quien la diga, y dígala en el estilo que quisiere, y mucho menos se podrán tildar las rectas intenciones de su esposo, que fueron sacar triaca del veneno de sus extravios, siendo útil de algun modo á sus hijos y á cuantos leyeran su vida, manifestándoles los daños que se deben esperar del vicio, y la paz interior y aun felicidad temporal que es consiguiente á la virtud.

Pues si á vd. le parece, me dijo la seño-

ra, que puede ser útil esta obrita, publíquela y haga con ella lo que quiera.

Satisfechos mis deseos con esta licencia, tráteme de darla á luz sin perder tiempo. ¡Ojalá el éxito corresponda á las laudables intenciones del autor!

FIN DEL TOMO QUINTO.

VOCES PROVINCIALES

QUE SE ENCUENTRAN EN ESTA OBRA.

- Aguizote* Ave de mal agüero.
Al Pipis Una acequia donde se van á labar los muy infelices.
Atole Una bebida que se hace del grano del maiz á modo de poleadas.
Chile El pimiento ó guindilla de España.
Chilaquil La tortilla remojada con chile.
Cuchareros Vulgarmente se llaman así á los ladrones rateros.
Cabito de bela .. El último extremo de una candela.
Chinguirito Licor espirituoso sacado de la caña de azúcar.
Frazada Lo mismo que corbeton de lana.
Guajolote Ave que en España llaman pavo.
Guage Lo mismo que calabazo: Dicese por apodo á los tontos.
Ixtacalco Pueblo muy ruin de indios inmediato á México.
Jonuco Casucha infeliz lo mismo que cobacha.
Jacal Casita de lodo y palo ó cañas en donde viven los indios muy pobres.

- Jicaras*.....Especie de tazas labradas y pintadas, hechas de los calabazos.
- Mecapál*.....Una sogá ó lazo de pita con el que atan los tercios los cargadores y los cargan con facilidad.
- Metate*.....Una piedra en que se muele maíz, cacao, chile y lo que se quiere.
- Molcajete*.....Otra piedra para lo mismo, pero más pequeña.
- Meco*.....Por desprecio se nombraban así á los indios.
- Mulato*.....Llaman así á los hijos de español é india.
- Meson*.....Lo mismo que posada ú hostería.
- Petate*.....Lo mismo que estera.
- Picha*.....Una sabana, vieja, rota y sucia.
- Ranchos*.....Lo mismo que cortijos.
- Socuchos*.....Viviendas muy infelices como los jonucos y cobachas.
- Tiliches*.....Cualquier trapajos viejos y despreciables, y aun así llaman á los muebles viejos y rotos.
- Topile*.....El indio que les servia de mandadero á los curas y subdelegados.
- Tortillas*.....Especie de pan de maíz cocido en una tortera de barro

- muy delgada y de figura redonda.
- Tlapestle*.....Una armazon de varas que unas veces es especie de catre de los pobres, y con otra figura sirve para que los indios lozoros acomoden su loza.
- Tlemolillo*.....Diminutivo de tlemole, que es un caldo hecho con chile ó pimienta.
- Tompeate*.....Uno como canasto tejido de palma.
- Itacate*.....Un emboltorio que hacen los indios en el que guardan el alimento del dia en que van á caminar.
- Indio Macoache*. Apodo vulgar que significa entre los indios tonto ó despreciable.
- Zarape*.....Viene á ser casi lo mismo que frazada, pero son mas costosos y decentes.

INDICE

DE LO CONTENIDO EN ESTE QUINTO TOMO.



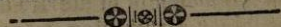
	Pág.
Cap. I. <i>En el que Perico cuenta como quiso ahorcarse: el motivo porque no lo hizo: la ingratitud que experimentó con un amigo: el espanto que sufrió en un velorio: su salida de esta capital y otras cosas.....</i>	3.
Cap. II. <i>En el que Periquillo refiere el encuentro que tuvo con unos ladrones: quiénes fueron estos: el regalo que le hicieron y las aventuras que le pasaron en su compañía.....</i>	20.
Cap. III. <i>En el que nuestro autor cuenta las aventuras que le acaecieron en compañía de los ladrones: el triste espectáculo que se le presentó en el cadáver de un ajusticiado, y el principio de su conversion.....</i>	41.
Cap. IV. <i>En el que Periquillo cuenta como entró á ejercicios en la Profesa: su encuentro con Roque: quien fue su confesor: los favores que le debió, no siendo entre estos el menos haberlo acomodado en una tienda.....</i>	60.
Cap. V. <i>En el que refiere Periquillo su conducta en San Agustin de las Cue-</i>	

<i>vas: la aventura del amigo Anselmo, con otros episodios nada ingratos.....</i>	71.
Cap. VI. <i>En el que refiere Perico la aventura del Misántropo, la historia de éste, y el desenlace del paradero del Tra-piento que no es muy despreciable....</i>	89.
Cap. VII. <i>En el que Periquillo cuenta sus segundas nupcias y otras cosas interesantes para la inteligencia de esta verdadera historia.....</i>	111.
Cap. VIII. <i>En el que Periquillo refiere la muerte de su amo, la despedida del chino, su última enfermedad: y el editor sigue contando lo demas hasta la muerte de nuestro héroe.....</i>	134.
Cap. IX. <i>En el que el Pensador refiere el entierro de Perico, y otras cosas que llevan al lector por la mano al fin de esta ciertísima historia.....</i>	160.
<i>Voces Provinciales que se encuentran en esta obra.....</i>	173.

LA QUIJOTA Y SU PRIMA

HISTORIA MUY CIERTA CON APARIENCIAS DE NOVELA

ESCRITA POR EL
Pensador Mexicano.



LA educacion de las hijas es la cosa que hay mas abandonada. por suponerse groseramente que éste sexo no necesita de mucha instruccion y asi es que para ella no hay mas regla que el capicho, las costumbres, y preocupaciones de las madres. Este error mantubo á la república tanto tiempo en la esclavitud y aun conserva mucha ignorancia que nos hace sufrir las funestas consecuencias que experimentamos.

La educacion de los hijos se considera con razon uno de los negocios mas importantes al bien público, y sobre ella han escrito muchos sábios de todos los países de la tierra; pero de la de las hijas apenas se ha acordado uno que otro que ha tratado como de paso.

Nuestro Pensador que bien conocia esa perniciosa fatalidad, y que quiso desde aquellos tiempos aciagos preparar á su patria para gozar los bienes de la libertad, acometió la penosa noble empresa de escribir LA QUIJOTITA Y SU PRIMA en cuya obra, retratando á dos familias de nuestra misma Méjico [y que acaso hemos conocido y tratado] manifiesta los efectos de la buena educacion y de la mala respecto de las Sras. mugeres; les inculca las mejores maximas para todos los estados de su vida; fija las primeras impresiones que deben hacerse á la infancia, y sigue dirigiendo a la niña á la joven, a la doncella, a la casada y a la viuda; de manera que, la que en cualquier edad leyere atentamente una y mas veces esta apreciablesima obra, sera tan bue-

na hija, como buena esposa y buena madre: hará las delicias de sus padres, la dulzura de su esposo, y la felicidad de sus hijos: reglará la economía doméstica, y llevando su casa con un verdadero orden y religiosidad, mantendrá el inestimable bien de la paz, y hará la riqueza de su familia.

Los editores, conociendo el mérito de dicha obra, fruto de la experiencia y meditacion de un escritor mejicano y buen patriota: mirando los deseos del público que con tanto aprecio ha recibido **El famoso PERIQUILLO. Las FABULAS y NOCHES TRISTES** del mismo autor. **D** por ver completa la **QUIJOTITA**, de que el Pensador publicó solos dos tomos, por no permitirle sus escaseses la impresion del todo; y persuadidos de que su lectura á de cooperar en mucha parte á formar política y cristianamente la presente generacion y las futuras, para hacer éste servicio á la República, se encargaron de darla á luz y á costa de trabajos y sacrificios lograron encontrar el resto de la obra que dejó manuscrita el autor y distribuyendola en cuatro tomos de octavo han concluido la edicion, que va adornada con estampas para llenar el gusto de los mejicanos.

Se vende la obra al precio de seis pesos en pasta, en la librería é Imprenta de las Escalerillas número 11, y en la Alacena de libros que está en la esquina de los Portales de Mercaderes y Agustinos.

will also involve a special 13
oblation, consisting of certain
offer omnia in 109

PQ7297

F37

P47

v.5

1830-1831

CAP.14640

AUTOR

FERNANDEZ DE LIZARDI 1806

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. M. L.

